

Pedro García Cabrera

# OBRAS COMPLETAS

*VOLUMEN I*



CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES  
*GOBIERNO AUTÓNOMO DE CANARIAS*

1987

OBRAS COMPLETAS  
**PEDRO GARCÍA  
CABRERA**

Preparada bajo la dirección de  
SEBASTIAN DE LA NUEZ  
con la colaboración  
de  
RAFAEL FERNANDEZ Y NILO PALENZUELA



PEDRO GARCÍA CABRERA

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN I

(Poesía: 1928-1946)

*Edición  
e introducción de*  
NILO PALENZUELA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	13794
N.º Copia	42.416

CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES  
DEL  
GOBIERNO AUTÓNOMO DE CANARIAS

1987

Dibujo de cubierta: El poeta visto por S. del Pilar  
(Reproducido de *Gaceta de Arte*, n.º 13, V-1933)

1987. Es propiedad de Matilde Torres Marchal  
Vda. de Pedro García Cabrera

Depósito Legal: M. 28.657-1987  
I.S.B.N.: 84-505-6287-2 (Obras completas) - 84-505-6288-0 (Volumen I)

Impresión: Mae, S. L. Hnos. Granda, 30 - 28022 Madrid

Printed in Spain

OBRAS COMPLETAS  
**PEDRO GARCÍA  
CABRERA**

Preparada bajo la dirección de  
SEBASTIAN DE LA NUEZ  
con la colaboración  
de  
RAFAEL FERNANDEZ Y NILO PALENZUELA





*Pedro García Cabrera*  
(hacia 1940).



*De izquierda a derecha: P. García Cabrera, Pérez Minik, Agustín Espinosa, Jacqueline Breton y Benjamin Péret, 1935.*

## NOTA DE LOS EDITORES

*Desaparecido Pedro García Cabrera en 1981, se imponía como una necesidad intelectual y cultural para Canarias la edición de su Obra, cosa que se sabía ya tarea difícil, debido a lo ingente de su volumen y a lo dispersa que se encontraba en la prensa, las revistas y los manuscritos del poeta. Él mismo, cuando le fue propuesta la publicación de una Antología de toda su obra por la Editorial Edirca de Las Palmas, que saldría bajo el título de A la mar fui por naranjas, en 1980, tuvo que hacer una revisión de los manuscritos que constituían sus obras inéditas, y éstas fueron publicadas sólo en parte, como se explica en el prólogo del primer volumen de esta edición.*

*Tras varios intentos, doña Matilde Torres Marchal, la viuda del poeta, encomendó a Sebastián de la Nuez, catedrático de Literatura de la Universidad de La Laguna, la preparación y edición de las obras de su marido, y que le solicitaban de muchos lugares de España y de América, dándole facilidades al citado profesor para que consultara las carpetas donde el poeta había guardado sus borradores, sus manuscritos originales, sus copias a máquina realizadas por el propio escritor, las colecciones de artículos publicados o no; es decir, todo un abundante material que representaba una labor de cerca de sesenta años. Partiendo de la clasificación de la obra que había realizado el escritor y crítico Rafael Fernández, era necesario revisarla para establecer los textos y sus variantes, establecer el orden cronológico y seleccionar los libros y proyectos, tratando de adivinar la voluntad del poeta. Nilo Palenzuela, que había dedicado su memoria de licenciatura y su tesis doctoral a la poesía de García Cabrera, se encargó de preparar la edición de las obras escritas entre 1928 y 1946, en parte editadas y en parte inéditas, lo que forma el primer tomo de estas Obras Completas. Sebastián de la Nuez, aparte de asumir la dirección de la edición, se*



*encargó de preparar el volumen correspondiente a las obras publicadas con posterioridad a aquellas fechas, es decir, las comprendidas entre los años de la posguerra hasta poco antes de su muerte, publicaciones que sólo comienzan en 1951, dadas las especiales circunstancias biográficas, que había llevado a su autor al destierro y a su encarcelamiento, y terminan en 1979, comprendiendo la antología ya citada, todo lo cual constituye el segundo volumen de esta edición. También se encargó dicho investigador de recopilar, seleccionar y preparar la edición de las obras inéditas, o publicadas en parte, comprendidas entre los años 1947 y 1980, y aunque compuestas mientras salían a la luz las ya indicadas, se ha preferido no seguir el orden cronológico, sino formar un volumen aparte —el tomo tercero de esta edición— con estas últimas, ya que se trata de obras que el propio autor no dio por definitivamente acabadas, pues algunas se reducen a pequeñas plaquettes o proyectos que comprenden unos pocos poemas, pero que no se han rechazado, dada la importancia que pueden tener para el conocimiento de la trayectoria de la obra poética de su autor. Rafael Fernández se encargó de reunir, en el cuarto y último volumen de esta obra, la producción, inédita y publicada, en prosa, de García de Cabrera, que se divide en dos períodos: uno que abarca desde 1922, en que escribe sus primeros ensayos, hasta el año 1936, en que estalla la guerra civil, que tanto iba a alterar la vida del poeta, y otro período final que comprende desde la posguerra (1944) hasta fechas muy cercanas a su muerte (1980). Los cuatro volúmenes de estas obras completas han sido supervisados por Andrés Sánchez Robayna.*

*Señalemos, finalmente, que cada uno de estos volúmenes van prologados por los mismos preparadores y compiladores de estas Obras Completas, que constituyen verdaderos estudios y que abarcan, por primera vez, la trayectoria de la obra en prosa y en verso de Pedro García Cabrera, uno de los grandes poetas y ensayistas de nuestra literatura de categoría y proyección universales. Recordemos que el Gobierno Autónomo de Canarias, en la figura de su presidente don Jerónimo Saavedra, y a través de la Consejería de Cultura y Deportes, haciéndose cargo de la importancia que tenía esta publicación, la puso bajo su patrocinio, en colaboración con el Ilmo. Cabildo Insular de Tenerife, bajo la presidencia de don José Segura Clavell, y la Universidad de La Laguna, a través de su Junta de Gobierno dirigida por el rector don Juan Alberto Arias.*

## PRÓLOGO

*La trayectoria poética de Pedro García Cabrera (1905-1981) aparece en la lengua castellana con aquel perfil preciso que los vanguardistas canarios ofrecían en los años 20 y 30: la visión de un arte transgeográfico, universal, descubierto desde la perspectiva específica de la región atlántica. García Cabrera es, sin embargo, quien ha desarrollado una obra más amplia entre los miembros de su generación, hecho que además, le ha permitido su vinculación a las inquietudes de la poesía española de postguerra. Su contacto con varias promociones literarias le han erigido con frecuencia como orientador de los poetas más jóvenes. Con todo, no es un poeta conocido; algunas de las obras aquí recogidas han permanecido inéditas hasta ahora, otras han sido parcialmente publicadas<sup>1</sup>. Las consideraciones críticas sobre su obra no han corrido mejor suerte; así, una plaquette como *Transparencias fugadas* es tomada durante años como un texto surrealista, cuando sus motivos esenciales poco tienen que ver con los presupuestos del grupo parisino. En las últimas décadas de su vida, la personalidad de García Cabrera se ve reconocida de manera progresiva. La frontalidad con que se ha opuesto al régimen franquista y su fidelidad a la creación poética, lejos de cualquier claudicación, son datos que afirman este reconocimiento. Pero, como en la obra del catalán Salvador Espriu<sup>2</sup>, merece la pena obliterar una lectura ideologizante, tan propia de las últimas décadas, para emprender de nuevo la lectura de Pedro García Cabrera. Aquí, sin embargo, nos contentaremos con señalar algunos de los rasgos específicos de su lenguaje, de su compleja visión poética, junto a aquellos*

<sup>1</sup> *Entre la guerra y tú, La arena y la intimidad y Hombros de ausencia* se publican parcialmente en la antología *A la mar fui por naranjas*, Edirca, Las Palmas, 1980.

<sup>2</sup> La significación adquirida por la resistencia cultural a la dictadura franquista ha permitido a José Carlos Mainer relacionar ambos poetas en «Presentación» en *Pedro García Cabrera*, Homenaje de la Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1981.

datos biográficos de mayor interés hasta 1946, fecha con la que concluye una etapa de su trayectoria vital —alcanza la libertad provisional después de haber estado en prisión durante algunos años— y también los textos incluidos en este volumen.

Pedro García Cabrera nace en Vallehermoso, isla de La Gomera, el 19 de agosto de 1905. Hasta los siete años permanece en su pueblo natal, trasladándose posteriormente a Sevilla, donde su padre va destinado como maestro. Más tarde regresará a Santa Cruz de Tenerife, isla en la que permanece la mayor parte de su vida.

Los primeros textos publicados por Pedro García Cabrera aparecen en 1922, pero es sólo a partir de 1925 cuando sus entregas poéticas o sus artículos son más frecuentes en diarios o revistas locales. Son éstos los años iniciales de su formación. En el diario católico *Gaceta de Tenerife* publica los primeros poemas; influencias de Campoamor, de Bécquer, Espronceda, un importante tono religioso, no exento de tópicos, son algunas de sus características. En 1926 se funda *Hespérides*. Esta revista reúne en sus páginas a escritores epígonos del modernismo y a poetas inmersos aún en el regionalismo de fin de siglo; junto a ellos un grupo de jóvenes: Emeterio Gutiérrez Albelo, Domingo Pérez Minik, Eduardo Westerdahl, Domingo López Torres y también Pedro García Cabrera. Los poemas de éste reciben entonces la influencia del modernismo y ya en los años de 1927 y 1928 se opera, junto a sus compañeros generacionales, el encuentro con la vanguardia. Temas futuristas, metáforas e imágenes creacionistas, junto a un creciente interés por el paisaje son ahora los rasgos distintivos.

En 1927 surge *La Rosa de los Vientos* y con esta revista el primer esfuerzo colectivo por iniciar una escritura radical desde las islas en el seno de las vanguardias históricas. La atención prestada al paisaje canario y la lectura de una tradición poética insular influyen en García Cabrera. Pero, como sus compañeros de *Hespérides*, se encuentra aún lejos del riguroso proyecto universalista de la revista de Juan Manuel Trujillo y Agustín Espinosa, hecho del que puede dar cuenta el enfrentamiento de Eduardo Westerdahl con Juan Manuel Trujillo o la misma presencia de Pedro García Cabrera en aquella revista, *Horizontes*, que engrosaban algunos de los poetas de la promoción anterior<sup>3</sup>.

En 1928 se publica *Líquenes en las ediciones paralelas de la revista Hespérides*. En este extenso poemario se manifiestan ya características esenciales de su trayectoria. No es difícil advertir el neopopularismo, tan usual en aquellos años, y que será, en esa suerte de isomorfismo formal y rítmico<sup>4</sup> en que se sitúa su poesía, uno de sus cauces expresivos (recuérdese *Día de alondras*). No se hurta tampoco la influencia

<sup>3</sup> Véase M. Pérez Corrales, «Cuaderno de bitácora de la vanguardia insular», en *Jornada Literaria* (diario *Jornada*, Santa Cruz de Tenerife), números 31, 34, 36, 38, 44, 46, días 4 y 25 de julio, 8 y 22 de agosto, 3 y 17 de octubre de 1981.

<sup>4</sup> Los versículos, endecasílabos y versos de arte menor son los cauces por los que cristaliza la

lorquiana o aquella vertiente marina o imaginística de Rafael Alberti en su libro de 1925. Los poemas se desarrollan en su mayor parte alejados del sujeto, expresándose a través de aquella «pura voz anónima» con que Ortega y Gasset descubriera a los poetas modernos. En esta actitud antirromántica, la aparición de extranjerismos o palabras incorporadas de las ciencias naturales resultan reveladoras. Con Líquenes se inicia además una poética de la imagen y la metáfora vanguardistas. También un espacio temático: la realidad geográfica insular. Es visible ahora la cercanía de García Cabrera a la poesía creacionista de Vicente Huidobro y Pierre Reverdy, pese a que aún persistan resabios modernistas. De esta manera, si el poeta chileno nos habla de crear un poema como la naturaleza crea un árbol o el poeta francés de convertir lo exterior en interior, el autor de Líquenes acoge el paisaje para interpretarlo, esto es, para convertirse en un demiurgo que se aleja de la representación e imprime el signo de un lenguaje peculiar. Este poemario se presenta como un diario de impresiones cuidadosamente anotadas a cada sugerencia del paisaje. Las metáforas y las imágenes se construyen, a pesar del relampagueante destello analógico, desde aquella perspectiva intelectual que tanto defendieran los ensayos o la misma poesía de Vicente Huidobro. En su alejamiento de la realidad adquieren proporciones cósmicas. A esta inquietud inaugural de su poesía concurre una tradición que tiene en el paisaje un motivo de identidad. No puede olvidarse el conocimiento que en estos momentos García Cabrera posee de poetas como Tomás Morales, de Alonso Quesada o de los mismos poetas románticos<sup>5</sup>.

En estos años amplía la entrega de sus textos a El Progreso, Las Noticias, La Tarde, La Prensa; intenta la publicación de la revista Cartones, de la que da noticia La Gaceta Literaria en 1928 y que sólo saldrá dos años más tarde; surge también la preocupación política, un hecho decisivo para su visión poética y que le lleva a la militancia en el partido socialista. En 1930 inicia la redacción de La aurora sumergida, un libro que sólo logra esbozar y que exhibe algunos motivos temáticos desarrollados en poemas posteriores. Dirige en este mismo año el semanario Altavoz, en el que también colaboran López Torres y María Rosa Alonso y que tiene como objetivo la denuncia del ámbito caciquil de la isla de La Gomera. 1930 es, sin embargo, trascendental por el comienzo de la actividad ensayística desde un ángulo poético y teórico. Recordemos dos artículos esenciales.

---

obra de Pedro García Cabrera en una suerte de alternancia constante. Véase A. Sánchez Robayna, «Significación de Pedro García Cabrera» en el ya citado homenaje de la Universidad de La Laguna, citado en nota 2.

<sup>5</sup> Poetas como Ignacio Negrín o Plácido Sansón, junto a otros autores del siglo XIX los lee cuando es estudiante de bachillerato en la biblioteca municipal de Santa Cruz de Tenerife. Véase la entrevista incluida en *Pedro García Cabrera: El hombre en función del paisaje*, Colección LC, N. Palenzuela Editor, Santa Cruz de Tenerife, 1981.

En «La ordenación de lo abstracto»<sup>6</sup> plantea la actividad artística inmersa en la abstracción. Las influencias del pensamiento de Oswald Spengler, Worringer u Ortega y Gasset se combinan en García Cabrera con los ejemplos literarios de Manual de espumas, de Gerardo Diego, Perfil del aire, de Luis Cernuda, Seguro azar, de Pedro Salinas, o los textos de Guillaume Apollinaire. Nos interesa subrayar aquí varios aspectos: la idea del lenguaje poético como expresión de un estado evolutivo del arte en Occidente, la palabra situada «en los límites del pensamiento» con sus conceptos «cargados de terror cósmico primitivo» y la visión del lenguaje como fundación, esto es, inmerso en la espiral ascendente que llega a nosotros desde la poesía romántica. Así, cuando García Cabrera se refiere a la poesía de Luis Cernuda, escribe: «Perfilar el aire, fisonomizarlo, distinguirlo, nombrarlo es una manera de ordenar», una concepción paralela a la que esbozara, por ejemplo, Fernando Pessoa en la voz de su heterónimo Alberto Caeiro y que nuestro poeta desarrolla en torno al paisaje a lo largo de su trayectoria poética<sup>7</sup>.

De vital importancia resulta su ensayo «El hombre en función del paisaje»<sup>8</sup>. Este texto señala las directrices poéticas seguidas por el grupo de la revista Cartones y se publica con motivo del encuentro generacional que supuso la exposición de los jóvenes pintores de la escuela Luján Pérez de Gran Canaria en la isla de Tenerife. El enfrentamiento a las promociones poéticas anteriores, el desprecio de la literatura decimonónica, el conocimiento de la tradición insular, desde Cairasco de Figueroa y Viera y Clavijo a los modernistas, le permiten proponer ahora una lectura del paisaje alejada de la historia y sus compromisos. Como Agustín Espinosa en Lancelot, 28º-7º, nos habla de una mirada integral para la geografía de las islas, una mirada que se quiere mitología conductora. En esta elección poética cabe mencionar un hecho histórico de gran importancia. En 1927 se produjo a través de un real decreto la división provincial de las Islas Canarias tras un largo pleito interinsular<sup>9</sup>. García Cabrera, como los jóvenes escritores del grupo de Cartones, nada quiere saber de las posiciones históricas anteriores. Esto lo evidencia al contestar al ataque del poeta y político Gil Roldán tras su conferencia «El hombre en función del paisaje»: «al siglo XIX tinerfeño le ha faltado la mirada integral para nuestro paisaje [...] Nuestro arte hay que elevarlo sobre paisaje de mar y montañas. Monta-

<sup>6</sup> Véase *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de febrero de 1930.

<sup>7</sup> Para hablar de la naturaleza, escribe el heterónimo pessoano Alberto Caeiro, «preciso usar da linguagem dos homens / Que dá personalidade às coisas. / E impõe nome às coisas». Véase *Poemas*, Edições Ática. Lisboa, 1984. Por su lado, Pedro García Cabrera decía en la entrevista citada (nota 5): «El hombre se adueña de él (el paisaje) cuando le pone el sello del lenguaje y le da un nombre. Cuando nosotros nos nombramos una cosa nos apoderamos de ella».

<sup>8</sup> Véase *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, días 16, 17, 19 y 21 de mayo de 1930.

<sup>9</sup> Véase Marcos Guimerá Peraza, *El pleito insular*, Editorial Confederación Española de Cajas de Ahorro, Santa Cruz de Tenerife, 1976.

ñas con barrancos, con piteras, con euforbias, con dragos... Lo general a todas las islas o casi todas. Nada de Teide, Caldera, Nublo, Roque Cano, Montañas del Fuego... Eso está bien para una guía turística. Eso será fomentar rivalidades y predominio de unas islas con otras».

La militancia política en el PSOE lo lleva en abril de 1931 a acudir a las elecciones municipales en la coalición republicano-socialista que da al traste con la monarquía borbónica. Su actividad en los años republicanos es constante, siendo uno de los portavoces del partido socialista en el ayuntamiento de Santa Cruz y en el Cabildo insular, dirigiendo la publicación *El Socialista*. Esta actividad política e ideológica perfila las preocupaciones poéticas de Pedro García Cabrera desde una peculiar perspectiva. Cuando aparece *Gaceta de Arte*, de la que es fundador con Eduardo Westerdahl y otros escritores insulares, los artículos publicados en esta revista no sólo delatan la continuidad de aquel ideario poético anterior, sino que también muestran un nuevo signo. Así, cuando se celebra el congreso internacional de escritores proletarios en Moscú en 1934, la concepción del arte se inserta en la perspectiva marxista aunque posea tantas reservas en relación al realismo socialista como poseyera en estas mismas fechas el pensamiento de André Breton. Pedro García Cabrera defiende, empero, el arte abstracto que «expresa mejor que ningún otro prisma de nuestro tiempo la tragedia del hombre contemporáneo, porque la remonta a un escenario cósmico». Su posición ideológica es inconfundible cuando declara con cierto resabio orteguiano que «esta deshumanización del arte actual, en sus forjas más abstractas, tiene una clara filiación revolucionaria, porque ella nos entrega el instrumento formal que posibilita recoger en su día contenidos sociales, a los que hoy sólo cabe presentírllos por hallarse fuera de nuestra realidad presente»<sup>10</sup>. Nuestro poeta advierte también el giro de la poesía republicana hacia una rehumanización tal y como se muestra en el artículo que dedicara a *La voz a ti debida* de Pedro Salinas, ejemplo de esta nueva actitud frente al compromiso social y político alentado por la poesía de Rafael Alberti<sup>11</sup>.

En 1933 las páginas de *Gaceta de Arte* anuncian la publicación de *Transparencias fugadas* en las ediciones paralelas de la misma revista. Esta plaquette aparece en 1934 y nos revela desde los «entronques» líricos e intelectuales que la encabezan la voluntad constructiva del autor. Elige un precedente lírico en su misma poesía: poema 7 de *Líquenes*. Las anotaciones realizadas en el apartado intelectual desvelan además la naturaleza de esta obra inmersa en aquella visión unitaria de Paul Valéry según la cual el poeta está llamado, al igual que los músi-

<sup>10</sup> Véase «La concéntrica de un estilo en los últimos congresos», *Gaceta de Arte*, Santa Cruz de Tenerife, núm. 31, noviembre de 1934.

<sup>11</sup> Véase «Pasión y muerte de lo abstracto en *La voz a ti debida*», *Gaceta de Arte*, Santa Cruz de Tenerife, núm. 26, mayo de 1934.

cos, a producir una diversidad de soluciones del mismo tema. Ciertamente, el itinerario simbólico desarrollado por García Cabrera da unidad a *Transparencias fugadas* y responde a una dialéctica que se funda en una contradicción inicial: el poeta y el aire. Las distintas secciones de este poema amplían esta condición inaugural.

El tema elegido responde a aquella inquietud expresada en «La ordenación de lo abstracto»; también, a la vocación ética y moral que inquieta su poesía. La diafanidad, la transparencia, la libertad, la universalidad... son destellos simbólicos del motivo «aire-viento». En una de las críticas iniciales que recibe el libro, Gutiérrez Albelo señala el carácter romántico de esta elección <sup>12</sup>. En verdad, y a pesar de su raíz intelectualista, no podemos menos que situar *Transparencias fugadas* en esta tradición que se dibuja desde Percy Bysshe Shelley a Saint-John Perse. Como en el autor de *Oda al viento del oeste* o de *Vents*, el tema adquiere proporciones cósmicas y prelude a través de su simbolismo la concepción arquetípica de una futura primavera <sup>13</sup>. La integración en el ámbito del viento resulta así un laberinto simbólico: trasminar la propia individualidad para participar de la otredad de aquel «sueño de espacio entero» al que se refiere el poeta.

La rodilla en el agua es el poemario dedicado a la isla como reconoce el autor en el prólogo. Publicado en 1981, su redacción inicial se sitúa en 1934 y 1935, aunque es posible que fuera objeto de alguna modificación posterior. En 1934, Pedro García Cabrera es obligado por una decisión judicial a retirarse de Santa Cruz de Tenerife <sup>14</sup>. El lugar elegido es Tafira, en la isla de Gran Canaria. Aquí comienza la redacción de este libro titulado inicialmente *Isla*. El manuscrito existente muestra cómo buena parte de los poemas se incorporan a la versión posterior. La situación vivida por el poeta, junto a los avatares de la poesía republicana —recuérdese *Cruz y Raya* o la revista *Octubre*— son datos suficientes para observar la rehumanización de su lenguaje, una actitud vista, sin embargo, según aquella perspectiva que apreciaba en el ejemplo de *La voz a ti debida*. La isla se descubre ahora como una arquitectura a la que no faltan atribuciones de orden ético y moral (sencillez, humildad, seguridad, fidelidad, etc.) El signo de la arquitectura tiene para nuestro poeta un sentido preciso si pensamos por ejemplo en el significado del racionalismo para la revista *Gaceta* de

<sup>12</sup> Véase «Sobre *Transparencias fugadas* de Pedro García Cabrera», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de diciembre de 1934.

<sup>13</sup> La relación de Saint-John Perse y García Cabrera fue anotada por Danielle Sotto en *El orbe poético de Pedro García Cabrera*, Aula de Cultura de Tenerife, 1980, p. 57.

<sup>14</sup> Matilde Torres Marchal, viuda de García Cabrera, nos ha informado sobre el motivo: un joven que realiza el servicio militar publica un artículo contra Gil Roldán. García Cabrera, director de la publicación —es posible que fuera *El Socialista*—, se hace responsable del artículo. Sobre él se determina la acción judicial emprendida por el republicano, también poeta, Gil Roldán. Esteban Amado ha tratado este tema en *Pedro García Cabrera: en torno a una existencia poética*, Aula de Cultura de Tenerife, 1985.

Arte <sup>15</sup>. En «Casas para obreros», advierte en la arquitectura racionalista la posibilidad de una situación nueva para el hombre y para las clases más oprimidas <sup>16</sup>. Mucho más tarde, en 1950, cuando García Cabrera intenta renovar el espíritu vanguardista de *Gaceta de Arte* junto a Eduardo Westerdahl o Domingo Pérez Minik, escribe un ensayo en el que descubre la arquitectura lingüística de Jorge Guillén, tras sugerir algunos aspectos de la poesía de T. S. Eliot o del pensamiento de Le Corbusier, proclamando la «eterna virginidad del mundo» <sup>17</sup>. Esta actitud se hace visible en su misma poesía, aunque de una manera diferente. El arquetipo del paraíso es un motivo de esta construcción verbal que tiene ahora en el tema del amor uno de sus acentos más singulares.

El signo insular pertenece aquí a un orden metafísico, a una construcción espiritual. Se aleja definitivamente de la representación. La isla aparece así, según la mirada dorsiana a la que alude el autor, en medio de las formas que pesan y en cuya simbología descubrimos el sentido de aquella hora republicana. El aislamiento o la soledad lejos están del significado de la palabra de Alonso Quesada. Invocan aquí el rumor de un estado ancestral y mítico del universo. La palabra de García Cabrera muestra, como dijera Lezama Lima, un paisaje comenzante. La rodilla en el agua ofrece además un sentido nuevo a sus obras anteriores. Temas como el mar o el aire, movimientos «musicales» que circundan al motivo temático, han estado presentes en sus meditaciones poéticas o en *Líquenes* y *Transparencias fugadas* y son ahora elementos dialécticos de una obra en crecimiento, consciente de la ordenación fundacional de su lenguaje.

Esta sucesión creadora queda aquí suspendida durante algún tiempo. La vinculación de Pedro García Cabrera a los presupuestos surrealistas decide una nueva ruta de su lenguaje. El origen de esta actitud debemos buscarla en un conjunto de acontecimientos del mundo insular y en su propio pensamiento poético.

Desde el comienzo de los años 30 algunos vanguardistas insulares se integran a la escritura radical del surrealismo. Piénsese por ejemplo en *Oda a María Ana*, primer premio de axilas sin depilar de 1930, o en los ensayos teóricos de Domingo López Torres sobre la aureola y el estigma del surrealismo. Emeterio Gutiérrez Albelo publica en 1933 *Romanticismo y cuenta nueva* y sobre este mismo libro versa un artículo de García Cabrera <sup>18</sup>. En este mismo año se celebra además una

<sup>15</sup> Véase el estudio de José Carlos Mainer sobre *Gaceta de Arte* incluido en su libro *Literatura y pequeña burguesía en España*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972.

<sup>16</sup> Véase *Gaceta de Arte*, Santa Cruz de Tenerife, núm. 4, 1 de mayo de 1932.

<sup>17</sup> Véase «Arquitectura y poesía», *De Arte*, Ediciones Nuestro Tiempo, Santa Cruz de Tenerife, 1950.

<sup>18</sup> Véase «Romanticismo y cuenta nueva», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de julio de 1934.



exposición de Óscar Domínguez en el Círculo de Bellas Artes <sup>19</sup>. Estos hechos influyen de manera decisiva en nuestro poeta. En *Transparencias fugadas* y *La rodilla en el agua* se hacen visibles imágenes y metáforas surrealistas, aunque de una manera aislada. La decisión de incorporarse a esta situación insular se produce en 1934; y no puede resultar más que sorprendente que sea en *Tafira, isla de Gran Canaria*, en una significativa coincidencia de lugar y tiempo con *La rodilla en el agua*, cuando García Cabrera escribe el relato surrealista *Los senos de tinta*. Este texto, que llega hasta nosotros incompleto (le falta el primer folio y se interrumpe en la página dieciocho), se hace portador de algunos de los rasgos esenciales del surrealismo y revela además la manera de entender el movimiento parisino. El subconsciente es visto, en buena ortodoxia freudiana y surrealista, como zona en la que desaparecen los límites de tiempo y espacio. Las imágenes oníricas se mezclan y confunden por momentos en medio del erotismo y las mutilaciones, de las que no faltan visiones de espantajos y gusanos nauseabundos que delatan la actitud expresionista del surrealismo insular. En ocasiones evocamos tras ese ella al que alude con frecuencia el ideal de absoluto y belleza convulsiva que André Breton descubriera en *Nadja*. No faltan en este relato, sin embargo, fragmentos en los que la analogía se aleja del procedimiento fortuito e irracional para participar del dominio del intelecto. No en vano García Cabrera procede del arco poético influenciado por el creacionismo <sup>20</sup>.

Tras este intento de vincularse al surrealismo, se producen en 1935 algunos acontecimientos muy conocidos. Se celebra, organizada por los miembros de *Gaceta de Arte*, una exposición internacional del surrealismo en Santa Cruz de Tenerife. Con ésta, llegan a las islas André Breton y Benjamín Péret. Se publica el segundo número del *Boletín Internacional del Surrealismo* en cuya elaboración participa Pedro García Cabrera; y se firma una *Déclaration* que expresa la «alianza» del grupo de *Gaceta de Arte* con el movimiento surrealista <sup>21</sup>. Nuestro poeta, que hasta ahora ha visto esta vanguardia como una «escuela» más en el concierto artístico del siglo XX, sale en su defensa en la polémica suscitada con la *Gaceta de Tenerife* —la revista en la que

<sup>19</sup> Véase Fernando Castro, *Oscar Domínguez y el surrealismo*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1978, p. 44. Sobre el desarrollo del surrealismo en Canarias véase Miguel Pérez Corrales, «Historia documental del surrealismo en Canarias (1930-1936)», en *Homenaje a Alfonso Trujillo*, Aula de Cultura de Tenerife, 1982, pp. 667 y ss.

<sup>20</sup> Es conocida la crítica al automatismo surrealista que desarrolla Vicente Huidobro en «Manifiesto de manifiestos» (*Obras Completas*, T. I, Ed. Andrés Bello, Chile, 1976, pp. 722 y ss.). Para el poeta chileno es fundamental la «consciencia poética». Algunos de sus libros de 1918 muestran cómo realidades distintas se acercan analógicamente desde una perspectiva en que «la consciencia entra inmediatamente en juego». Las visiones vertidas sobre la geografía en este relato del poeta insular están construidas bajo este ángulo del intelecto.

<sup>21</sup> Véase C. B. Morris, *El manifiesto surrealista escrito en Tenerife*, Universidad de La Laguna / Instituto de Estudios Canarios, 1983.

publicara sus primeros poemas— en torno a la proyección de L'âge d'or<sup>22</sup>. Estos «acontecimientos» empujan hacia una nueva orientación de su poesía. A partir de aquí hace suyo el proyecto filosófico y poético del surrealismo. Si pensamos en su actitud política o en sus concepciones filosóficas, advertimos suficientes vínculos con el ideario de André Breton, desde sus posiciones críticas en torno al realismo socialista a la fidelidad al materialismo dialéctico, desde el deseo de unificación de contrarios a la videncia de una futura edad de oro que sólo es entrevista a través de la provocación verbal o, como dijera Louis Aragon, por el libre albedrío de una palabra que invita a revisar el mundo. A la luz de la evolución de su pensamiento y de las inquietudes de su poesía entendemos que García Cabrera se acerca también al surrealismo, no sólo por las circunstancias insulares, sino, digámoslo con Walter Benjamin, por el concepto radical de libertad que éste encarna.

Los poemas surrealistas aparecen en junio de 1936 en Gaceta de Arte en su número 38. «La cita abierta», «Con la mano en la sangre» y «El reloj de mi cuerpo» son poemas en los que nuestro poeta está ya inmerso en el surrealismo<sup>23</sup> y en los que se manifiesta portador de un lirismo peculiar. García Cabrera cuenta siempre con un tú amoroso<sup>24</sup>; también los símbolos esbozados como palomas, pájaros, golondrinas, caracoles o rosales pertenecen a ese universo lírico que conforman sus «bosques de ternura». Este aspecto lírico se encuentra lejos de la violencia con que se expresan sus compañeros insulares, y cuya influencia se dejaba sentir en su «narración surrealista».

Estos tres poemas publicados en Gaceta de Arte son premonitorios del enfrentamiento bélico que se producirá en España poco después de su publicación y que García Cabrera vislumbra tras hacer un viaje a Madrid como compromisario socialista para la elección presidencial de Manuel Azaña<sup>25</sup>. Por estar escritos en los prolegómenos de la guerra civil española, forman parte de *Entre la guerra y tú*, un libro de inquietudes y escritura similares que continúa escribiendo durante la contienda hasta 1939 y en el que se aprecia un mayor sentido trágico. Como *Lo imprevisto*, y aunque esté lejos de la «exploración del horror» de aquel libro escrito por Domingo López Torres en la prisión de Fyffes, no se manifiesta como un alegato maniqueo contra la guerra o la prisión. El ritmo de su escritura, a pesar de que por su lirismo amoroso se le pueda relacionar con Paul Eluard, se encuentra más cercano

<sup>22</sup> Véase «El pleito surrealista. La moral del tanto por ciento», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de junio de 1935.

<sup>23</sup> Estos poemas han sido tratados por C. B. Morris en *Surrealism and Spain*, Cambridge at the University Press, 1972.

<sup>24</sup> Véase M. Pérez Corrales, «Entre la guerra y tú. Sueño y amor, mitras y galones», en *Avisos de Cultura* (de *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife), 6 de junio de 1981.

<sup>25</sup> El relato de este viaje lo cuenta Juan Rodríguez Doreste en «La amistad y Pedro García Cabrera», en *Avisos de Cultura* (de *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife), días 17 y 24 de marzo de 1984.

a las construcciones sintácticas de Benjamin Péret, al que le une además su anticlericalismo <sup>26</sup>.

Dársena con despertadores, escrito en julio durante los días previos a su detención por la guardia civil, es el texto en el que se da una mayor ausencia de aquella «consciencia poética» que tanto abominaban los escritores surrealistas <sup>27</sup>; recuérdese, por ejemplo, la negación de Philippe Soupault a corregir los textos escritos con André Breton. El procedimiento empleado, dos listas de palabras puestas en presencia de manera fortuita, evoca ciertamente algunos de los juegos surrealistas, sean el cadáver exquisito o lo uno en lo otro. El azar objetivo, alejado de toda preocupación artística, se manifiesta en una textura verbal equivalente al resultado de la escritura automática. Es visible, además, aquella voluntad expresada por André Breton en *L'amour fou* de unir «no importa qué sustantivo a no importa qué otro para que un mundo de representaciones nuevas surja inmediatamente» <sup>28</sup>.

Si estamos en estos años ante la poesía más radical de García Cabrera, debemos añadir que es a partir de 1936 cuando escribe también su libro más testimonial: *Romancero cautivo*.

Como tantos otros líderes políticos republicanos, nuestro poeta es detenido el 18 de julio de 1936 e internado en una prisión flotante. El 19 de agosto es deportado junto a treinta y siete compañeros en el correíllo «Viera y Clavijo» al campo de prisioneros de Villa Cisneros en el Sahara. En el mes de marzo del año siguiente logran huir hacia Dakar. Desde aquí marcha a Marsella y se traslada a España en ferrocarril. Su impresión es enorme: «pasar en unas horas de un territorio que está en paz a otro en guerra fue terrible; habíamos dejado atrás un país apacible, y ahora nos encontrábamos con las huellas de la guerra: estaciones bombardeadas, pueblos destruidos, gente con cara de hambre y rabia... Aquello era la noche, la desolación, el caos» <sup>29</sup>. Se integra entonces en el ejército republicano, en el frente de Andalucía. Allí actúa en los servicios de inteligencia militar. Una noche, al regreso de una misión desde Andújar a Jaén, sufre un accidente en un paso a nivel: el jeep en el que viaja es arrollado por un tren cargado de heridos. Cuatro de sus compañeros pierden la vida; pero él, con graves quemaduras en las piernas, ingresa en el hospital civil de Jaén <sup>30</sup>. Más tarde será trasladado a Baza ante el inminente avance nacionalista, ingresando con posterioridad en la cárcel.

<sup>26</sup> Durante la guerra civil nuestro poeta mantiene, además, contacto epistolar con Benjamín Péret. Véase la entrevista citada en la nota 5.

<sup>27</sup> Véase M. Pérez Corrales, «Las dos semanas de García Cabrera. *Dársena con despertadores*», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de junio de 1980.

<sup>28</sup> Véase la traducción *El amor loco*, Joaquín Mortiz, México, 1972, p. 81.

<sup>29</sup> Véase la entrevista realizada por Lázaro Santana «Con Pedro García Cabrera: Un poeta para el hombre y la esperanza». *Aguayro*, núm. 89, julio de 1977.

<sup>30</sup> Se encuentra en este hospital Matilde Torres Marchal, con quien se casará en 1948.

Romancero cautivo está escrito en Villa Cisneros, en Dakar y en Granada y describe el itinerario humano que vive el poeta durante los años 1936-1940. Escrito en romances, no puede menos que evocar formalmente a Lúquenes, pero también, ahora con mucha más intensidad, a Romancero gitano. Este libro narra una experiencia trágica que excede de los propios límites existenciales para mostrar una tragedia superior: la vivida por la España republicana.

En el mismo lugar de Granada escribe La arena y la intimidad. El texto está escrito sobre las vivencias acumuladas durante los meses que estuvo en el campo de concentración de Villa Cisneros. No se produce aquí, sin embargo, el testimonio dramático de Romancero cautivo. Por el contrario, retoma aquella concepción «suspendida» de su obra, implícita en Transparencias fugadas y La rodilla en el agua, para continuar la visión cósmica, metafísica y fundacional de aquellos poemarios. La arena y la intimidad está concebida como parte de una trilogía y así lo revela en la página-portada de su texto mecanografiado y en el mismo prólogo: «su sentido dialéctico se enlaza a la concepción lírica de dos libros anteriores. Participa del espíritu que informa a Transparencias fugadas, el poema del aire en movimiento, y del eterno estar de La rodilla en el agua, el poema de la isla, como una campana sumergida en los rumorosos cobaltos del mar. El desierto, en el tránsito de la piedra al vuelo, realiza la síntesis de estos dos mundos inconciliables». Como en buena parte de aquellos libros está construido en endecasílabos, un verso que es uno de los módulos expresivos de su universo lírico y de la peculiar mirada que vierte sobre el mundo: las metáforas, las imágenes y los símbolos se desenvuelven en la sucesión polirrítmica de un endecasílabo peculiar. Se produce, además, un itinerario simbólico hacia la integración del poeta en el ámbito mismo que funda su palabra, ahora bajo el signo impetuoso de la historia. Apreciamos aquí, sin embargo, la concepción de Jean Lechner sobre los poetas republicanos que sufren prisión, cuyo lenguaje se expresa con menor crudeza de lo que lo hiciera, por ejemplo, Gabriel Celaya<sup>31</sup>. La arena y la intimidad muestra el exilio interior en el que habita y, participando de una visión constructiva de su obra, incorpora el motivo temático del desierto a la dialéctica cósmica y esencial de su poética. Cuando nos habla de «la encrucijada de tres mundos» o de «síntesis de contrarios» —no se hurta la huella de su incursión surrealista—, descubrimos la contingencia establecida con el universo etéreo, telúrico y marino, elementos que adquieren el sentido de una nueva imagen de la historia. En el desierto, en el exilio de la historia anterior, el motivo temático, oleaje de arenas y viento, se torna visible. He aquí uno de sus sentidos.

<sup>31</sup> Sobre este tema véase Paul Ilie, *Literatura y exilio interior*, Espiral/Fundamentos, Madrid, 1981, p. 244.

Podemos afirmar con Gaston Bachelard que, cuando el aire se torna visible, «se convierte en una triste miseria»<sup>32</sup>.

En los años sucesivos Pedro García Cabrera continúa escribiendo en la misma línea de indagación lírica. Hombros de ausencia, escrito en Granada durante los años 1942-1944, se relaciona simbólicamente con Transparencias fugadas, si bien aquella inquietud de abstracción se produce aquí desde las vivencias concretas que pulsan su existencia. Las variaciones sobre el tema de la ausencia, una ausencia de orden metafísico, pero también de marcado signo inmediato —piénsese en el sentido de la libertad—, tienen «su arranque», escribe en el mismo prólogo de 1946, «en la fuerza humana del sentimiento». Ascienden de «lo concreto a lo abstracto» para contener el desequilibrio que produce aquella potencia avasalladora. No es difícil advertir en este cuaderno la nostalgia y el recuerdo del universo que precedió a la guerra civil española. Recupera así la misión iluminadora de la palabra en la cercanía del mito o, utilizando su expresión, la videncia de una aurora sumergida. Desde este ángulo, escribe:

De ahí me llega toda esta palabra,  
aún en boreales inocencias  
y sin abrir los ojos todavía.  
Palabras que me dejan al oído  
un delgado rumor de caracola.

La ausencia o los «chorros de distancia del recuerdo» poseen la función atributiva del propio universo. La ruta simbólica que diseña el poeta muestra una vertiente que no sólo proclama la transformación de lo uno en lo otro, como vislumbra Novalis para el proyecto ascensional de la imaginación moderna, sino el exacto requerimiento rimbaldiano del «Yo es otro». Esta actitud lo conduce a la anulación de una identidad «cautiva» por aquel espacio de la imaginación que su poesía proclama:

Y en la última gruta de mí mismo,  
alguien que me conoce gota a gota,  
amigo predilecto de mi sangre,  
por altos logaritmos de ternura  
y en sólidos baluartes pensativos,  
me vive este momento en otra parte.

En 1944 inicia Viaje al interior de tu voz. Este libro está compuesto por ocho poemas distribuidos en cuatro jornadas, tres sueños y una apoteosis, y muestra un itinerario amoroso del que no se hurta, como en La rodilla en el agua, la cercanía al autor de La voz a ti debida. Es posible que la esperanza de ser puesto en libertad le llevara a iniciar este libro<sup>33</sup>, pues rehúsa ya a la posibilidad de mirar al pasado, tal y como afirma:

<sup>32</sup> Véase *El aire y los sueños*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, p. 279.

<sup>33</sup> Véase la entrevista realizada por Esteban Amado, «Pedro García Cabrera. El poeta y su

No detendré mi paso en las veredas  
que vienen de mi ayer. Traen las huellas  
de los viejos prejuicios incrustados  
en un campo a traviesa de ilusiones.

*Persiste, además, en la visión mítica que conjura su palabra. Las «imágenes poliédricas», una suerte de enumeración caótica de la que nos ha hablado Leo Spitzer, se deslizan en la cercanía simbólica de la nada como en una intemperie de alusiones. Las metáforas, las imágenes y los símbolos forman parte de una «vigilia en marcha» que proclama la naturaleza himnica del poema y de su objeto: una perenne alabanza del mundo que no se encamina hacia la historia<sup>34</sup>, sino a la utopía de un origen proyectado hacia el futuro. Esta reconstrucción elíptica del origen —sea por medio del paisaje insular, cósmico o metafísico— adopta lo que podríamos llamar una poética de la corporalidad. En verdad, a través de sienes y venas, de hombros y párpados, dedos y ojos, rodillas y costados, Pedro García Cabrera edifica el espacio poético desde sus primeros libros<sup>35</sup>.*

*Con Viaje al interior de tu voz, libro concluido en 1946, se cierra este primer volumen de las Obras Completas de Pedro García Cabrera; también, una etapa de su vida. El signo de su poesía, hasta ahora inmersa en peculiares itinerarios simbólicos, en ascensos o en caídas de imágenes aéreas<sup>36</sup> o en el tejido utópico de la virginidad del mundo, encarna una orientación hacia el porvenir. Es éste el «vector de vuelo» que continúa ejerciendo Pedro García Cabrera ya en libertad.*

NILO PALENZUELA

---

palabra» (*El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de abril de 1979), donde el poeta nos dice: «Volví [a la cárcel] en el 39 y tuve que permanecer en la prisión de Granada desde el 29 de abril de ese año hasta diciembre del 44, en que me pusieron en libertad [...]. Al quedar en libertad me traslado a Madrid, donde me vuelven a detener, enviándome a Tenerife para ser juzgado por un consejo de guerra, bajo la acusación de evasión de Río de Oro (Villa Cisneros); es decir, me acusaban de aquella responsabilidad que tenía mayor sanción penal —en mi caso, la evasión del campo de concentración—, dejando a un lado las responsabilidades militares.

«En Tenerife, el fiscal me pidió treinta años, con los que me tuve que conformar para eludir el consejo de guerra y, con ello, la posibilidad de que me condenaran a muerte, que era la siguiente pena a aplicar. Por otra parte, yo, en Granada, había trabajado en las oficinas del economato encargado del suministro y de la alimentación de la prisión; cada día de trabajo me valía por tres de condena. Con esta “redención por el trabajo” —así la llamaban entonces— y con la aplicación de los indultos, a los pocos días de estar en Fyffes, me pusieron en libertad vigilada, sin poder salir de mi casa de Tacoronte, donde entonces vivía.

<sup>34</sup> Este es el sentido de la palabra de Tomás Morales o de Saint-John Perse. Véase el «Prólogo» de A. Sánchez Robayna a *Las Rosas de Hércules*. Interinsular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1984.

<sup>35</sup> Friedrich Bollnow en *Hombre y espacio* (Editorial Labor, Barcelona, 1969, p. 254) escribe: «El cuerpo es ante todo el instrumento mediante el que —o mediante cuyos órganos de los sentidos y capacidad de movimiento— nos está dado el espacio».

<sup>36</sup> Gaston Bachelard ha escrito en la obra citada (nota 32): «Esencialmente toda imagen aérea tiene un porvenir, un vector de vuelo».

## NOTA

Los libros inéditos que incluye la presente edición proceden de aquellas versiones que Pedro García Cabrera dejó mecanografiadas y corregidas antes de su muerte en marzo de 1981. En *La arena y la intimidad* y *Hombros de ausencia* reproducimos los poemas manuscritos que no fueron mecanografiados por el autor. Respetamos asimismo las variantes con las que algunos de los poemas de estos libros aparecieron en la antología poética *A la mar fui por naranjas*, editada en vida del autor.

Para los libros ya publicados acudimos a las primeras ediciones, adoptando sólo algunas variantes allí donde los textos originales indican la presencia de claras erratas. En *Transparencias fugadas* hemos suprimido, sin embargo, el criterio tipográfico de la revista *Gaceta de Arte* de ofrecer los poemas, artículos, etc., sin mayúsculas.

La inclusión de *Los senos de tinta* —en prosa— se debe al criterio de reunir en un mismo volumen las obras relacionadas con el surrealismo. En este movimiento, de profunda influencia posterior, se inserta una precisa etapa de su trayectoria.

A continuación incluimos aquellos datos imprescindibles sobre los títulos presentes en esta edición.

*Líquenes*, Ed. Hespérides, Santa Cruz de Tenerife, 1928.

*Transparencias fugadas*, Ed. Gaceta de Arte, Santa Cruz de Tenerife, 1934. Reeditada por Inventarios Provisionales, Las Palmas de Gran Canaria, 1970.

*La rodilla en el agua*. Ed. Benchomo, Santa Cruz de Tenerife, 1981. Redactada en los años 1934-1935.

*Los senos de tinta*. Texto en prosa redactado en Tafira, isla de Gran Canaria, y fechado en mayo de 1934. El original mecanografiado carece del primer folio y se interrumpe en la página dieciocho.

*Dársena con despertadores*, en *Papeles Invertidos*, Santa Cruz de Tenerife, núms. 4 y 5, 1980. Redactado en julio de 1936.

*Entre la guerra y tú*, obra redactada entre los años 1936-1939. Parcialmente publicada en la antología *A la mar fui por naranjas*, Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1980. Sobre los poemas que le faltan véase la nota preliminar del autor.

*Romancero cautivo*, libro inédito compuesto por tres partes, «Con el alma en un hilo», «En el puño del recuerdo» y «Agenda del prisionero», escrito en Villa Cisneros, Dakar y Granada, durante los años 1936-1940.

*La arena y la intimidad*, obra inédita a excepción de su última parte que apareció en la antología *A la mar fui por naranjas*. Escrita en Baza (Granada). La fecha de conclusión se encuentra al final del manuscrito: 14 de febrero de 1940.

*Hombros de ausencia*, obra parcialmente publicada en la citada antología *A la mar fui por naranjas*. Redactada en Granada entre los años 1942-1944. Transcribimos las fechas de redacción de los poemas, presentes en los manuscritos. El título inicial de este libro es *Circuito de ausencia*.

*Viaje al interior de tu voz*, libro inédito comenzado en la prisión de Baza en 1944 y concluido en 1946 en Tenerife, ya en libertad vigilada.

N. P.

# LÍQUENES

[1928]





1

Al mar, en la lejanía  
lo ha vacunado una vela.  
—Sigan subiendo clavijas  
que está baja la marea  
y se están viendo los cuescos  
verde jade de las piedras.  
Sigan subiendo clavijas  
para que la vela crezca.  
Con ella estoy esperando  
un cargamento de estrellas.

2

Cuando empezó la montaña  
su comunión amarilla,  
cuatro puñales de lona  
aupados en las quillas,  
asesinaban la tarde  
que sobre el mar se mecía.  
Olas con lomo de carnes,  
azuzadas por la brisa,  
ladraban espumas blancas  
por toda la azul mejilla.  
Por el paladar celeste  
calvas violetas subían.  
Mañana seguirán rumbo  
las cuñas de cartulina.  
Y esta noche, en los costados,  
el mar les hará cosquillas.

## 3

Por el redondel de rutas  
 garbanzos de fragua ardiendo.  
 Por el veril azulado  
 mariscos de ventisquero.  
 Y el alba —pregón del día—  
 los recogerá en su cesto.

## 4

Acueducto verde:  
 media risotada pintando la calle,  
 media carcajada tirándose al mar.  
 Siempre hangar de pájaros;  
 nunca el polo dulce:  
 engodo de fucus  
 para los veloces torpedos del mar.  
 Las hojas  
 (el viento es bañero)  
 flirtean a muerte.  
 con los calofríos azules del mar.  
 Y los troncos  
 retuercen un sueño verde:  
 ser carne de mástil  
 para navegar.

## 5

Iba vistiendo una órbita  
 y se ha caído en el mar.  
 ¡Cómo envidiarán las olas  
 su blanca elasticidad!

—Timonel, pulsa tu barca,  
 pon la vela a patinar,  
 y tírale una manita.  
 ¡Que no vaya a naufragar!

## 6

¿Al norte? Vamos al norte.  
 ¿Al sur? Pues vamos al sur.  
 Como sea sobre el agua  
 yo voy donde vayas tú.

Esta racha de viento que a mí llega,  
 acaso fuera silbo  
 en las gráciles jarcias de una nave.  
 O sonrisas plegándose en el ojo  
 acuoso y abierto de un estanque.  
 O corcel embridado de una nube.  
 O carne melodiosa de un oboe.  
 O ¡quién sabe! Quién sabe y fue un suspiro,  
 que ha crecido, rodando por el aire.

En el ataúd del aire  
 el silencio azul es yerto.  
 Aunque son negras las horas  
 tienen el cutis de plata.  
 La luna mueve en las olas  
 un río de tinta blanca.  
 Y el alma es una niña  
 que rompe a gritar:  
 El nevado Camino de Santiago  
 se ha caído en el mar.

Con un compás de arco-iris  
 trazaron el horizonte.  
 Centro es la isla:  
 alga estrangulada  
 por el grillete azul  
 que le cortó los pies a los caminos.

Los compactos telones  
 tienen la espalda vuelta a los barquitos  
 que escarban azules y rayan vidrieras.  
 El carcelero de infinitas llaves  
 los encerró en los sótanos del cielo.

Y ni en la carretela de la brisa  
 hay a la huida un hueco.

Corbeta, amiga corbeta,  
 que vas para niña blanca,  
 del lapicero de un mástil  
 amárrame la mirada,  
 que me devuelve la duna  
 donde las naves se agachan,  
 y trábala de una roca  
 que trisque espumas lejanas.

Corbetilla, corbetilla,  
 que eres ya una nena blanca,  
 no me la dejes en tierra,  
 embárcame la mirada.  
 Si no cabe en las bodegas  
 que se acurruque en las jarcias  
 o en la sonrisa más fea  
 que hayan dejado dos tablas.

Corbetita, corbetita,  
 —punto que casi no es nada—  
 no me la dejes en tierra,  
 embárcame la mirada.  
 Y si acaso rompe un traje  
 el cruzar de una borrasca,  
 úsala para coser  
 las velas desarrapadas.

¿Adónde irán las montañas gibosas,  
 barcas varadas al revés  
 con sus angarillas de mar,  
 llenas de  
 cartabones en pie?  
 Ellas se tragaron la estrella  
 de los 32 vientos.  
 Y sólo caminan  
 en las pupilas rodadas  
 de los *skis* de los barcos cosmopolitas.  
 Hace tiempo anclaron,  
 deportadas en este mar  
 las siete algas —súbditas rebeldes  
 del corazón de un continente.

Alguien oyó el color  
 del ruido de sus cadenas  
 cuando se arriaron  
 para atracarse al malecón del mar.

12

Por la calzada celeste  
el luis de oro del sol  
comienza rubio a sonar.

Ahora le toca al cielo  
ser banquero de la mar.

13

Qué solita está la mar.  
Hasta también se ha marchado  
la cuerda del horizonte  
para jugar con las trombas  
en otro estadio, al diábolo.  
Y las montañas fruncidas  
cabalgadas por las nubes  
su vivac gris levantaron.  
Qué solita está la mar.  
No la apuñala ni un barco.

14

En el tapete del mar  
el cielo con sus estrellas  
está jugando a los dados.  
Y el faro sigue en sus trece  
guiñando el ojo a los barcos.

15

Lo menos me tiene el mar  
un cuatrillón de miradas...  
Lo menos veinte mil olas  
le tengo al mar en el alma.

16

Ya que la brisa blanca  
torea velas,  
levantemos casitas  
sobre la arena,  
Y verás con que gracia,

no hay otra igual,  
el mar tiende y destiende  
su delantal.

17

En las cunas de las olas  
el mar arrulla las casas  
somniafientas de la rúa.  
Cobrizas, tiran sus almas  
por el balcón, que abren ríos  
pavimentados de escamas.  
Hay columnas y serpientes  
anillándose a las barcas.  
El mar sigue prometiendo  
para dormir a las casas,  
terrones de sal de espuma  
y ramilletes de algas.  
Se ahogaron las serpientes...  
Y el mar, que no sabe nada,  
sigue prometiendo azúcar  
de sal y ramos de algas,  
para que no griten luces  
en el hoyo de las aguas.

18

Quiso doblar sus paños  
carbón el alba  
y descubrió en sus pliegues  
seis velas blancas.  
Seis velas blancas  
que doblaron la esquina  
de la mañana.

Mar adelante vienen  
jugando a guirgo.  
y descosiendo espumas  
de nuevo ritmo.  
Llegan de lejos  
para escupir sus anclas  
dentro del puerto.

Sobre la mar risueña  
vienen confiadas,  
mas de pronto las quillas  
se sobresaltan:

dejando la emboscada  
del malecón  
las sorprendió un lanzado  
remolcador.

*Cui...iii...ii..i.ir*  
(dando en el blanco)  
go, corta la montaña  
desde un barranco.

Y luego el uso airoso  
de perfil negro,  
un racimo de velas  
tranca en el puerto.

19

A la mañana,  
los globos reventados de las nubes  
le escondieron la luz y el horizonte.  
Tan sola la dejaron  
que está  
llorando cristales deslustrados.  
En vano el arco-iris  
le cuenta su historieta de colores,  
y el viento desenrolla serpentinadas.  
Pero el sol es monóculo  
en el anuncio del brillol.  
Y el horizonte se ciñó a la isla  
para hacerla bailar como un trompo.  
Una copita rubia  
—wisky, cognac, cerveza—  
para la niña sola.  
Pero es en vano,  
que todo el sol  
lo exportamos en cajas al Ecuador.

20

Detrás del gran pellizco que el malecón  
algo degenerado le tiró al mar,  
todos los meridianos de mar y tierra  
abuquean la noche que está en verbena.  
De mares extranjeros vinieron olas  
que arrastran sus canciones sobre la arena.  
Del Polo encristalado, que vio encenderse  
los géiseres azules de las ballenas.  
Del Ecuador caliente  
que sacó el positivo de las palmeras.



De los mares tranquilos en donde el viento  
la superficie limpia calafatea.  
De los fondos marinos donde las algas  
crecieron junto al seno de las sirenas.  
De las grutas más hondas y retorcidas  
donde los calamares se hacen cosquillas.  
Las olas navegantes de todos los mares  
celebran su verbena cosmopolita.

21

Y por la tarde, las torres,  
las chimeneas, las casas,  
van de paseo, en sus sombras,  
para bañarse en la playa,  
y columpiarse en las olas  
y aprender nuevas sonatas.

Y después, de mañanita,  
y como siempre: descalzas,  
se estiran por el paisaje,  
se suben a las montañas,  
para contarle las cosas  
que aprendieron en las aguas.

22

Tortuga regañada,  
siempre hidrófoba,  
ulcerando los cerros acuáticos  
con tus mordidas blancas.

Estableciste un puesto de mariscos  
en tu medio milígramo de continente  
para todo el que pasa:  
la estrella desprendida,  
los ladrones del mar,  
el pez hambriento,  
las lunas largas,  
los líquenes,  
las algas.

Cuando descende el mar  
casi hasta la cintura  
te bajas el escote de las aguas.  
Y cuando el mar se aúpa,  
tu cuerpo es una boya  
en la sístole de las aguas.

Escollo, escollo,  
tortuga regañada,  
eres  
el coco de las barcas.

23

Allí están recordando  
con su quiero no quiero  
las barcas.  
Las barcas  
que tienen un mismo tocado  
en el puerto  
y uno distinto  
para cada borrasca.  
Allí están indecisas  
con su quiero no quiero  
las barcas.  
Las barcas  
atadas por las narices  
de las anclas.

Con su quiero no quiero  
se están sacudiendo  
olitas las barcas.  
Olitas travieras  
que quieren subirse a las jarcias  
y dar en el aire  
vueltas de campana.

No quiero, no quiero, no quiero,  
—afirman las barcas—  
podéis destrozaros  
la sal y la espuma  
del alma.

24

Una *girl* del norte  
—mástil de pinsapo  
lleno de banderas—  
arribó a la roja  
gota de lujuria,  
isla en el mar blanco  
de un ojo negrero.  
Y el Polo tan rubio  
se tizó en la llama  
del Trópico negro.

Anda que te anda,  
llegó el paquebote cargado de niebla.  
Corta que te corta,  
ha venido el barco repleto de sol.

El aire del puerto  
pregona un sabor  
de palmeras con gorros de niebla,  
de pinsapos tocados de sol.  
Sólo cuatro yardas  
separan la popa que vino del Polo  
de la proa del rojo Ecuador.

Inés Pastor, la que perdió los ojos  
dentro del corazón de unas montañas.  
Trepanando tus conchas  
saltaron sonrisas de algas,  
un cerebro de sal —ecuatoriana—  
y el herido codaste de una lancha.  
Buzos espirituales,  
ya surgió una sirena en escafandra:  
Inés Pastor, la que enterró sus ojos  
dentro del corazón de unas montañas.

¡Papá, papá, que el barquito  
se me lo llevó la playa!

Dame tu bastón, papá,  
para castigar el agua.

Quando despeñó el crepúsculo  
siete naranjas moradas  
cada farola fue un largo  
*plongeón* sobre las aguas.

La espuma, dale que dale,  
sigue lavando la playa.

Y el viento trae a la noche  
sobre la mar, en volandas.

Por un sendero salado,  
camina que te camina,  
en un caballo de mar,  
amazona una sardina.

En el puñal de su vientre,  
un peto de plata viva.

Y en las aletas, las riendas  
de una seda submarina.

Por un sendero salado,  
camina que te camina,  
hacia el reino de las algas,  
amazona una sardina.

Qué linda manzana verde  
desmenuzada en el agua.

El faro, dentro del puerto,  
quema todas sus bengalas.

(Pasó un barco. Y otro barco.  
Estrellas de trenza larga.  
El viento arrugando sedas  
con sus finas manos blancas).

Ya la manzanita verde  
va rodando por el agua.

Ni hacia el norte ni hacia el sur,  
rumbo hacia la madrugada.

Y el faro taladra mares  
corriendo tras la manzana.

Hoy ha venido el barquito.  
Hasta las bordas, el mar.

Todos los marineritos  
en un pantano de sal.

Tenían tatuajes lindos  
en las muñecas morenas:  
áncoras, peces, barquitos  
hechos con granos de arena.

Hoy ha venido el barquito,  
casi enterrado en el mar.

Todos los marineritos  
hablaban de usted a la sal.

32

Tírame la ola,  
tírame la sal,  
tírame tus labios  
que son de coral.

Tírame en la arena,  
tírame en el mar,  
tírame en tus labios  
que son de coral.

33

Estrellas muertas de risa  
en la glándula del puerto.

Calamares bajo el ala  
de todos los barcos cluecos.

Olas empujando muelles  
lleno el lomo de luceros.

El viento haciendo cabriolas  
en un bosque de trapecios.

Y una luna degollada  
de cerradura en el puerto.

34

Todas las olas del mar  
con luna están prescintadas.

En terciopelos pasmados  
bombones de risa blanca.

¿Cómo no vienen los peces  
a morder esta carnada?

35

Qué bien que te baila el viento  
remojadito de sal.

Las rodillas en el agua,  
el vientre fino en las velas  
y el alma en la inmensidad.

36

Sobre la arenita fina,  
qué preciosa catedral.

(Bautismo de las algas,  
los líquenes y el coral).

Sus torres de viento ágil,  
y sus campanas de espuma,  
y sus badajos de sal.

Sobre la arenita fresca,  
qué preciosa catedral.

37

Dentro la gavetilla de tu mesa  
hay un mar. Tu mar, Juan Ismael.

Un mar salpreso en láminas de sal  
que ladra en la azotea  
y sale por las puertas de tu casa.  
Un mar que por las noches  
duerme en tu misma cama.

Juan Ismael,  
si pregonas el mar que hay en tu casa,  
espero ver barquitos  
hablándole de amor en tu ventana.

Qué linda manía  
la del niño loco:  
coger pescaditos  
y clavarle una vela en el dorso.

Cómo se engaña la gente  
y cómo me río yo  
cuando dicen que las conchas  
tienen del mar el rumor.

No es el rumor de la mar,  
es el rumor de los dos,  
de cuando fuimos mariscos  
en sólo un caparazón.

Por el bolsillo azul del horizonte  
asoma una torre negra.  
Su pie —cilindro—  
en la boca —estribo—  
de la chimenea.  
Y su esbelteud en la tarde  
que naufragando en colores  
abanica las palmeras.

Amazona de la brisa,  
una nube  
hecha de un tajo de ojeras  
hacia la torre, en deseo  
de amante joven  
a marinero que llega.

Hay un palanquín redondo  
y hay unas cortinas negras.

¿Qué hará el niño  
con las tijeras  
del papelito?

¿Una goleta?  
¿Un pajarito?

Sí, un pajarito.

¡Ay, ola amarga,  
el niño rubio  
no es un marino!

42

Sin la esquina redonda del codaste  
ni el abanico marcador de rumbos,  
con soltura de un alga desprendida,  
su perforar de vientres entreteje  
las nieves del cordel de las distancias.

Espuela para ijares sumergidos  
retorciendo sus puntos cardinales  
en la conciencia húmeda del agua.

Escolta de la estrella giratoria,  
una banda de pájaros de sal  
quiere construir nidos  
en el voltijear de las enaguas.

La estrella de los dedos retorcidos  
es la sonrisa del muñón del agua.

43

La tarde le puso al mar  
una camisa de fuerza  
hecha con aire dormido  
y aplicaciones violeta.

Tres ventanos triangulares  
vestidos de luna nueva  
ponen tres acentos finos  
sin el amor de las letras,  
en la página miope  
que alfombra la tarde hueca.

Hay unos cambios de luces.  
Y cuando crecen las velas  
el día, sin saber cómo,  
se estranguló en una ojera.



Nube viajera,  
 ¿tú quieres  
 que compremos un escollo  
 estableciendo un bazar  
 para vender a los peces?

Tres algas, un par de ojeras.  
 Seis lapas, unos pendientes.  
 Dos líquenes, unas branquias.

Por un puñado de sal  
 una colección de dientes.

Y mantones del ocaso  
 por escamitas de arenques.

Nube viajera,  
 ¿tú quieres  
 a tres algas las ojeras  
 y a seis lapas los pendientes?

Un ojal blanco aprisiona  
 la cinturita del mar.

¿Es un barquito que viene  
 o es un barquito que va?

Me hice unas castañuelas  
 con dos lapas de la mar.

Cuando suben las mareas  
 se ponen a repicar.

Con su *maillot* de colores  
 la tarde en el mar nadaba.  
 Se construyó una sonrisa  
 con el remo de su barca.

En la garganta de un pez,  
coloradita en las branquias,  
la llevan para venderla  
en el reino de las algas.

48

Ladeado de cintura  
su pulmón hinchó el balandro.

La brisa ya está cansada  
y sin poder alcanzarlo.

La copa de sal de espuma,  
¿de la brisa o del balandro?

El banderín de la meta  
tiene el puñal enrollado.

49

Con una guitarra fina  
de sal,  
encordada de horizontes  
y clavijero de estrellas,  
nos iremos a la playa  
—novia morena del mar—.

Tú con tu guitarra fina  
y yo con mis castañuelas  
de dos conchas de la mar.

Tú cantarás a Rosina  
y yo le diré piropos  
a las olitas del mar.

50

Ampollas de seis colores  
pautan el riñón del puerto.

Y una naranja de menta  
le brinda a un rojo lejano  
su seno de carne verde.

El gallo rubio  
—arponero de las ballenas del alba—  
en los cerros salados  
estrenó nuevas gualdrapas.

(En su casa de cartón  
la sirena está desnuda).

De tanto corre que corre,  
el viento  
ha perdido una babucha  
de azul dorado.

(En su casa de cartón  
la sirena está vestida).

El gallo rubio  
media rapsodia de lumbre  
tocó en su redondo piano.  
Sobre un escollo,  
insinuándose de amores,  
dos cangrejos colorados.  
La brisa duerme la siesta  
en la hamaca de un balandro.  
Sobre el escollo,  
ausencia de lunares colorados.

Alguien gritó a la barquilla:  
—¡Te vas a quemar las alas!  
(El gallo rojo  
kikirikís de colores  
colgó por todo el ocaso).  
—¡¡Te vas a quemar las alas!!  
(Y con su espuela escarlata  
le dio una embestida al día  
rematándolo en el agua).  
—¡¡¡Las alas, salva las alas!!!

54

La sirena del barco holandés  
desinfló el caracol de una escalera.  
Babel de vientos marinos,  
su tuerca:  
nadir en el agua  
y zenit en la luna nueva.  
Cuando el ojo del aire herido  
se ennegrezca,  
vendrán por el pasamano  
a bañarse las estrellas.

55

Postigos de vidrio blanco  
parchean la tarde tensa.  
La cometa por el aire  
y por el agua la vela.

Y si alguien me preguntara:  
de los dos ¿con cuál te quedas?  
Yo siempre respondería:  
Que se borre la cometa.

56

Uno tras otro, saltaron  
cinco puentes aplaudiendo.  
Cinco pescaditos rubios.  
Cinco arco-iris pequeños.

Uno tras otro, saltaron  
vestidos de torpederos.

57

Sobre el archivo de azules  
van dos fragatas uncidas.

Atrás, el viento, sembrando  
a voleo las sonrisas.

Van arando todo el mar.

Confites de sal marina  
cuajarán almendros blancos  
y gaviotas descendidas.  
Desangrarán todo el mar.

Y con tanta lona fina  
vestirán todas las barcas  
sin velas, de las orillas.

58

—Por mí...

—Por mí...

—Por mí...

gritaron todos  
los caminos del mar.

(Los remos zanquilargos  
aventaban lunas caídas  
y meridianos de colores).

—Por mí.

—Por mí.

—Por mí...

volvieron a gritar.

(El silencio floreció  
en un paio de remos).

Las voces se pusieron a escuchar.

—¡Por mí!

La luna era todo el mar.

59

Cuatro arbolitos de humo  
en el hachazo del cielo  
llenan de hojarasca gris  
la carne veloz del viento.

Las olas calzan vestidos  
de azul ronco de bombero  
y atropellándose van  
a bordadas mar adentro.

Las espumas, en la orilla,  
están repicando a fuego.

Y en el pubis de la arena  
todos los barcos en seco.

60

Ola morena,  
duna salada,  
¿qué sol de amanecer  
cortó tu amarra?

La quilla de una barca.

Cerro moreno,  
grupa salada,  
¿de qué seno copiaste  
tu curva alabeada?

Del seno de una barca.

Cumbre morena,  
carne salada,  
¿quién fue tu profesora  
para borrar distancias?

La vela de una barca.

Carne morena,  
cadera guapa,  
tú que tanto corres  
¿qué te falta?

El beso de una playa.

61

Brisa anegada de colores  
que descarrilas vagones de sal  
y sueñas caracolas en la melena azul.  
Deja las solapas de arena  
y entra en la concha blanca.

Y jugaremos a los novios,  
niña salada de cabellos frescos.

Encías achampanadas  
sorbiendo tónicos de oro  
y litorales pastando.

Semen de sistole y diástole  
arrullador de la cuna  
delgada del aire blanco.

Blancas encías del mar  
lavando playas morenas,  
o almidonando los tórax  
de los cantiles anclados.

Finos volantes del mar  
bajo los soles amargos.

Bombonera del mar:  
papel de elegancia  
con crema de orquesta en el centro.

Las gimnastas bielas  
en su chismorreo rápido de acero.  
La batuta inmóvil de las palanquetas.  
Las fornicaciones ágiles del émbolo.  
Y la estrella loca  
ventilando mares con sus cuatro dedos.

Políglota jazz-band  
repicando a turismo  
en la cinta de un nervio.

Bombonera del mar  
en el estuche azul  
del puerto.

La raqueta de una vela  
blocó el balón de la brisa.

Un trozo se cayó al mar  
y se partió en mil sonrisas.

—Vira prontito en redondo,  
patrón de velas latinas,  
que yo pagaré en ginebra  
cada sarta de sonrisas.

65

A Félix Poggio y Lorenzo

El marinero tenía  
lleno de salitre el pecho.  
Por eso como ninguno  
tanto corría el velero.

Una novia en Buenos Aires  
después tuvo el marinero.  
Por eso tanto corría  
hacia América el velero.

El marinerito tuvo  
una novia en cada puerto.  
Por eso tanto las calmas  
caían sobre el velero.

66

A José Antonio Rojas, Carpintero  
de playas volantes.

Un áncora de sal  
en el correcto *smoking* de tu playa,  
gardenia de tres puntas  
para recepciones de marino en casa.

En los travesaños de tus dedos  
salta un mar de caracolas nacientes  
y naranjas de vidrio  
derribadas de soles infantiles.

La yema de tu voz,  
en el ovario de una ola,  
fue un brote iluminado  
que apadrinó un delfín.  
Un brote  
que a la sombra de una gardenia  
sorbe la naranja del sol.  
Dale una estrella de prisa por espada  
y una coraza de viento en sazón.  
Y todos los mapas  
tendrán un meridiano universal.



La tarde estaba sentada  
 con su sombrilla de seda  
 en la arena de la playa.  
 El sol le hablaba de amores.  
 La tarde no contestaba.

Una barquilla le dijo:  
 —Contigo, ¡qué dulce el agua!

Y todo el mar fue de azúcar.

El mar sería más mío  
 si lo tuviera más lejos.  
 Odres que cierran nostalgias  
 son pañuelitos al viento.

Con cuatro paquebotes ingleses,  
 tres barcos alemanes, dos suecos  
 y una bric-barca americana  
 se ha desayunado el puerto.  
 El aire  
 tiene mutismos  
 influenciados por extranjeros.  
 Van explorando los rompeolas  
 los *grober-trotter* de los cangrejos.  
 Hay olas *ladies*. Olas *dames*. Olas *frauen*.  
 Negros que al sonreír sale la luna.  
 El muelle, con su pose de tiros largos.  
 Hombres sabor canela, con nidos  
 de ponientes y albas cuadradas.  
 Y el mar, a tono,  
 charlestones y más charlestones  
 bien ceñido a las curvas de las barcas.

Navegar. Navegar. Navegar.  
Enhebrar en los ojos  
todos los horizontes de la mar.

Navegar. Navegar.

Tener un muestrario  
de todas las olas del mar.

Navegar.  
Ser liquen hinchado de mar  
en el mar.

Navegar.  
Navegar.

Navegar.



# TRANSPARENCIAS FUGADAS

[1934]



## ENTRONQUE LÍRICO DE TRANSPARENCIAS FUGADAS

Poema núm. 7 \*

Esta racha de viento que a mí llega  
acaso fuera silbo  
en las gráciles jarcias de una nave.  
O sonrisa plegándose en el ojo  
acuoso y abierto de un estanque.  
O corcel embridado de una nube.  
O carne melodiosa de un oboe.  
O quién sabe, quién sabe y fué un suspiro,  
que ha venido rodando por el aire.

## ENTRONQUE INTELECTUAL DE TRANSPARENCIAS FUGADAS

Estas «transparencias fugadas» son los poemas del aire en movimiento. Variaciones sobre un motivo temático, agradable a lo concreto y a lo abstracto, motivo temático que presta unidad a este cuadernillo poético, y que vuelve la espalda, por tanto, al sistema mosaísta de los libros abigarrados.

Independientemente de su caudal lírico, estos poemas fueron concebidos en una isla que nada tiene de geográfica —influida por el retorno de la abstracción—, de aquí el elegir el tema del aire, situado en el equilibrio exacto de dos zonas en flujo y reflujo permanente.

Por otra parte, el aire tiene en estos poemas un carácter fáustico, insaciable de distancias hondas, ajeno a la definición del viento.

Algún poema se remata buscando fuera del sí mismo del aire un efecto lírico. Resulta ello así por no ser los planos, de época y de tiempo, en que se limitan estos versos, de inquietudes idénticas, y hubiera sido una insinceridad pretender estatificar lo que biológica y esencialmente es dinámico.

\* De *Líquenes*, Santa Cruz de Tenerife, 1928.

## 1

El aire entraba en mí sin encontrarme.  
 En el globo cautivo de mi pecho  
 me contaba las islas internadas,  
 las agudas piteras, los barrancos,  
 los desmandados mares sin adioses.  
 Y persiguió los pozos de las venas,  
 las galerías de los instintos,  
 las puertas de las cámaras vitales.  
 Y se marchó de mí sin encontrarme.  
 Yo me hallaba tan hondo y tan espejo  
 que era invisible al aire.

## 2

Fugado de algún témpano de hielo  
 desniveló silencios  
 y lejanías de aguas.  
 Avalancha sin meta,  
 todo el ámbito es cuerpo —cuerpo tuyo—,  
 sin recordar talón de frío y hielo.  
 Soltándote y queriéndote asirte,  
 violas trenes y velas.  
 Y te trasmites, sin destino,  
 ignorándote, telegrama demente,  
 saltando a piola cordilleras vivas,  
 hasta caer —rendidos los tendones—  
 en el parado techo de los mares.

## 3

¿Por qué cristales fríos  
 miró el viento aquel sueño?  
 Estaban cerradas las vidrieras,  
 el tic tac del reloj,  
 los góticos cardones  
 y las  
 sin pesadillas islas de sal.  
 Era imposible el enhebrar un soplo  
 para un blanco espionaje.  
 Y sin embargo  
 —oh viento informe ayer—  
 ordenas tus espejos transeúntes  
 en el curvo recuerdo  
 —cultura ya naciente en los aviones—  
 de unos robados senos entrevistados.

Rompió la noche el freno  
 y se salió del mundo.  
 Sólo el aire a los labios:  
 colectivo desdén de lo selecto.  
 Las montañas se alejan  
 —adiós, adiós—  
 por simas de vacíos.  
 Los silencios se asoman  
 —duérmanse ya, chiquitos—  
 a ventanas sin fondo ni paisajes.  
 Fuga la piedra su cordial fijeza.  
 Ceden las olas, los valles, los minutos.  
 Lo ausente es más ausente  
 que a mis ojos los ojos.  
 Yo estoy dentro de nadie.

Viaja el viento  
 sin equipaje  
 y sin carnet de identidad.  
 Sólo un pijama de cristal.  
 Y sin recuerdo  
 de cuando fue sirena de navío,  
 bocina de automóvil  
 o suspiro.  
 Blanca mudez total.  
 Kodac ciego. Contraseña  
 del frío.  
 Por la hondura del agua  
 huye su entierro.

Movió la estrella su testuz.  
 Duro cristal en marcha  
 nutrió la lejanía. Aluvión  
 invisible —sueño de espacio entero—.  
 Y anduvo —envidia de caballos de caña—,  
 coronel desbocado.  
 Mas no se supo su sinfín preciso.  
 De no se sabe dónde, retorna,  
 lebel envejecido.  
 Se aprieta a mi balcón y se lamina  
 su senectud de joven marinero.



Se arquea, salta, aúlla,  
desvelado.  
Y le apago la luz para que duerma.

7

Espuela de la prisa,  
se olvidó de los puntos cardinales.  
Siempre, timón de altura,  
almirante de siglos y de nubes.  
Y has de morir con los patines puestos  
sin más testigos que tus propios brazos.

8

No quiso el viento apadrinar su invierno.  
Aire y frío era el orbe:  
plástica imagen de la nieve.  
Y fué sembrando voces a su paso.  
Sin la nieve ni el frío.  
Sólo y consigo, con sí mismo, el viento.  
Y hubo un rapto de sienes, de globos y de jarcias.  
Desnudas quedamos las cosas.  
Y ya somos reductos transparentes.

9

Ni llegas. Ni te vas. Ni estás presente.  
Por dentro de ti mismo  
organizas tus fugas, tus pájaros,  
tus juegos de ajedrez con las arenas.  
Y siempre de pie sobre tus hombros,  
asomado al alféizar de tu cuerpo,  
recorriendo tus músculos, tus bielas,  
sin irte, sin llegar, sin detenerte.  
Y sin saber que todos los espejos  
han preparado un lecho a tu fatiga.

10

Por hallar el perfil de su absoluto  
fué deshojando de su flor cerrada  
los blancos albornoces,  
la amistad de la lluvia, sus gemidos.

Y podó más aún. Podó su historia,  
sus nervios y sus costas, los rumores,  
su voluntad redonda y los paseos.  
Y tan en vilo libertó sus ansias  
que su desnuda sombra ya podría  
vivir entre dos olas sin mojarse.

11

Llamaba por sus sienes, y sus sienes,  
heridas por campanas y cuchillos,  
buscaron un islote a su destierro.  
Las últimas guaridas de los bosques,  
los lentos corredores, los basaltos,  
nadie le dio la huella de un latido.  
Sólo después de barajar sus sedas  
oyó como unas sienes murmuraban  
en la concha de nácar de su frente.  
Y era tan sólo el eco de su ausencia.

12

Ni las geometrías estiradas.  
Ni los parques que llueven sus niveles  
junto a la voluntad de las escarchas.  
Ni las calles sin número ni nombres.  
Nada es en ti perenne: sólo un juego  
de abecedarios de mortales saltos  
con tus arquitecturas oscilantes.  
Y al entrar por los ojos de los puentes,  
truecas tus fugitivas construcciones  
en un agravio de cristales rotos.

13

Poco a poco me iba suprimiendo  
el calor de las manos. Y las venas,  
en un lleno de mármoles y agujas,  
apagaron los dulces ademanes.  
Sólo un resto salvado del naufragio:  
dos guijarros de luna  
que alargaron mis brazos hasta el suelo  
sollozando mudeces, y en espera  
de las hurtadas savias que hagan mías  
estas manos que ahora desconozco.

No lo saben tus selvas de trapecios.  
 Ni tus juegos de fuerzas que transportan  
 un sistema arterial de radiogramas.  
 Ni tus nortes, tus sures, tus oestes.  
 Pero la mar y yo bien lo sabemos.  
 Eras —sí que lo eras— con los mandos  
 a la deriva, un salinar fundido  
 que matabas de celos las gaviotas  
 encabritando ráfagas vivientes.

Y sin decir adiós. Sin que las hojas  
 que a tus sólidos vidrios se ofrecían  
 lograran distraerte en el empeño  
 de remover distancias.  
 Indiferente a todo, proseguías,  
 calzado con tus botas de cien leguas,  
 repasando tus grutas, tus vilanos,  
 tus libres soledades verticales,  
 sordo a tus pasos, ciego a tu deseo,  
 como si recordaras de una cita  
 y hubieses olvidado sitio y hora.

Único y sin fronteras. Compacto  
 escalador de diáfanas planicies  
 que comienzan en ti y en ti terminan  
 sin que comiencen ni terminen nunca.  
 Aduanero de paz que ruborizas  
 la feria de colores de los mapas  
 y l'alta diplomacia de los soles.  
 Tan solidario siempre. Y tan igual  
 en tu imperio de alados celuloides,  
 sin problemas raciales que dividan  
 tu universal desvelo de ser uno  
 frente a los continentes disgregados.  
 Ahora sí que puedes encontrarme  
 en los primeros planos de tu insomnio.

Sí. Este ir y venir, sincronizado  
 al tiempo y al espacio. Esta conducta  
 de tornillo sin fin. Este trasiego  
 de ti por ti y por todos los cuadrantes.  
 Este mudar sin término ni espera  
 —aquí no poso, más allá no descanso—  
 teoriza el impulso permanente  
 de disolver el nudo de amatistas  
 que llevan en sus dedos los obispos.

Creyéndote perdido, te buscabas.  
 Inestables patrullas de huracanes  
 registraban los llantos de los niños,  
 los sótanos del agua y de la noche,  
 entre gritos de faros y sextantes.  
 Y corrían contigo y tú con ellos.  
 Y se iban sin irse. Y sus retornos  
 clavaban en tus lúcidas solapas  
 la risa circular de los molinos.  
 Y tú, fuera de ti, sin conocerte,  
 a cuesta con tus vahos de diamante  
 por tus pendientes de montaña rusa.

Rompiendo los cristales de mis ojos  
 entrasté al asalto en mis ausencias.  
 Caracol de suspiros y de alas,  
 me fuiste caminando gota a gota  
 los delgados senderos interiores.  
 ¡Qué anegado desorden! ¡Cuántas puertas  
 abren a tu evasión mis laberintos!  
 Y tú rodando siempre a contratiempo,  
 sin oírme, de espaldas a las horas,  
 ceñido a mis castillos en el aire.  
 Y así estoy, en el atrio de mi cuerpo,  
 velando tus vigiliass espectrales,  
 de pié en un mundo de palabras huecas,  
 más tuyo ya que el rostro de una fuente.

## 20

Siempre te sobras a tu sed. Si llegas  
a tus finales cercos de rompientes,  
de tu abombado pecho se desdoblan  
manantiales que corren con tu imagen.  
Y nunca te limitas ni te bastas.

## 21

Un delirio de órbitas y fusas  
te amotina el huir de los cabellos.  
Te alborota los labios desangrados.  
Te descuelga los hombros. Te deshace  
los yesos de los huesos. Te deslinda  
los cuencos de las manos. Te violenta  
tus anchas teorías de columpios,  
como si por tus pliegues transitase  
un alud boreal de porcelana.

## 22

Ni a la voz de la sombra del recuerdo.  
Ni frente a las piteras ni a las islas.  
Ni sobre los tirantes ventisqueros  
se detendrá un instante la mirada  
que te humedece todos los rincones.  
Un destino veloz signa tu frente.  
Y has de seguir así. Tus bisturíes  
afilarán las torres y las cumbres,  
las aguas de la mar y las esquinas.  
Y se hincarán tan hondo en tus espejos  
que han de sangrarte nieve los costados.

# LA RODILLA EN EL AGUA

[1934-1935]



## PRÓLOGO

*La isla —esa porción de tierra rodeada de agua por todas partes— ha sido definida en función del mar. El mar, que ciñe a la isla de cintura abajo solamente. Pero ¿quién ha visto su mitad sumergida? Los declives inmersos abren al mito las puertas de las posibilidades poéticas. Y así, la isla puede tener bajo las aguas una larga cola de sirena. O puede ser el seno de una deidad marina. O la campana que doblará un día por todos los ahogados. Sin embargo, todas estas definiciones no son ciertamente la isla, en su concreto estar, sino unas imágenes que, se salen de ella, apoyándose en la parte sumergida que el agua vela misteriosa. Es su emergente roca solitaria lo que la isla afirma con su aislamiento, con su quietud, con su redondeada firmeza, frente a todos los movimientos circundantes. Se mueve el agua, el aire, el fuego, la luz, las nubes. Todo menos la isla, sola e inmóvil, llena de su destino, cerrada bajo las llaves de su propia seguridad. La isla es lo arquitectónico en medio de lo musical. Esta definición es la que nutre este poema. Poema de la piedra sedentaria, concebida en su presente puro, en su clásica lección de exactitudes. Por eso esta ínsula no tiene historia. Es, esencialmente, geografía. A esta concepción geométrica habría que corresponder un alma elemental, despojada de lo pintoresco, del color, del hombre mismo, en fusionada unidad con la masa rocosa. Pero solamente con su porción emergida, pues la isla no tiene sino la rodilla en el agua.*

*Este poema, aunque escrito en Tenerife en una época de mi vida (1934-35) enamorada de la geografía y de las formas que pesan, conviene a todas las islas habidas y por haber. Liberta de sus coordenadas de longitud y latitud, se queda más sola, más suya, más desnuda, para hablar a todas las demás islas del mar sin que la equivoquen nombres, fechas ni sucesos, quedándose solamente con su quietud frente al movimiento, que es la esencia y presencia de todas sus hermanas insulares.*





## ORÍGENES

Un circuito de bocas  
hizo brotar la chispa  
en el aire moreno.  
¡Oh, qué beso incendiado!  
Frenéticas, las llamas,  
de pie sobre sí mismas,  
ascendían al rostro de la altura.  
Despavoridos cielos  
huían con sus lágrimas a cuestras  
y huracanes de días y de noches  
extraviaron sus arpas.

Tú nada sabes, isla, casco  
de ángel caído, en rebelión ayer,  
hoy confinado monólogo de roca  
en este vivir nuevo  
de mar, y cielo, y soledad despierta.

## ¡CUIDADO!

No, al cielo, no; mira a los mares.  
Ni a los mares tampoco, no, tampoco.  
Lastra tus piedras hondo. Que no puedan  
intuir la emergencia de los vuelos,  
de subir y bajar. Que nunca aprendan  
a conjugar los verbos trashumantes.  
Apagado el otoño y sus señales,  
—ya dura almendra, ya callada nieve—  
el pico bajo el ala de tus rocas,  
sé más pesada aún que tu destino.



## DESCONFÍA TAMBIÉN

Y antes de abrir los ojos a los mares  
repasa tus rincones: que se basten.  
Diamante toda o jugarán contigo  
desde fuera de ti tus negaciones.  
Todo es un colibrí de frenesíes.  
Te niega el aire, el mar, la roca misma  
que se abre el barranco de las venas.  
Te niegas tú si mueves las palancas  
del corazón del río, si te abrigas  
con un vuelo de pájaros, si tratas  
de levantar las puntas de tus dedos.  
El límite es tu amor, tu pensamiento.  
Amor y pensamiento: lo preciso  
para que tu desierto esté habitado.

## TU MÁXIMA AMENAZA

Sí, el viento es tu enemigo.  
¡Cómo no lo conoces! En sus manos  
—rumor de luna, de silencio y agua—  
trae otros rumbos que hurtarán el tuyo.  
Si acaso lo presientes en sus rizos  
refuerza con tus bíceps las entradas  
de las ocultas sienas del olvido,  
y pon de santo y seña en tus laderas  
la aleonada idea de ese «nunca»  
de que estás hecha tú: tu yo indomable,  
hecho de un duro corazón sin llanto,  
venas de lava y pies de desafío.

## CONÓCETE A TI MISMA

Tú no tienes historia ni desvelos.  
Nada, nada anterior a ti. Ni el fuego.  
Ni el lamer de los mares. Ni tu origen  
de beso ardiendo y piedra derretida.  
Nada, nada anterior. Ningún recuerdo.  
Por sobre de la rosa de las aguas  
tú eres geografía solamente.

## TU REBELDÍA

Todo gira alrededor de tus hombros.  
Todo se eleva en zarabanda viva,

en vilo, en vuelo, en ascensión, en muerte.  
Y tú, firme en la estrella de tu centro.  
Sin ansias. Por ser todas tus ansias  
la total rigidez que te define.

### ASÍ TE VEN

Llegó la luz clavando sus puñales  
al rojo vivo sobre el mar. Los viste.  
Comenzaron a verte. En la mañana  
tus barrancos te fueron revelados.  
Ni una mano siquiera  
se levantó más alta que tu cuerpo.  
A ras de tierra y lava, sin salirte de ti,  
sin desprenderte  
ni entrar en los objetos circundantes,  
mirabas impasible la hemorragia  
del mar por sus arterias de corales.  
Pasaron otras islas, otros sueños,  
los desiertos con alas, los estíos,  
sonriendo a tu frente pensativa.  
Y todos te aprendieron en tu gesto  
de mirar sobre el hombro las distancias  
desde una virgen soledad de cumbres.

### QUIEN NO ERES TÚ

Vuelta la espalda al diálogo, sin puertas  
ni troneras, celosa contra todos,  
a tus propios basaltos abrazada.  
Y el mar a las rodillas. Reconoces  
que tú no eres ya él por la sustancia  
dinámica que lleva entre sus olas.  
No por sus aguas ni su azul vestido.  
No por su sed de sal y de alga viva.  
Sólo porque se mueve eternamente  
puliendo el caracol de tu dureza.

### RAZÓN DE HUMILDAD

Tan sólo tú eres clara en lo que quieres.  
Tu color es el único que sabes.  
Y hay para ti un idioma: el de la piedra.  
Fuera de ti lo desconoces todo.  
Te basta solamente lo que tienes.  
¡Qué sencillez de mundo a la medida,

sin que la ausencia te desdoble y huya  
con la mitad de ti por esos mares!  
Todo, todo gravita tan pegado  
a tu propio existir, que identificas  
a tu presencia el universo entero,  
isla de ayer, de hoy y de mañana,  
razón de piedra en el amor anclada.

### VARADA EN TU VENTURA

¡Qué dulce intimidad es esa tuya  
de sentirte total y estar contigo!  
Y nadie como tú. Los astros mismos  
huyeron hacia el cielo su eminencia  
por temor al naufragio. El pez de plata  
—y tú nunca sabrás que el pez existe—  
no es feliz en su azul y sueña en vidrios.  
Todo es aspiración, ímpetu y flecha,  
alma de pluma y éxodo de arena.  
Pero la piedra es piedra solamente,  
dueña de sí, segura en la firmeza  
de ser y estar en su ordenado sitio.

### ETERNIDAD DESNUDA

Despejada la incógnita del tiempo,  
porvenir para ti no tiene nombre.  
Siendo tú, eres lo exacto. Y andas, lenta;  
pero sin horas, sin minutos que midan  
tu casco silencioso, tu enquistado  
cariño sin meses ni estaciones.  
Ni sombra tienes que te rapte el cuerpo.  
Entregada a su masa permanente,  
la roca goza un paraíso eterno.

### DISCIPLINADO EMPEÑO DE TI MISMA

La ley es para ti el acantilado.  
El cálculo, la norma, el precipicio,  
tu única armonía. Tu amor, amor  
de ángulo y compás. Más allá de tu suerte  
no es la isla. Ni un ventanal abierto.  
Con tus libros al día. Sin un anti.  
En tu geometría no hay dialéctica.  
Sólo una arteria, una compacta masa.  
Un principio, un axioma sin variantes.  
Sólo tienes un nombre y una pauta.

## HIJA DE TU EXISTIR

Mirando siempre adentro,  
imantada hacia el polo de ti misma,  
resuelta a ser razón indiscutible,  
voz auroral y corazón de acero.  
Y así nada te falta ni te sobra.  
Tus galerías dan el mismo signo:  
un nido de horizontes donde duerme  
en despoblada soledad tu mole.  
Tú misma, mar.  
Domada por el freno de la roca,  
estrella y teoría. Tan serena  
que serás una y siempre en tu infinito  
vivir de siglos de tu actual figura.

## ARQUITECTURA DE TU PENSAR

Tu lenguaje es de tactos. Tu equilibrio,  
el beso frío que se dan los bloques  
de tu sopor tras la compacta frente.  
Ver para ti es tentarte en tu resumen.  
Te hablas solamente si te tocas.  
Pulir tus cantos, ensamblando aristas,  
es tu pensar. Y así son tus palabras  
labradas piedras cuyas sienas duermen  
de las tres dimensiones en la cuna.

## UN POCO HUMANIZADA

De tu raíz de anquilosado sueño  
trepa la enredadera  
de tus cantiles mozos.  
Se asoman en el agua y en el aire,  
de pie en sí mismos, emergiendo duros,  
como mineros recostados  
en las anchas caderas de un siniestro.  
Sin respirar recogen sus antenas  
sensibles, sus trabajados músculos  
caídos en los lutos verticales  
de sus pupilas ciegas,  
escuchando el silencio que la sombra  
prende con alfileres a sus rostros.  
Y son de tan vitales tan humanos  
que la roca parece va a romperse  
en grietas de sollozos y palabras.

## TU SECRETO A VOCES

Pero tú no te sales del reducto  
de tu círculo grave. El mar te lanza  
sus auroras de conchas. Te flamea  
sus encajes de tierna sal. Te incita  
con vidrios animados. Su elocuencia  
con ademanes de agua se modula  
definiendo las olas más exactas.  
En vano que te tienten sus sirenas.  
Todo inútil. La fuerza del mutismo  
de tu puño apretado  
no se abre con las llaves delirantes  
de quien no sabe de geometría.

## PERO...

Ningún «ábrete sésamo»  
descalzará los pies de tus enigmas.  
Un llanto de ganzúas y sopletes  
corre por tus mejillas su derrota  
sin hallar en tu gesto congelado  
calor de bienvenida.  
Esfinge de cartón, voz apagada  
al temblor de las lágrimas ajenas:  
la oscura vena de tus sienas guarda  
un silencio de caja de caudales.

## BIOGRAFÍA MÚLTIPLE

Tú misma un día escribirás tu historia.  
Islas que tienen de coral el beso  
y las raíces, pirámides de sombra  
y nidos de volcanes, te dibujan  
—gemelas de tus altos miradores—  
en cartas ausentadas de tus ojos,  
que pulsan el insomnio de las velas.  
Son imágenes tuyas, anagramas  
de soledad de boca sin amante,  
maduras de esperar, madres de mitos  
con ángeles tatuados y tambores,  
fieles viñetas de tu biografía.

## AISLOTAMIENTO

Piedra tiranizada en el intento  
de esbozo de campana, en cuyos bordes

se cogen tus caderas de la mano,  
jugando al corro tus crispados pliegues  
sobre las catedrales sumergidas.  
La cámara del aire transparenta  
el nudismo integral de tus veriles,  
de tu trompo al revés, que desordena  
los torsos de las olas en quejumbres.  
Sin alas no hay rumor ni vibraciones,  
y por ti no palpita ni una vena,  
oh corazón varado en las orillas  
de la luna de mármol del silencio.

### SEGURIDAD DE TI

Todo está en ti al alcance de tu sueño.  
Al sur de tus umbrales, un desierto  
de ímpetus: las mil norias  
que en los hombros del aire  
giran sus ebrios gestos y evadidas alas.  
Y tú, único oasis,  
cangilón mineral parapetado  
en un alba de fuerzas y vigores,  
dueño de ti, seguro de saberte  
baluarte, cima, caracol y faro  
de tus compactas olas detenidas  
allí donde te palpas todo el pecho.

### DE CÓMO ESTÁS EN MÍ

Te me vas escapando poco a poco  
de mi cielo, isla. Más isla y sola  
al tic tac con que ahora te desnudo.  
Hasta yo mismo que jugué contigo  
a ser explorador por las dos niñas  
de mis ojos, aprendiendo vertientes  
donde se me caían las miradas,  
me voy tornando como tú, una isla,  
que hiela sus nostalgias con delfines  
y derrumba los valles del latido,  
emigrando de mí para encontrarme  
en la desnuda soledad que pueblas.

### ESPEJO DE TI MISMA

Donde quiera que fijes tu semblante  
tropezas con ti misma, con los muros



que te recuerdan el estrecho lazo  
que te rodea, con el insobornable  
desvelo de tus proas y tus vértices,  
con la luna de miel de tu silencio  
frente a las tentaciones de la huida.  
Y en un amor de inercias y de pairros  
elevas de tu tienda de campaña  
el cono estéril donde supo un día  
abrirse las arterias el olvido.

### SIN NOSTALGIA NI AYER

Tú no tienes infancia. La mirada  
hacia las cumbres rotas del pasado  
regresa actual a ti, firme en tu ahora,  
intacta de los sietes que sollozan  
las púas del zarzal de la nostalgia.  
Ni caballos de caña ni muñecas.  
Ni nebulosas ni árboles frutales.  
Tú siempre estás en ti, en tu presente  
de infinitivo puro, sin la ojera  
de la noche anterior, sin la mejilla  
donde amanece el beso desbordado.  
Sola, ahí, en tu equilibrio, marginada  
de las inmigraciones espectrales.  
Aliento tuyo, de ti hasta ti, en punta,  
sin dimensión, sin rosa de los vientos,  
atravesada en medio de tu vida.

### INIMITABLE CONCHA DE TI MISMA

No. Ni el agua ni el aire. Ni tampoco  
en el eco, la sombra ni el suspiro.  
En nada que no seas tú, tú misma  
en carne de tu piedra, en tus tejidos  
de basalto y lava, puedes vivir  
sin dejar de ser tú, sin anularte.  
Todas las invenciones pasajeras  
del agua que te piensa en sus reflejos,  
del aire que se ahueca a tus modales,  
son falsos nombres tuyos, represalias,  
láminas que no caben en tu libro.  
Tú sólo puedes ser la misma que eres:  
turgente seno, caracol en contra  
de todas las planicies que se ausentan.

## TU LOZANÍA

Como ellos, tus átomos.  
Se quieren en tu peso, en tu volumen.  
Aman por toneladas verdaderas.  
Y nunca se enajenan sus aristas  
ni tiemblan sus soportes sumergidos  
ni se abren los capullos de sus vértices.  
Dentro de ti, primor y suficiencia.  
Detenida en un alto de ternura  
se fragua tu cariño. Y es tan lento  
que dejarás de amar cuando se rompa  
ese reloj parado que te llena  
las descansadas celdas de tu masa.

## EN TU ALEGRÍA ESTÁS

En mitad de la frente de los días  
tu gran pedrada, isla,  
destroza porcelanas y cristales,  
permaneciendo en ti, recién clavada  
flecha de sinrazón sobre los mares.  
Y así hiendes los siglos en sus cráneos  
de pajaritas de papel y sellas  
con tu fotografía los espejos  
que se sueñan tenerte ya raptada.  
Pero esa no eres tú, la imaginaria  
San Borondón. Eres la que se aprieta  
con todos los caminos la cintura.  
La que nunca se sale de sí misma  
aun siendo altivo barandal de mares.  
La que todo lo eleva a plenitudes  
en olvido de espumas y luceros.  
Esa que se soporta sin angustia  
en mitad de la frente de los días.

## FIDELIDAD DE ROCA

Y por ser tuya no serás de nadie.  
Tú misma, elogio vuelto a ti. Tú misma,  
abrazo que se halló fosilizado  
de la acción de abrazar en el recinto.  
Contrapolo del río, de los radios  
del aire trasvasado por la fuga  
del errante destierro de sus nácares.  
Y gozarte hasta allí donde te sientes,  
únicamente tú, tu cero exacto,

sin la porosa filtración ajena.  
Comenzando tu atmósfera en el tajo  
que te remite al centro de ti misma.

## TODO LO TUYO ES ORDEN

Nada es en ti lejano. Tus recuerdos  
no sobrepasan nunca las fronteras  
y son vasallos fieles que se funden  
al modo de dormir de tus colinas.  
No se apartan de ti. Son como aludes,  
derramados por todo tu albedrío,  
que aprietan más el nudo que en tu vida  
te hiciste con montañas sin amores.  
Y como tus recuerdos, tu ternura,  
ese tu acento de paloma o ángel,  
tu instinto de atalaya, tus deseos  
de estar realizada en tus declives,  
tu voluntad de ser tu propia presa,  
de encerrarte contigo en tu regazo  
y de que las distancias te adivinen  
ángel espectador de alas plegadas  
en la orilla final del movimiento.

## TÚ YA VIENES DE VUELTA

En tus lindes quedaron los rumores  
de viento y mar. Almena sin respuesta  
a los rizos de sedas transeúntes,  
al vivir musical de las sonrisas,  
sólo entiendes de idiomas a pie firme.  
Y tú les marcas  
el final de sus mundos. Su imposible  
de más allá. Y ordenas un misterio  
donde chocan los ríos en desorden  
de su raudal caudal de frenesíes.  
Sólo presienten donde empiezas tú,  
su cautiverio y tu jardín cerrado,  
impenetrable al humo y la quimera.  
Tan sólo tú te sabes, te proclamas  
ante tu propio peso y tu volumen.  
Y te vas a ti misma, tuya y cierta,  
reposando a lo largo de tus sienas.

## PARAÍSO DE AZAR

Te sirves a ti misma de almohada,  
de lecho, de sepulcro, de guarida,  
de mano yerta cuyo frío hiela  
los duros labios que el besar ignoran.  
Sin cuerda, la caricia y los desdenes.  
Tus auroras, sin pulso.  
Posada en tu tamaño tu presencia,  
en oración tus últimas esquinas  
y en éxtasis tu tiempo lapidado.  
Y hasta el azar sostienes en tus dientes  
como una arista más, como una presa  
que se llama a sí misma con tu nombre.

## MATERNAL EN TU QUIETUD

Estando junto a ti todo se olvida,  
amada de verdad, consoladora  
del ansia y de la espina. De la espina  
del ansia que desclavas con mirarnos.  
Y nos haces a ti, nos dejas sitio  
para pensarte un poco como eres,  
zumos de tu limón, nimbos, cadenas,  
espejos que no sienten un paisaje  
de luz, de aire, que a su vez no sea  
luz de ti misma y aire de tu luz.  
Luz en el aire, pero seca, dura,  
destilada de todo movimiento,  
que nos apaga, que nos deja, fijos,  
al margen de la orilla del deseo,  
salvados ya del resonar de sangre  
que corre por el labio y por la frente  
del pájaro y del pez que hay en nosotros.

## SERENA ES COMO ERES

Sí, tú eres la palabra de ti misma  
que a cuestras con tus frías soledades  
te dormiste de pie sobre la forma  
de un pregón vertical de surtidores.  
Esa palabra de cemento y hierro,  
pero de piedra, pero ensimismada,  
que, ya en ti sumergida, se levanta  
con los ojos cerrados de una ola  
que se repliega, musical, el fruto.  
Y estás ahí con tu presencia viva,

viva por tan presente y por tan sola,  
viva de estar viviendo tu reposo,  
tu difícil vivir inimitable.  
Si el pájaro te envidia, se destruye  
la cuchilla del ala y se diseca.  
Y árbol y leño son la misma cosa,  
como nube, verano, sombra o niño:  
distancia la más corta entre lo yerto  
y el temblor que se afirma en el latido.  
Y así te estás oyendo en tu tamaño,  
cautiva, sin huirte a tu destino,  
con el sueño enyesado de una estatua  
al borde de un decir de golondrina.

### EL CAMINO HACIA TI

Que no te busquen en la hoja verde  
ni en el grito de barro de los hombres  
ni en el sueño de una gota de sangre  
ni en el más leve, altísimo aleteo  
de los bucles del aire desbordado.  
Completa pesa ya tu pesadumbre,  
sola en tu ser, sustancia de tu sorbo  
de piedra, y que se abraza a ti  
debajo de la frente de ese invierno  
que heló las garras de sus propios lobos.

### COMO ES TU GOZO

Los verbos desconocen ese tiempo  
que es anterior y posterior a todo.  
Tiempo en que tú naciste sin nacer,  
cuando el agua y el cielo de tan cerca  
tenían en proyecto el horizonte.  
Cuando el silencio va a romper en grito  
sin dejar de ser grito y ser silencio.  
Y el ala es ala ya y aún no vuela.  
Y el mar, siendo ya mar, no ha comenzado  
a mover el diafragma de los aires.  
En ese instante de equilibrio puro,  
tú, isla, soledad, pájaro mío.

### TU VANIDAD NO EXISTE

Como no ruedas, como ya estás hecha,  
y al decir «tú» ya tienes la defensa

de ese «tú» que te abarca los extremos,  
tú, isla, no pregonas la secreta  
tendencia a lo redondo de las piedras  
ni ese mentido afán de los cristales  
a ordenarse en sistemas superiores,  
contra los acericos de la lluvia  
ni los picos del sol, que abren los poros  
donde baraja el viento los sonidos.  
Como no ruedas, como ya estás hecha,  
y cuerpo y alma son aquí la roca,  
y la roca es sumisa a su volumen,  
con tu perfecta sencillez te bastas.

### NUDO DE PERFECCIÓN

Ser igual en la vida y en la muerte,  
en la mudez de un guante abandonado  
y en el decir de una pupila abierta,  
en el beso volado de una nube  
y en la conciencia de cristal de un río.  
Ser siempre para ti la misma cosa  
el mar dentro la jaula de unos dedos,  
que el dedo del destino entre dos libros,  
que el coser y el cantar, que la tenaza  
que siente el pez cuando le enfría el aire.  
Todo está ya en tu gesto cotidiano,  
en el nidal del nido de tu nudo.  
Y quien toque tu piel toca al instante  
la mudez, el decir, la jaula, el río,  
todo tu yo, tu todo, la certeza  
de tu difícil sueño lapidado.

### VIDA INTERIOR TAN SÓLO

También la estrella es una isla viva  
que desborda en el aire delantales  
de luz y de suspiros transparentes.  
Pero se mueve el cuerpo y las espinas,  
espinas como lanzas, como flechas,  
las venas libres de una sal que vibra  
más allá de la cúpula del cielo.  
Tiene un alma que vuela, que ilumina  
su propia intimidad desintegrada.  
Tú, no; tú ves llover desprendimientos,  
caer de arpas, sollozar cristales,  
géiseres invertidos descendiendo,  
sin que un guiño de vida sobresalte

tu inalterable corazón que siente  
dentro de sí la soledad gritando  
con el brazo del mar a la cintura.

## EN TU SAPIENCIA ÍNTIMA DESCANSAS

Tallada ya, tallada eternamente  
en el beso del borde, en las orillas  
que aplastan hacia dentro tu sordera,  
el único sentido, tu anestesia  
de cuello mudo, del callar sabiendo  
que la geografía es el secreto  
que buscan las hormigas bajo tierra  
y las alas del viento por los nidos  
y los peces del día entre las olas.  
Tallada ya con el secreto a cuestras,  
secreto de la piedra hipnotizada  
por sí misma, con menos pensamientos  
que una estrella de mar, en el olvido  
de todo amor de mitos y delfines,  
ciega de todo y de evidencia llena,  
como un proverbio que labró su concha  
allí donde la roca está en su casa.

## ISLA Y MUJER

Hacia arriba tus días trepadores,  
tus prisas cenitales, tus montañas  
escaladoras de águilas y nubes.  
Hacia arriba tus cerros,  
con sus verdes esquelas, sus morenos  
ijares, sueltas en el viento rubio  
las bridas trinadoras de los pájaros.  
Hacia arriba tus valles atrevidos  
como si una gran mano los llevase  
desde la azul rodilla de las aguas  
hasta los altos muslos de tus nieves.  
Romería de piedra enamorada  
desde el mar a la cumbre. Esa es la isla,  
que recoge la falda de la espuma  
para ganar los áticos que vieron  
brotar del pecho virgen de la roca  
el silbo ardiente de un pezón de humo.  
Desde entonces tu sombra da la vuelta  
alrededor de cráteres lunares.  
Pero ahora que nos hemos encontrado,  
isla, madre, mujer, volcán, destino,  
ven a dormir tu soledad de siempre  
—oh amada de la noche y la distancia—  
en el tibio silencio de mis brazos.

# LOS SENOS DE TINTA

[1934]





plano inferior\*, aislados entre sí como dos melodías gemelas, constelados de burbujas de plata. Más abajo, el tronco, con los cinco círculos pulidos y mates, donde estuvieron los senos, los muslos y la cabeza. Al mismo nivel, más allá, las piernas depiladas, sin poros, formando aspás, en un intento de subir hasta el tronco decapitado, pegándose a él, en un deseo de ser: molino de harinas de nácares y vidrios. Y así flotaba, sin llegar a la superficie, siempre entre dos aguas. Él mismo se sentía ascender el cuerpo, que desechando tendidas verticales, se concentraba en formas redondas, cristalizándose en una esferoidal postura que cegara los cabos de sus extremidades a las cuchillas del frío, ahuyentándolas, para que no se atrincherasen en sus miembros sus acericos de alfileres, hostiles al goce que se iniciaba entre los pliegues de hiperestesia, frente a las orillas de sus ojos cerrados.

Sirviéndole el recuerdo de ella de foco mágico, ordenaba su descansada anatomía como una esfera armilar de intrincados zodiacos de lunares y vértebras, de desviados trópicos de músculos, de órbitas venosas ramificadas, equidistantes del centro invadido por su imagen, viva y silenciosa, como si quisiera proyectarse simultáneamente en cada célula el espectáculo jubiloso del cual era a la vez espectador, circo y multitud.

Este ovillamiento de sus huesos y tejidos le trajo al ojal de la conciencia su obsesión por las formas redondas. La línea recta, lo mismo puesta en pie, que reclinada, que en desmayo absoluto, desprendía una sobria elegancia, un correcto empaque de alta escuela mundana. La curva era más plebeya. Pero también más acogedora y cordial, más dada a la amistad. Acaso las esferas rayaran en los límites de la obesidad por ser todas vientre, todas pecho abombado. Tal vez diesen la impresión de bolas de grasa. Pero no daban los desplantes de los objetos encorsetados por líneas rectas, siempre de perfil, que no miraban nunca de frente, y que si miraban lo hacían a la manera de las rendijas, todas ojos, para hurtar el filamento de su corporeidad tras una larga sonrisa impecable.

Cuando en sus paseos de islote solitario por la ciudad y por el

\* El original de *Los senos de tinta* se inicia aquí. Falta la primera hoja del texto mecanografiado. [N. del E.]

campo iban surgiendo las ambulantes perspectivas, las descomponía como si fuese en prisma en sus elementos integrales, recogiendo en sus ojos únicamente aquellos que pudieran identificarse con curvilíneas superficies y redondos volúmenes. Deambular por las calles era penoso. Su espíritu se angustiaba de los rieles amaestrados, de las aceras tan modosas, de las esquinas cortantes. Sólo algún chaflán curvo, alguna cúpula remontada, le soslayaban íntimas complacencias. En cambio, el campo, con sus paisajes abiertos, condecorados de molinetas en sus combas planicies, en sus macizas colinas, le contagiaba de ondulaciones flexibles a cada paso. El aire mismo era alabeado, y al cruzar en su infinito trasiego de cristales, le llenaba las sienas de agua fría y la concha de sus oídos de modulaciones. Todo lo demás, lo conformado de duras aristas, se disolvía en una licuación unánime. Y así los paisajes no se desangraban por las teorías de las puntas erguidas, conservándose siempre nuevos, anegados en sus propias savias.

Las palabras mismas le producían el mismo efecto. Unas le daban dulzuras, le hacían fluir interiormente manantiales airosos, poniéndole las islas, los cielos y los mares encajados dentro de sí en vibraciones acariciadoras. Otras palabras le secaban las fuentes vitales, le acartonaban sus movibles arenas. «Teoría» le movilizaba las capas del espíritu, avanzando en gratas resonancias. «Serie» le llenaba de rigideces, le petrificaba sus pendulares movibilidades psíquicas.

Por esto su cuerpo, siguiendo aquella conducta que venía de zonas profundas de su ser, adoptaba en el lecho formas redondas, como para que no se escapasen sus pensamientos, llegando así a una sobresaturación que le anillaba de finas laxitudes. Para que, también, no entrase ninguna hostigación del exterior que le escindiese la unidad tibia de aquel recuerdo de ella, injertándole figuraciones extrañas.

Sumergado en aquel baño de maría que su sensibilidad segregaba en la habitación, pensó un momento en las conexiones psicológicas que ligán ese trasmundo vago e indeciso de la subconciencia con los detalles individuales de gustos, inclinaciones y repulsiones. Encontraba razones lógicas entre sus tics, razones de orden primitivo, que los engarzaban míticamente en grupos afines, que arrastraban unos de otros, comunicándoles un sello personal, un parentesco plástico, musical o impresionista. Le surgían de pronto recuerdos infantiles, trozos deformados de realidad, pedazos de sueños difusos, de los que no tenía conocimiento; pero que se hacían suyos al aflorar al campo visual de su conciencia, reconociéndolos a veces y otras intuyéndolos como pertenecientes a momentos anteriores.

Una ráfaga silenciosa volvió aquella página, retornando a ella. Enquistado en sí mismo en aquella celda de sí donde la guardaba, fuera del tiempo, situada en un espacio neutro, cortados todos los cables —al fin— que le insuflasen otro goce que el de ella, como si la noche enguatada quisiera aislarle del plañir de las tinieblas vivas, cometía el asesinato de desgajarle los hoyos del rostro, las conchas de las rodillas y las cápsulas de los senos. En estos tres vértices palpitaba toda ella. Sobre este trípode se alzaba su cariño. Estos datos bastaban para ha-

cerla existir. Mejor aún, eran los únicos, los suficientes, los exactos. En posesión ya de la presa, permanecía enervado, más muélla que un suspiro, én un sopor que le suspendía la corriente de las venas, le paralizaba el latir de las sienes, le apagaba el ritmo de su fisiología. Y con las venas prosternadas y las sienes orantes, oía su plástica desnudez, concentrado, cortada la respiración, detenido el vuelo sobre una sima de sombra y silencio, inmóvil. Sus miembros estaban vacíos, ingravidos, en aquella postura grata a las recordaciones. Pero tenía la seguridad de que si en aquel instante hubiera querido colocarse de otra manera, todo su cuerpo crujiría, quebradizo, rompiéndose. Volvió una nueva experiencia anterior a encadenarse a esta sensación. Y se sustanció con los brotes de los helechos que tantas veces le distrajeron sus horas en el campo. Sus verdes embrionarios, hendidos por circunvoluciones, jugosas y blandas, como gusanos peludos, aparentaban docilidad a la distensión de fuerzas extrañas. Pero no era así. Sino un nudo de resistencias que se descoyuntaba al forzar sus apretados palpos encogidos.

Y ya dentro de sí, embarcado en ausencias, contemplando mar y cielo de recuerdos, comenzó a rodar por su pantalla imaginativa el marco de aquel día lleno de la nostalgia sensual de ella. Este día que ahora reproducía era más estilizado que el otro real, retocado como una fotografía a la que le hubieran corregido las luces violentas, los ruidos imprevistos, las voces interruptoras. Las blancas sábanas del lecho proyectaban, también, en aquella hora, no su cuerpo, sino una imagen redonda de él, despojada de los sobresaltos e inquietudes que tenían las noches laborables, mal vestidas de sueño espeso, que le anegaban los laberintos interiores por donde ella pudiera venir a buscarlo, incitándole a recomponer arquitecturas vividas allá, en la otra isla, redonda también, donde se conocieron.

¿No influiría la geografía, aquel paisaje primario en esta su actual manera de ser?

De las islas que formaban el archipiélago nativo, una tenía la forma de un corazón, otra de un fémur, otra de una tortuga con la cabeza alargada. Sólo la suya era un círculo, una peonza sobre la flor viva del mar.

Aquel día escribía el elogio de sus senos —ya había hecho el de sus rodillas y hoyuelos del rostro—. Senos melódicos, en la escuela contigua, despoblada de chicos, frente a los bancos desiertos y las paredes enventanadas de mapas de colores como una cuadrada pompa de jabón amplificadas. Sobre las cuartillas se iban enfilandando las palabras. Palabras en relieve, que se alzaban en la blanca llanura construyendo poco a poco dos colinas perladas en un valle de mármol. A veces, ellas, las palabras, no salían espontáneas. Se trababan en ocultos zarzales de tormento, perdían trazos de sí mismas, o llegaban con desgarrones por donde escapaban sus turgencias, quedando sólo unas ringleras de odres vacíos, flácidos, sobre el papel.

Alzaba los ojos, paseándolos aquí y allá, clavándolos en el triedro de paredes y techos, en los bancos expectantes, en los mapas sin mari-

neros. Y mientras aguardaba palabras consistentes, abultadas, que ir amontonando en aquellas exquisitas edificaciones lejanas, la atención se le entrometía por intrincadas grietas, extrayendo ideas y representaciones de fisonomías arbitrarias, que se le aferraban a la garganta, balbuceándolas para evitar la asfixia. Entonces, al oírse su voz, retornaba de aquellas fugas por cielos de peligro y túneles sin señales, y se intimidaba pensando si de aquel banco donde se sentaba —donde saltaba— aquel chico detonante apodado «Fosforito», surgiera su personilla nerviosa, agitada por eléctricos sobresaltos, y le asestase aquella su flecha pícaro y burlona, que disparaba, simultánea, los resortes de su rostro.

Pensó que esta respuesta del banco a su mirada le era hostil. Que los objetos le irradiaban representaciones enemigas a su deseo. Las persianas le miraban con los ceños de sus travesaños, hoscamente. Volvió la cabeza. Un mapamundi abrió sus dos círculos verdosos en un lago azul. Sí, aquellas formas redondas le acordaron su angustia. Aquéllas no le combatían como los bancos, como las persianas. Le tiraban besos volados con sus manos y labios de colores. Y el mapamundi le extrajo de su pozo sin orientación otros días que la distancia empequeñecían, anegados de luces infantiles, en que viajaban sus ojos y, enjaulados en ellos, sus ríos de sal, sus caballos de caña, sus trajes marineros, por aquel otro mapamundi de sus horas de clase, cuando tenía por novias buenas sus libros de memoria. Italia era entonces una pierna en actitud de chutar con la isla de Sicilia a la remota portería del estrecho de Gibraltar. La península escandinava unas fauces abiertas, amenazando engullirse el perche de Dinamarca, sobre la crestería rocosa de Alemania. África, un tosco pistolón primitivo. América del Norte, un tórax de hombros hombrunos y tambaleantes, ceñido por la cintura de avispa de la América Central, a las caderas con polizón de la del sur, que se afilaba hacia la Patagonia como un trompo que quisiera bailar en la blanca tarima de los hielos polares. El golfo de Méjico —regazo de América— un semillero de islas. En una de ellas, la que tenía la forma de una caracola rota, de un pabellón auditivo, que auscultase no sólo el corazón del mar, sino también el reflejo que los astros precipitan en sus caídas, nació ella, la disociada en senos, rodillas y hoyuelos. Así partía el continente femenino de su cuerpo en islas apasionadas. ¿No era también el mapamundi, con sus dos cicatrices circulares, la huella de dos senos cercenados por un cuchillo de luna, a ras de un pecho de marinas esmeraldas momificadas?

Confortado por aquella charla cordial con el mapamundi, volvió nuevamente a pensar en ella. Pero la pluma, aquel tintero cuadrado, negros graznidos de un cuerpo de improprios, seguían mortificándole. Y sus manos blancas, ejemplos de perfección, se mancharon de tinta en el costado de una yema, junto al cerco de la uña. Igual que si se hubiera sentido herido, agredido, alzó la ballesta de su brazo un alud de ira, descargándolo sobre la mesa, donde quedó clavado el cortapluma con una vibración de ala presa. Él escribía entonces: «¡Cómo recuerdo tus senos adorables! Son dos hemisferios de un

mapamundi en relieve, que ocultan ríos de leche y sangre, que callan fuentes de besos en sus laderas, que esconden ciudades de táctiles sorpresas en sus colinas».

¡Una mancha de tinta! Por un instante relampagueó un temblor en sus manos recordadas. Y se apretó más a sí, se redondeó más, acurrucándose fuertemente. Sin embargo, el débil desnivel de abrigos dio paso a las agujetas del frío en las espaldas. Simultáneamente surgió aquella representación de sus manos hundidas en el agua helada del atardecer para borrar con su esponja transparente la mancha de tinta de su dedo. Todas estas recordaciones, al corporeizarlas, las desveía difusas, en un escenario sin fondo, bambalinas ni candilejas, a la intemperie casi, dentro de una bola de aire enrarecido, espesándose hacia la periferia. Y los objetos y su figura cobraban un sentido anti-espacial, ni grande ni pequeño, adivinándolas, e intuyendo sus equivalentes plásticos en una astralidad esmerilada. Siempre le ocurría lo mismo. Cuanto más se esforzaba en plastificar los detalles contenidos en sus horas vencidas, más se esfumaban en aquella vaga penumbra aposentada en su conciencia.

Aquel recuerdo del agua fría, al pasar ahora por sus sienas calientes, le contagiaba de una deliciosa frescura que le hacía comprender el goce que han de experimentar los motores de explosión al circular por su red de arterias cristalinas refrigeraciones.

Aquella mancha negra se resistía a dejarse vencer por el agua. En ese sistema de surcos insignificantes que son las puntas de los dedos, se hacía fuerte, penetrándolos con insistencia. Aquella mancha se hizo piel, carne nueva, formando parte de su nieve orgánica, afirmando por contraste su albura y negándola con su negrez. ¡Sus manos manchadas! Accidente trivial, pero lleno de sentido. ¡Las manos! ¡Cuántas veces le asaltó la obsesión de que su vivir se transformaría en otro distinto de faltarle las manos! El mundo de la mecánica, lleno de fuerzas fatales, mugía sus articulaciones aceitosas, las rosas de aire de los volantes, las murmuraciones de sus aceros, sólo con que una mano estableciese un circuito, moviese una rueda o apretase un botón. Eran las caracolas del devenir en cuyas conchas vigilaban sus ángeles custodios. Y aquella gota negra, gangrenosa, le agujereaba la carne. Sintió una repulsión instintiva casi cósmica, contra aquel bautismo de presagios que se acumulaba en los ojos, cegándolos. Que se le derramaba en sus interiores departamentos, nube de tormenta con vientre de lluvia.

Salió a la noche que llamaba a los cristales del balcón, alejando perfiles y fisonomías, picada de eléctricas luciérnagas. Y las tinieblas secaron su zozobra, quedándose —no supo qué tiempo— fuera de sí, como vasija al frío bajo las granulaciones de un cielo sin luna. Aquella noche se soñó un pulpo en los fondos abisales del océano, envuelto en la espesa borra que, como una nube, derramaba en su defensa.

Y siguió recordándola. La oleada de miembros seccionados terminó por desvanecerse, viéndola ahora como en otra noche, en la venta-

na del jardín, después del baile de la tarde en el hotel veraniego, Arrinconados tras las luces tibias que caían sobre la última mesa llena de discos de gramola, los hoyuelos del rostro acuñaban su gracia al sonreírle. Y otra vez se ensabló esta tarde con otra, como obediendo a una involuntaria llamada de telegrafía sin hilos. Le llegó el parecer de que en lo subconciente no existe sucesión de días ni noches. Ni tiempo ni espacio. Impresiones sólo, que se encadenan y se hacinan formando vivencias, que frotan sus superficies, madurándose, y saltan sobre sus resortes cuando los sentidos dejan filtrar hasta ellas espejismos reales o pensados, por los que se desmandan hacia nuestros ventanales despiertos. Los discos, llenos de surcos en espiral, sensibles a las agujas indomables, hacían oír sus secretos, ricos en tactos sonoros. ¿Qué canciones, qué melodías habrían de saltar de sus dedos, si un diafragma anduviese y desanduviese las rayas de sus yemas? ¿Qué ruidos de sangre, qué voces de nervios suspirantes, qué modulaciones de contactos múltiples exhalarían todos los objetos por él tocados en los infinitos vuelos de sus ademanes náufragos, bajo la presión de un estilete? Únicamente presentía que un concierto de blancas concordias habría de escaparse de sus dedos, sin convertirse en cantinela de exactos trazos musicales. No un mecanismo: un organismo dotado de autodeterminaciones. Compadecía aquellas columnas de discos que en el potro del tormento del plato giratorio insistían, como condenados a muerte por un delito inexistente, en repetir sus motivos, gritando la inocencia de sus ritmos, al sentir en sus pechos la punta de un puñal de un verdugo de acero, empeñado en arrancarles una confesión de culpabilidad. Tal vez por esto no quiso bailar.

En el piso del salón los mosaicos blancos y negros alternaban como en un tablero de ajedrez. Las parejas, al danzar, expresaban movimientos desiguales, acordados a las diversas fichas del juego. Ella sonreía cuando apresaba un rasgo en los bailarines que servía para identificarlos con alguna pieza. La rubia de los cock-tails complejos y el joven del pelo ensortijado bailaban dando saltos y en zig-zags, como caballos que amenazasen con sus jaques de empujones al ejército de bailarines. El del bigote a lo Menjou y la chica cascabelera, con frases de cotorra amaestrada, se movían despacito, de medio lado, a contrapunto, como peones. La chata de los ojos cuajados y el de la corbata verde, parcos en vueltas y en filigranas, marchando con pesadez de apisonadoras por las orillas de la pista, sugerían las torres. El alto y bizzo y la morena de cejas oblicuas eran los alfiles que, lanceros y esbeltos, cruzaban entre los demás en quebrados virajes y diagonales deslizamientos.

Rio ella aquel partido que jugaban a ciegas la gramola y la tarde con las parejas de bailarines a cada tirón musical. Y la risa, enrojeciendo la sala, saltó de pareja en pareja, hurtando vaivenes y cadencias de tango, vivaqueó en el resplandor de las luces indirectas y, acosada por el bordoneo de las conversaciones, atravesando los cristales, volcó en el campo su cesta de amapolas. Con el día nuevo, el alba se encontraría entre la tela verde de sus faldas un derrame de apasio-

dados carmesíes. Aquella flor la asociaba siempre con su risa. Allí donde encontraba sus colores encendidos, surgía su carcajada envuelta en una cápsula de aterciopeladas sedas, como una guirnalda de brasas ígneas.

Volvió a la noche del jardín, caída en los parterres, colgada de los clavos estrellados. Una noche estremecida de enarcamientos de nácares y satinados aromas. Sus manos surcaban en las tinieblas selvas cerradas de finos helechos, valles de canela, lisas laderas de caracolas biseladas, islas de esponjas y corales, continentes de ondulantes planicies verticales, torneadas elevaciones: todo el muestrario de las formas redondas. Le pareció que tenía las manos hundidas en la subconciencia revolviendo en sus fondos abstractos abecedarios de líneas curvas, montones de convexidades dialogantes, que se apulseraban a sus brazos, partiéndose, al deslizarse, como chorros de siruposos caldos tibios. Allí tenía la geografía sus mejores definiciones. Un texto para ciegos, donde los cálidos riachuelos de las venas se ahondaban a subterráneos estratos enervados. Donde los géiseres de porcelana se erguían entre ventisqueros de heladas blanduras. Donde los acantilados vibraban sus membranas bajo un vuelo de playas trémulas. Y las hondonadas tenían estremecimientos de vidrios vivientes. Y cada definición, modelada en barro de luna, colocada en su sitio, ordenados sus pedazos en afán de captar dobles insinuaciones de lira y ánfora.

Las conchas de las rodillas, en sus sueños de cúpulas, se alejaban de las rótulas, evadiéndose en lentas emergencias. Los senos, salientes como balcones, detenían el aire, la noche, el canto de las ranas y precipitaban el florecer de las rosas adolescentes. Aquellas cuatro mesetas eran las cuatro esquinas del mundo. Puntos cardinales de tierras vírgenes. Cuatro ciudades de ternura, estructuradas en anfiteatro, vivas y desiertas, con poderosas estaciones de efluvios sensuales que las unían entre sí, bajo un mismo signo, en idéntica señal delatora.

La noche estaba detenida y contagiada de dulces contactos. Y movilizaba sus valles oscuros, ondulaba sus ráfagas lánguidas y rozaba sus transparencias andariegas, de langores felinos, por los altos desniveles del aire ciego. Ni una palabra en los labios caldeados. Todo oyéndose en un goce íntimo, de llanura infinita, de pampa recostada en la hierba de dormida piel silvestre.

Poco a poco el silencio fue abriendo sus espesos abanicos de plumas espesas. Tocó sus vértices elevados en las colinas de sus senos. Los sentía vivir, revivir, pervivir, sobreviviéndose, endurecidos. «Están como los botones de tu camisa», le había descubierto ella en otra ocasión distante. «Son tus dos hemisferios de un mapamundi en relieve», balbuceó ahora con diapasón inseguro. Esta frase apedreó los cristales del invernadero donde dormitaban sus oscuras vivencias, sus maniatados racimos de imágenes, rompiendo aquéllos y liberando éstos. La noche fue entonces una mancha de tinta. En la oscuridad todo se evadió: tactos y contactos, presiones y pulsaciones. El juego estético, intelectualizado, de sus manos, devino a sombras viscosas que contraían sus dedos como antenas de moluscos ante obstáculos cerrados.



En medio de aquella montaña rusa de declives cortantes, de vales gigantes, de inclinaciones hospitalarias, la emboscada afiló primitivos temores y asfixiantes caperuzas de agresivos silencios. Coágulos de tinta presentaban sus senos a las definiciones táctiles. En la noche, se revolieron todos los objetos. Las geografías, bostezaban simas sin fondo. Una avalancha de esponjosos gusanos recorrían sus dedos. Los nervios, los músculos, todas las resistencias que sostenían de pie sus arquitecturas serenas, se aflojaron en un desequilibrio de globo sin gas. Cerró los ojos. Turbios despeñaderos abrieron sus fauces tras los párpados. Retiró las manos, cogiéndoselas, apretando y restregándolas para devolvérselas a su cuerpo. La columna vertebral era un bastón de hielo. Todas estas impresiones, al amontonarse ahora desordenadamente, cuando el sueño iniciaba sus desmadejados aldabonazos, le avivaban más y más las hoscas rompientes olvidadas en aquel naufragio de su cariño.

Precisaba las categorías que fue tomando la noche: el roce de un ala de cuervo transparente, una tolvenera de polvo de carbón en el lecho, ahogado de angustia. Sin darse cuenta, las sábanas le cubrían la cabeza y el aire enrarecido se resistía a dejarse respirar, lleno de plomo suspendido. Estiró los miembros y abrió los ojos. Fue un regreso de las hamacas del sueño. Y el insomnio empezó a voltear la ruleta de sus pensamientos.

Clavó sus ojos profundamente cuerpo adentro. Su deseo de diafanizar los ingredientes de aquella crisis chocó contra su trasmundo de esquinas truncadas. Insistió. Elástico, su yo devolvía su esfuerzo vacío, en cacería inútil. Los ojos de su memoria desintegraban su luminoso rayo en direcciones opuestas, sin aprehender la recomposición del fracaso, como gemelos ingraduables, siempre confusos, renegadores de lúcidas verdades.

¡Si no pronuncia ella aquella frase! Midió la ponzoña de la pequeña mancha de tinta por aquel desequilibrio. Recordó también otro factor que de repente se abrió paso hasta él, a través de galerías enterradas. Era el olor de los heliotropos que ponían ojeraz violetas al jardín. Su perfume tenía un sabor de almendras amargas. Aquel aroma lo distinguía ahora, ayudando a su otra imagen en aquel su repudio a ella. Aquella noche lucharon dos potencias rivales: las formas redondas, simbolizadas por sus senos, y lo caótico y vago, de la tinta, disputándose su persona. Venció lo abstracto, arrugando tensas orografías. También en la subconciencia existía desde aquel momento para él una fauna pelágica y otra abisal. Las imágenes hondas, los monstruos abisales, turbias oleadas de barro y limo, destrozaron el vivo centelleo de los peces flotantes en superficies exactas. Ella pasó a segundo término. Quedó como una huella sangrienta en el epitafio de un amor dismantelado. Sería inútil querer establecer una relación de armonía des-[ ]\*

\* El texto de *Los senos de tinta* se interrumpe aquí. [N del E.]

# DÁRSENA CON DESPERTADORES

[1936]



## PRÓLOGO

*Había comenzado este libro, en La Laguna, a primeros de julio de 1936. Cuando estalló la sublevación militar el 18 de julio de aquel año (día en que fui detenido en dicha ciudad y conducido por una pareja de la guardia civil al cuartel de Artillería, desde donde me trasladaron unas horas más tarde a la Prisión Provincial de Santa Cruz de Tenerife), tenía terminados los ocho poemas que componen Dársena con despertadores.*

*El procedimiento empleado para la elaboración de los mismos consistió en confeccionar dos largas listas de palabras autónomas, generalmente nombrés, adjetivos y verbos que, bien iba viendo o bien me venían a las mientes en mis paseos por la vega lagunera. Cada dos relaciones de vocablos, que me suministraban la materia prima para cada composición, las apareaba, siguiendo el orden en que fueron surgiendo espontáneamente. Esta manera de unir las palabras daba por resultado imágenes más o menos extrañas, según la mayor o menor proximidad significativa de los términos enlazados, siempre de dos en dos. Así, la tercera relación de frases binómicas participaba de un cierto automatismo síquico y amanecían estructuras de una lógica estrictamente poética.*

*Esta primera fase de elaboración de cada poema se continuaba en una segunda en que procedía al ensamblaje de todas las parejas nupciales ya logradas. En esta segunda fase unificadora intervenían entonces los artículos, adverbios, preposiciones y conjunciones, si bien todas estas partes oracionales se distribuían siguiendo vínculos sintácticos.*

*Muy posteriormente me ha sorprendido la manera de cómo se realizó el ensamblaje de los materiales destinados a construir cada poema. La tendencia a disponer las imágenes siguiendo los contornos de lo absurdo. Palabras muy comunes, voces directamente sensoriales, ele-*

*mentos de uso corriente, enseres fonéticos que nos conviven y hornean realidades vitales, se presentan como golpeadas por negaciones, se levantan en contradictorias existencias, dan a luz atormentadas sementeras. Y esta forma de cabalgar del lenguaje, de vivificar contrarios, da exactamente el clima ambiental que prologó la guerra española: la alegría de la libertad malherida y volteada por el caos de los despropósitos. Creo que en la iliación de estos poemas se hace patente la atmósfera de lucha por desarraigar la contrafigura de un mundo al revés.*

P. G. C.

## HABLA UN INTERRUPTOR

No me preguntéis cuántos pensamientos  
cabén a la redonda en mi cabeza  
porque os diré que tantos  
como acantilados en un percebe.  
Pero cuando orino a la hora de la nostalgia  
no recuerdo la lectura si los libros son verdes.  
Y bien sabéis que una cartera de piel de ante  
puede magnetizarme teniendo las manos apagadas.  
Y que mi sueño más bello es aquel  
en que una mujer desnuda se va quedando  
transparente como un farol tocado de ateísmo.  
Y que sólo contraería matrimonio  
con una brújula  
a condición de tener cuatro hijos ciegos.  
Y que si mi risa es una catarata puesta a secar  
es porque la música de los pájaros  
me sugiere una pelota que se hincha de turbias patadas  
y porque las bocinas de los automóviles  
tienen olor a arcoiris.  
Las ventanas que dan al patio de los contratiempos  
son del mismo matiz de mi frente  
y desde ellas prefiero, de tarde, la letra m si es pelirroja,  
al amanecer, una entre la g y la h,  
y al mediodía, la misma que picotean los tirabuzones del alba.  
Como mis sentidos nacieron en una naranja con relámpagos,  
a veces,  
cuando la noche no está de guardia,  
la lluvia puede dilucidar la joroba de un centinela.  
Pero a pesar de todo esto  
nunca acariciaré los rayos del sol  
porque mi soledad está siempre libertando  
cerrojos del tamaño de hombres.

## HABLA UN ALBORNOZ A RAYAS

Si el amor se adelanta por las selvas  
se hacen sombra los días  
de los palacios que dora.  
Las noches pueden ser de piedra  
cuando mis pliegues levantan oraciones marinas.  
Mi soledad colgada entre puñales  
evocan los pasos de las aceras.  
Por las voces  
no podrá nunca medirse la altura del sol  
ya que los estanques tienen frío de siglos.  
La jeringa de un morfinómano  
y un trozo de vidrio camorrista  
son mis antienemigos de la infancia  
que ven como yo dentro de una campana  
sus movimientos de arena insegura.  
Pienso que bajo el mar hay tres estaciones  
donde las algas de tres colores bordaron mi cuerpo  
y que las islas marcharían a la deriva  
si las velas les prestasen los recuerdos.  
Los niños me sugieren la pregunta  
de por qué sus voces no rayan los diamantes.  
El pájaro del sueño creo se posaría  
en el árbol de la hélice de una paloma mensajera.  
Sólo cuando tengo granos de sal en los bolsillos  
es posible  
que la angustia se transforme en murciélago.  
Y únicamente haría propaganda política  
si quisiera ahorcarme de una sirena.  
Yo bien sé que una boca  
tiene familia en la hoja de un laurel  
siempre que sus antepasados hayan tenido lunares.  
Nadie sabe que las puertas son más misteriosas  
cuando estando abiertas de par en par  
salgo por ellas de puntillas.  
Antes de estar los escaparates vacíos  
creía en la resurrección de los muertos.  
El día del mes más idóneo para ver un navío  
es aquel en que siento ganas de andar al revés.  
Tampoco sabe nadie que cuando en otoño  
caen las hojas  
sobre una careta prendida de un hilo telegráfico  
es cuando una ecuación algebraica  
tiene soluciones en el polo  
y fallan los cálculos  
de posibilidades de las fases de los cometas.  
Si un adoquín se enamora de un camino  
pienso que todo el mundo anda descalzo.

Para terminar confesaré  
que me gustaría vivir en un cañaveral  
siempre que fuese un guante de goma.

## HABLA EL PÁJARO DEL SUEÑO

Como por sus hábitos se desconocen los fantasmas  
quiero exponer la clave de mis actos mejores.  
Así aprenderéis  
que  
para psicoanalizar el vuelo de las mariposas  
no hay mejor aparato que los imanes de mi propio pico.  
Que no siento envidia de la niebla  
porque la verdadera soy yo mismo, adaptada  
a la forma de mi deseo de trotamundos.  
La que veís en el campo es sólo un espejismo  
que no puede sostener las arañas de los reflejos.  
Que aprovechando los insomnios de mi larga cola de encaje  
puede un insecto oscurecer la noche de unas sienes.  
Lo que no sabréis nunca es si los caminos  
dañan el pecho o la espalda a los transeúntes  
porque depende  
de cual de mis alas señale el oeste de un grito.  
Nadie podrá explicarse que mi mayor sorpresa  
sea hallar un violín pelirrubio  
en una voraz planicie de hielo,  
aunque sepa que el color de las ansias  
es el del llanto de un amor madurado entre ortigas.  
Lo mismo de un caracol, que de un suspiro, que de una pezuña,  
haría un micrófono  
para oír el jadeo del agua en los fondos de la luz.  
Si existiera mi muerte  
enviaría a buscarla por mis ojos adentro  
con el primer sombrero de copa que pasase  
vestido con plumas incendiadas.  
Hay una palabra única que me levanta la ternura,  
esa que se balancea  
en la punta de la lengua de un retórico.  
Para mí nunca llueve, pero si me lloviese  
serían letras góticas y algodones en llamas.  
Este es mi alcohol. Líbalo mientras duermes.  
Por esta vez tan sólo a conducirnos voy  
al paisaje más iracundo de la tierra,  
sangrando a la derecha de un ensueño de alondras.  
Ninguna esperanza  
me obceca,  
tanto por ser todas las obcecaciones a la vez  
como por inclinarme más allá de todos los mares.



Así comprenderéis  
que no tengo salvación fuera de mis costados,  
que soy azar y suerte  
porque vivo en las fuentes de donde manan,  
que siendo la más audaz caja de prestidigitadores  
anido en la encrucijada de las querencias.  
Y que mi exclusivo fracaso,  
el mío,  
el del pájaro del sueño,  
es que nadie me reconozca  
como la ganzúa de todas las claridades.

### HABLA LA ARAUCARIA DEL AMOR

Casi nada ignoro  
del lenguaje que enciende mis raíces.  
Lo más importante es que un erizo  
subirá por mis ramas cuando  
un caracol le preste su escalera.  
O que alimentaré un perro de cristal  
con las cenizas del agua del olvido.  
O que el tamaño de los verbos fatigados  
se mide con la distancia entre dos senos de mujer.  
O que mi cabellera tuvo un frío de soles  
hasta que el amor posó su hora  
sobre mi mano convertida en isla.  
O que el viento que recogió los manteles  
de los comedores infantiles  
hace cuatro tinieblas y veinticinco segundos  
fue el que reconociendo mi sangre verde  
se puso una bata de cirujano.  
O que el objeto amado  
por quien levanto el brindis de mis candelabros  
es la Gran Muralla de la China.  
Yo vi cómo los ladrones repartían sus piedras y torreones  
mientras mis hombros se encogían  
al estilo del año 2000 antes de los crepúsculos.  
Pero quién sabe si lo más lujurioso  
es el que nadie diga que mi sordera no tiene remedio  
porque está a la vista de quien tenga  
un despertador en la mirada.  
O de que di los buenos días a las cigüeñas  
porque las vi reflejadas en mi esqueleto de pez.  
O que al descender por los barrancos  
pensaba que por los arcoiris  
escapan los insomnios de las alcantarillas.  
Sólo quisiera evadirme de mis brazos  
para que no señalasen hogar a los aviones

y ahora mismo los sustituiría  
por una sopa de ametralladoras hirvientes.  
Estos brazos son culpables  
de que me despierte en la noche  
tantas veces como un fósil terciario aún no descubierto.  
Ellos también me dictan que  
la flor que prefiere el terciopelo negro  
es aquella que mantiene un matiz  
entre nidos de esquinas y las esquinas del fuego.  
Creo que no sea preciso volver a recordaros  
que todo lo que soy  
—pluma, punta, jilguero encadenado—  
es función de mi altura sobre el nivel del mar.

### HABLA EL HUMO EN EL VIENTO DE LA MANZANA

Nada me produce tanto terror  
como una mujer encinta  
porque su capricho puede convertir la manzana  
en ahumado viento.  
Esto y el que los insectos se hagan oír  
de los poderes públicos,  
cuando la manzana de todos los humos  
destroza los zarcillos del trigo en las fiestas  
gastronómicas de los hongos,  
es tan elementalmente arbitrario  
como el encuentro de una sirena disecada  
entre las páginas de un libro.  
Mi humo elegiría como destierro  
aquel país que estuviese habitado  
por estatuas desconocidas.  
El aire de mi vuelo piensa  
simultáneamente con un timbre  
que el perfume de un silbo prolongado  
es el de un horizonte que condujese  
una transfusión de rumores entre fruteros.  
Y el de mi manzana  
tendría las horas quemadas por el remordimiento  
de no ser un volcán submarino.  
Mis tres elementos coinciden sin embargo  
en que el mejor instante  
para bautizar un cocodrilo es aquél  
en que un arroyo cabalgue sobre el humo del desengaño,  
a espaldas del hastío,  
fertilizando mi pulpa gris madura.  
Esto no es óbice de nieve  
para que mi única mancha consista en no disponer

de una alcayata en donde colgar mi pensamiento.  
 Bien veis qué sencilla es mi historia de enana titiritera  
 y de cómo todo lo ignoro si me pregunta el mar  
 y cómo todo lo sé  
 si un locutor pez terremoto me interroga.  
 Aún así  
 la madera con que se construyen los guardabosques  
 es de risa de sándalo y flores de mazapán muy estudiosas.  
 Tal vez por eso  
 hay un signo capaz de despertar unos ojos  
 y unos hombres que esperan una flecha vestida de arlequín  
 y un espejo que se suicida en la boca de un muerto  
 como síntomas de una neurosis de venganzas y de prisiones.  
 Por toda nuestra vida de intrigas diplomáticas  
 mi última voluntad  
 es dejar en herencia mi tripartito avatar  
 de la siguiente arca de confites:  
 la manzana  
 al aroma de una bombilla fundida;  
 el humo  
 al oso de seda para que respire panderetas  
 y mi aire  
 a los castillos que levantan los desiertos.  
 Con estas disposiciones, segurísimo estoy,  
 dejará de salir el sol todos los viernes.

## HABLA LA ATMÓSFERA DEL VIDRIO

El amor es atmósfera y el vidrio sentimiento.  
 De aquí que amen más los cuerpos opacos  
 que los lúcidos  
 no solamente por estar cerrados a piedra y lodo  
 sino porque ponen sordina a las preguntas luminosas.  
 Como la atmósfera del amor envuelve el universo  
 hace muchas leguas de hombres que he puesto mi corazón  
 en todos los átomos que bordan las espumas de los sueños.  
 Como el sentimiento del vidrio  
 no vive junto a las fuentes tumultuarias  
 jamás he tenido amistad con los sauces  
 ni confluyó su vida con mi vida.  
 Ni tampoco la espina crucificó mis hombros de almohada  
 porque la espina, el llanto,  
 la inquietud de saberse lejanía,  
 es todo transparencia en mis umbrales  
 neutralizando el bien y el mal mi cabellera  
 de blanco nido.  
 Y así corró la cal, la porcelana, el mármol, mis maneras,  
 descansando sólo a la sombra del árbol

que ilumine sin destrenzar la esfera  
de mi pantalla de agua clara.  
Nadie se extrañe  
de no matar la sombra de mi vidrio atmosférico  
porque únicamente la proyecto si me atraviesa un barómetro  
y para matarla habría de utilizar entonces  
una máquina de coser virgos  
y esto por ser asexual por excelencia  
como un embudo de luceros.  
Cuando cruzan los bosques sobre sus sederías y esmeraldas  
espero que en las ramas  
brote mi propio corazón hecho piedra,  
lirio de plomo o montaña de rojo hielo.  
Pero desterrado de los puntos cardinales  
pues en ningún caso se orientarán  
ya que mi presencia les hace perder los estribos.  
Todo, hasta las nubes vacías, hasta el ciego cantil,  
está lleno de mis pulsaciones. Es mi sabiduría.  
Y sin embargo, hay un mundo que desconozco:  
no sé si una docena de nueces  
es mejor que la cola de un león.  
Sólo lo que habla en cristal raya el diamante de mi vuelo.  
Así que tuteadme con las voces  
de los ecos de los guiños de los suspiros  
y podréis ser visibles  
al trono del aire florido que me sostiene  
en los dientes de un pataleo de acordeones.

## HABLA OTRA VEZ LA ANGUSTIA

Cada vez que mis charcas de ojo turbio  
presencian el suicidio de una sonora brizna de alisio  
en el inmenso abismo de color de una rosa  
se despierta mi clave, mi galería más profunda.  
Pero sólo aparece químicamente estrella  
después que la aureola de la nostalgia  
deja un lazo amarillo  
en el peinado denso de las ciudades.  
Clamo entonces  
por un repique de cometas dentro de la piedra del horizonte  
y me abrigo en la capa que tejen las arañas de la niebla.  
Y me asalta el ruido  
de la capital de la república de los inocentes  
en aquella estación en que las ofensas líquidas  
se exportan al por mayor.  
En tal momento me es fácil adivinar el porvenir  
de todos los pueblos que sollozan  
en las fronteras de un recuerdo congelado

por tener la oscura videncia de un ciego sin espaldas.  
Pero el porvenir puede desviarse hacia un río  
cuando las mareas de las multitudes  
se desbordan atraídas por las lunas de los espejos  
y peligran morir ahogados  
porque entonces las esponjas  
tienen la sed del simún amoratado de las violetas.  
Ese río baña los costados  
de las circunferencias de un estanque  
en que cae una paloma muerta.  
Y en ese instante en que se extingue la última onda,  
en el por llegar a las pestañas de las orillas,  
es cuando una ciudad pasa de isla a coseno de luces.  
Después, ya no existe el porvenir adivinado  
porque le cierro los párpados  
al corazón del presentimiento.  
Y me quedo de pie y en llama viva.  
Ya veis cuán complicado es mi organismo  
para ponerlo en marcha  
cuando los muros sacan sus mandobles.

## HABLA NUEVA EDICIÓN DE CORALES LENTOS

Bien sé que muy pronto  
iré a recorrer la montaña de los sepulcros.  
Si se encuentra en la isla del tesoro  
llevaré el guía de un topacio.  
Si en el valle de los lirios de bronce,  
la agonía de una danza desnuda.  
Si en el país de las huellas perdidas,  
un colmillo de elefante profeta.  
Pero si estuviese bajo un océano,  
donde no aullasen los caleidoscopios,  
llevaría a las torres de la mano en el pecho  
siempre que un gallo próximo me cediese  
su garganta, en donde descansar  
mis rojos pies enredados en bastos.  
Mi anhelo sería dormirme allí  
acariciando la frente pensativa de una concha.  
Y si al lograrlo me convirtiese  
en humo de espumas  
sería porque unos labios secos,  
de arriba, de la tierra, pidiesen con urgencia  
un riego de asfaltos incendiados.  
Vería entonces cómo los mendigos  
tienen riachuelos azules en la mano derecha  
y cómo en ella discuten las espinas  
la longitud de las uñas del hambre.

Vería también, y también los sordomudos,  
que el mundo en el que vive el color azul  
excluye a los dragones con muletas de odio.  
Y que la canción de Alí Babá y los cuarenta bandoleros  
sólo puede cantarse bajo una prensa hidráulica.  
Y que el ansia por la que se desvive una campana  
es ahogar en sus brazos  
el invisible soplo de un sabueso.  
Vería igualmente  
que encima de mis huesos escarlata,  
a muchas millas sobre mis rosales,  
donde madura el viento,  
los cisnes sienten frenos en las plumas  
cuando les alcanza el alarido  
de mis ramas de fondo.  
Nunca oye la mar esa cara de «déjame entrar»  
de los pescadores que se acercan a mí.  
Nunca tampoco mi grito  
de «déjame salir» a la aventura de las playas.  
Es entonces  
cuando una boca sangra por mis raíces  
y, a su conjuro,  
un arcoiris se transforma en arpa  
y la tristeza más amarga de las tristezas  
se retrasa en las manecillas  
de una medusa virgen que me llama.  
Nada de esto impide, sin embargo, que ostente  
el campeonato de natación  
en los mares del beso calcinado.



# ENTRE LA GUERRA Y TÚ

[1936-1939]





## ANTECEDENTES

*Los tres poemas iniciales de este libro fueron escritos antes de la guerra española y publicados en el último número de la revista Gaceta de Arte, con fecha 30 de junio de 1936. Las demás composiciones se elaboraron, unas, las menos, durante la contienda, y las restantes en la prisión n.º 1 de Baza durante el transcurso del año 1939. Una gran parte del original sufrió los avatares de la persecución y aunque todos los poemas burlaron clandestinamente los registros y vigilancia de los guardianes de la cárcel, es lo cierto que, hasta hoy, no he podido recuperarlos. Cada poema lleva un número de orden. Las lagunas de los que faltan indican los que se han perdido. No recuerdo tampoco cuántos permanecen extraviados después del último que se incluye. Por otra parte, uno de los tres iniciales, el titulado «Con la mano en la sangre», experimentó el zarpazo de la censura cuando, en 1952, fue incluido por Domingo Pérez Minik en su Antología de la Poesía Canaria. Al verso «fabricarán cañones que habrán de bendecir los obispos» se le amputó el trozo de cursiva. Yo autoricé que se editase con tal mutilación, porque habiéndose ya publicado tal como había nacido en un clima de libertad de expresión, serviría de testimonio gráfico de cómo se empleaba la censura durante el personalismo franquista. Esta versión mutilada se recogió posteriormente en Poesía Surrealista de Pablo Corbalán, al reproducirla tomándola del citado libro de Pérez Minik. En cambio, figura correctamente originaria en el estudio de C. B. Morris, Surrealism and Spain, Cambridge, 1972, y en la tesis de Nicole Avant sobre Gaceta de Arte, en la Sorbona 1964. Es decir, que mientras las reproducciones españolas están castradas, las extranjeras siguen fielmente el texto integral que dio a conocer Gaceta de Arte.*



[1]

## LA CITA ABIERTA

Por la derecha de la voz del sueño de la estatua  
pasa un río de pájaros.  
El río es una niña y el pájaro una llave.  
Y la llave un campo de trigo  
que abre un lento caracol de cien días.  
Esto quiere decir que las colinas de los hombres rotos  
son de cartón, madera y nueces verdes.  
Pero no toquéis esa angustia: es toda del domingo  
que crearon los nidos donde mañana empollarán las piedras  
[adúlteras.  
Es de aquel pez que mira por el ojo del mar  
cómo la guerra es la ternura que guardan los lechos vacíos  
y la paz esa sangre con que los pies salpican sus cadenas.  
Vámonos ya. No taladres la sombra que tenía hace cuatro años,  
que me duelen los dedos del hambre y el corazón de las lluvias.  
Mejor es que te duermas, que prosigas andando.  
Yo te esperaré hasta los tigres, a la orilla del lago, después de  
[la vendimia,  
mintiendo labradores a los campos  
y hombros de alguien sobre las desiertas promesas sin agua.

[2]

## EL RELOJ DE MI CUERPO

Apenas a tus ojos asomaron los ríos de sangre derramada en la  
[guerra  
cuando la noche, con su quilla helada, atravesó mis bosques  
[de ternura.  
¡Oh! los mares sin islas, las huellas de tus manos en el aire de  
[mis cabellos,  
ya sin ti, al pie de los días crucificados, mientras maduran las  
[naranjas.  
Aún estoy sordo de la despedida, cuando las mariposas se  
[quemaron las alas  
entre las campanadas de los árboles disecados en las paredes  
y los relojes despiertos en los árboles del jardín.  
 Toda la tierra tiene ahora un frescor de ceniza y de arena.  
Las botellas recuerdan aquel último beso estallado en sus cuellos  
sin que puedan los líquidos hacerlas olvidar que te marchaste.  
Te lloro con mis manos y con mis muslos que ya no encuentro  
más que a través de trincheras abandonadas y de globos cautivos.  
He puesto el latir de mis sienes al compás de tus pasos subiendo  
[la escalera  
para oír cómo pisa tu sangre sobre las yemas de mis dedos  
[ausentes.

Sigue el dolor rodando. Y es tan duro  
que podría servir de rieles a los trenes cargados de heridos.  
Y tengo miedo. Miedo de que se escape de mi insomnio  
helando las palabras que dicen las cerillas a los niños.

[3]

### CON LA MANO EN LA SANGRE

Nadie se acuerda ya de la Gran Guerra  
y aún tienen los ríos su largo brazo en cabestrillo  
y los ojos saltados los puentes  
y corazones ortopédicos los hombres.  
Sólo tú, yo y aquel sueño polar de golondrinas,  
con nuestras aguas verdes por la espera,  
batimos el recuerdo en tu mármol, en mi frente, en su oído.  
Nos venderán de nuevo  
aunque prosigan con su rebelión armada los rosales  
y la mentira con sus tres dimensiones y un pico con ojeras  
y el treno de los trenes en el trino de una estación al este de  
[los] mares.

Todo se perderá: corales, ruiseñores,  
la última comedia que apunte el caracol desde su concha,  
los diarios que voceen las ranas al crepúsculo,  
tu orfelinato de montañas locas,  
tantas y tantas cosas que ignoran los cipreses.  
Y de tu voz, hasta de tu voz, que enlaza la seda con los  
[pámpanos,  
fabricarán cañones que habrán de bendecir los obispos  
para que rompan más eficazmente las venas de los sueños.  
Se nos dará una gran razón: que somos hijos de la patria,  
sin saber que a ti, a mí y al sueño polar de golondrinas  
nos sobra espacio para vivir aun dentro de un beso de paloma.

[9]

### MI PENSAMIENTO A LA RULETA

Te voy girando a negros los acueductos que a mi sien otean,  
los minutos que piden limosna de reposo en el atrio de la  
[metralla,  
aquellos ventanales ya desiertos, ya poblados de nadas y rosales,  
de blancos en templanza y cayados esquivos de sirenas.  
Ya no tengo ni temo aquella voz que a nidos me sabía,  
la encrucijada tenue donde el amor tenía riesgos de oro  
y tristes juegos de lo que no se anuncia en fechas ni almanaques.  
Venía un mar andando con muletas de antiguos combatientes  
y de sus arpas mudas se elevaban columnas de ya no sé qué gritos  
cuando en las tardes nuestras nos llevaba una isla de paseo.

Todo para no ser lo que queríamos,  
para dejar encima de tus labios  
las cumbres, las acequias, mariposas de menta y verbos rojos.  
Hoy me pule el lejos de tu reducto de llamas,  
el almacón del eco de tus pendientes  
a sotavento de las espumas hipnóticas del pájaro del sueño  
y su lazarillo de ciegos escalofríos.  
Y lo mismo el broche de presión con que lacra tu boca  
pliegos de una aritmética de ternura,  
que tus almíbares escorados en los arrecifes de la nostalgia,  
que los lobos hambrientos que con la presa del goce  
retornan por los desfiladeros de las caricias,  
se ensombrecen como el aroma, como el sonido, como el llanto  
[y el ademán  
si se hacen presentes tus ojeras en las violetas crepusculares.  
Y quedas tú, en la noche cerrada de la ausencia,  
como un vendaje de alcanfor:  
única bandera de claridad victoriosa  
en medio del olvido.

[10]

### CIUDAD DE RETAGUARDIA

A medida que los escaparates de las calles,  
aturdidos por colas y uniformes,  
se calan impertinentes de papel de seda  
por temor a que los roncros azules de los bombardeos  
cuarteen de arrugas de mercurio su tez de arroyo erguido,  
tú te ahondas  
como un pozo que se buscase el pie sombrío con el umbral  
[de su pupila  
y te alargas  
en las violentas luces rampantes de tus reacciones solares,  
y te trasmites  
en ondas de simún con garras de tostadas arenas  
y me injertas en yema y en punta  
tu lengua de bizcocho borracho y de puñal.  
Ya no sé si es la guerra esos trenes que llegan a deshora,  
y esos relojes en huelga de campanadas,  
y esos campos con nidos de ametralladoras que empollan  
[cancioneros de plomo,  
y esas veletas que mueven el aire de mi rebeldía  
o es esta ausencia de cabellos,  
y esta cornamusa que me aúlla mares, sangres y lejanías,  
y este zodiaco que me constela la baraja de tus plásticos  
[divagares  
o estos hombres que se acordilleran  
queriendo continuarse en melenas de leones.

No sé. Con un otoño de islas invernadas en el pecho,  
 con quemaduras de tercer grado en ambas piernas,  
 con desaliento de brújula que confunde los puntos cardinales,  
 necesito de otros ojos que no sean los míos  
 para distinguir tus miméticas radiaciones  
 del universo de la pólvora,  
 cuando llegan tus hachas  
 a romperme al armonium de brisas interiores  
 que agitan las iniciales abrazadas en los árboles de mis huesos,  
 bien se amanezcan de trinos,  
 duerman siestas de lluvia  
 o se acuesten desnudas de colores en el anillo de tus dedos.

[11]

### LOS IMPOSIBLES ME LAMEN LAS MANOS

Tus nunca de ojos cantando sonidos verdes  
 en imposibles conjugaciones de llamaradas blancas con negros  
 [alquitranes,  
 en jamases cuadraturas de círculos de amor,  
 liban los enjambres que anhelan la flor de tus hombros.  
 No me rescatarán a tus aceites aromáticos sobre inquietos  
 [aguajes  
 y sin embargo este trazo azul que a través de mis rejas me  
 [florece tus noches  
 se curva por los pétalos de tu pilón de mármoles flexibles  
 como la sonrisa de una vela en las esculturas transeúntes  
 [del viento.  
 A veces me acechas con tus rejos buidos desde un fondo de  
 [rocas sumergidas  
 o desde una cota artillada que bate un vórtice de alambres  
 o desde la pedrada caliente de mí mismo  
 o desde cualquier migaja de los sueños que me conviven  
 como mieles y sales en la gruta oxigenada de un topacio.  
 Pero hay un duro cristal que nos separa los rieles  
 y que sólo se unirán en el infinito de nuestras paralelas  
 o en los valles rebasados donde nuestros ríos  
 entraron uno en otro por los soportales de agua abierta.  
 Ríos que hoy me circulan sus abrazos,  
 que anudan a mi cuello sus bufandas de vidrios desenhuesados,  
 que bajan de la menta de tus mesetas a los cardos de mis  
 [llanuras,  
 que me hunden a las cavernas más hondas de mis trances vitales  
 buscando ese mar de olas adentro donde desembocan  
 deltas y alfaques de sangre, manadores de hombres que se  
 [estrujan  
 en los lagares y tanques dolientes de la guerra.

Pero a pesar de todos los nuncas, imposibles y jamases,  
el hueco de mi brazo se acerca de puntillas  
al cuerpo que te cierran llaves de ausencia,  
entre un trino de esquinas que exhalan aliformes oráculos,  
para resucitar el clima angélico de un terso paraíso perdido.

[12]

## UNA FLOR ENTRE ESCOMBROS

Esta noche te oía descender a los sótanos de mis soledades  
[encarceladas  
mientras llamabas con tu soplo de carmines a mi sueño.  
Era como las ondas que besan las orillas de un estanque  
mientras la piedra que las arranca baja a la intimidad del agua  
[honda.  
Me recorrías calvarios descalzos, cruces astilladas por  
[desesperanzas,  
parajes de rocas que se atormentan buscándose un zafiro en las  
[entrañas,  
obuses sin explotar, flechas encogidas de pánico,  
calendarios rotos de días verdes encarnando masacres de  
[pajaritas de papel,  
todo lo que las ruinas desechan por cruelmente desolado.  
Me buscabas envuelta en tu escafandra de fuegos, sin conocerme,  
y me cauterizabas con tu puñal al rojo el amargo insomnio de  
[mis fosos.  
Sólo en la fauna plactónica de los sueños abstrusos  
me hallarías serpiente de tu huerto, molino de tus senos,  
jauría de tus solés y contestación de trompeta a tus azucenas  
[inquiridoras.  
Abajo encontrarías trozos de ti misma,  
manantiales que afilan en tus muslos sus movimientos cilíndricos,  
hebras de sangre que cosen el meridiano de tu cintura a una  
[palmera,  
jaguares que te suspiran con el ritmo pendular de un reloj,  
tu voz, hecha un anillo en tus pestañas,  
tu jarra de esperas en mi zócalo de mar bosquimano  
y mis montes navegando con las velas de tu paladar de almendra  
[tostada.  
Pero ahora me llaman los cohetes de señales como caminantes  
[huidos,  
la lluvia repiqueante de las ametralladoras,  
la tirante aspiración anestésica de los hospitales  
y el golpeteo de las sienas en el tamboril casquete de mi cielo.  
Y acaso no vuelva a tener tiempo de pensar que sonrías  
a la rosa que te florece y que mirándote se perfuma.



[13]

## DÍAS AMORATADOS

De marfil son las ansias que me esculpen tus días sedientos  
por todos los rincones que me inclinan a ti,  
que me dirigen a los oasis impresos en tus rayas dactilares.  
Hay imanes de rosa en el invernadero de tus nardos  
para que las mieses que empurpuran un estío de angustia en mis  
amanezcan trilladas por carros de combate en las pupilas de [siestas  
[las eras.  
Los imanes son las ansias que invernan en tus días de nardo,  
que me inclinan las mieses amanecidas en tus oasis de oros  
[sedientos  
para que los carros de combate impriman mis angustias en las  
[pupilas del estío.  
Hay recodos de marfil en las sienes que languidecen púrpuras  
[dirigidas,  
que esculpen mis rayas digitales en tus eras de rosa  
donde trillan todas las preposiciones que rigen tu recuerdo y  
[el mío.  
Y hay oasis que angustian pupilas de combate sobre carros de  
[ansias,  
y oros que se dirigen a tu amanecer de rosa sedienta,  
y recodos de nardos por las sienes de tus estíos digitales.  
Y así recuerdos, aguas del pensamiento y vinos del instinto  
van, vienen, giran su minué enloquecido,  
se repiten en los cohetes de lágrimas del tiempo  
y son una insistente letanía de olas semejantes.  
Hasta que un latigazo que se enarbola de fuera de nosotros,  
de atmósferas incendiadas o de nubes ingenuas,  
nos arranca de la peonza que nos trilla la sangre.  
Y de estos móviles delirios  
está lleno el cojín de mi reposo inarticulado.

[14]

## TIEMPO A BORBOTONES

Este instante, neutro en la blanca mirada de lo abstracto,  
se colorea de múltiples realidades simultáneas en el racimo  
[de lo concreto.  
Y arriba, donde el pájaro es pájaro, cruz latina y silbido,  
donde las nubes abren la esponja del vuelo al ronroneo de  
[los aviones,  
donde tus hombros se alabean si me divisan el pensamiento,  
dicho instante se deshoja como una margarita en los dedos  
[del aire.

Y más abajo, entre prados de nomeolvides y estatuas de sal,  
donde te grita un sollozo que es nudo irrompible,  
donde la cabellera del mar se peina con las cintas de los  
[torpedos,  
el mismo instante muere en un caballo reventado por  
[espuelas de espanto.  
Y más abajo aún, donde germina la verde inocencia de los  
[graneros,  
donde las minas intentan detener el sol en su carrera,  
donde guadianas lloran por las lagunas de sus ojos  
la pierna amputada por las sierras del viento,  
el mismo instante se empareda con los huesos del universo de  
[una madre  
que murió muchas veces en el recuerdo de sus hijos movilizados.  
Y se hincha en las caderas con polizón de América del Sur.  
Y presencia un idilio de morsas en la tarima de los hielos  
[polares.  
Y se aleja en un horizonte suspirado por velas de sudarios.  
Y es cogido por un tren en un paso a nivel de una noche  
[de piedra.  
Y se despeña con el ademán oratorio de una catarata.  
Y se bate en la risa circular de un castañeteo de anemómetros.  
Y se abriga a la salida de los teatros con pieles perfumadas.  
Pero hay una chispa de ese instante vivo  
en que ya humanizado, con venas y polainas, corazón y corbata,  
cubriéndose los ojos, se suicida.  
Ese en que unas personas se enfrentan sin mirarse  
en un campo a traviesa de lodos asesinos.

[15]

### SUEÑO DE TRINCHERA

He llorado esta noche un sueño escarchado de nardos y fusiles.  
Estabas tú vacía, arrodillada como un caracol en un tajo de alba,  
al pie de una ballena clavada en una cruz de alas de menta.  
Dos máuseres ardían el cirio resplandeciente de sus bayonetas  
y un trapecio de verdes colas de luceros  
columpiaban un saxofón equilibrista.  
A él tendías la mirada,  
ese anillo que se parte en tus cejas y rehace en tus labios.  
Pero tú te tentabas sin hallarte en ningún rincón de tu cuerpo  
porque la luna te ilumina tan sólo donde mis manos la encienden.  
Así que estabas en un éxtasis invertido,  
esperando un sólido aire de carne tibia que rizase  
la espuma naciente del deseo, chocando en acantilados imposibles.  
A lo lejos graznaba la corneja de una ametralladora  
que quería ponerse al compás de tu sangre en mis sienes

midiendo tus minutos con los míos.

Después te levantabas y te ponías en lugar de la ballena  
y ésta se arrodillaba proyectando un lanzazo de hieles a tu  
[costado,

chorro que me caía en rocío de hielo

sobre un horno encendido con ponientes de arrayanes.

Y fue entonces cuando yo te desclavo

poniéndote un vendaje de estrellas machacados con ajos y  
[delirios.

Y los tres despertamos en los brazos cruzados del insomnio  
de aquel soldado anónimo que vestido con pieles de angustia  
canaliza a países donde nunca muere el olvido.

[16]

### CON LOS DÍAS CONTADOS

Se sobrevinieron las heces de un rencor lejanamente fermentado  
que a ti te hería en tu heroísmo de golondrina lañada  
queriendo saltar sobre las cuerdas vocales del grito de mis cimas.  
A racimos de vigiliás se trasponen las veredas de tus valles

[sonrosados  
cruzando por un aire que se siente azul en tus pupilas  
y desaliento de perseguir vetustos himnos de fósiles recuerdos.

Por ti arriba subían las sombras violetas de los ritos guerreros,  
de los galoneados atardeceres de entonces,  
cuando tú y yo teníamos un arroyo

que nos seguía por los bosques como un perrillo de aguas.

Todo era un laboreo de colmenas indolentes.

Por todo retoñaba el abrazo de nuestras venas sueltas  
en su libre albedrío de transportar mieles, pétalos de niebla

[o delirios.  
Era cuando tú te bordabas en un beso todo el paisaje

y cuando te abrías las peñas que te manaban muslos

o estrábicos moarés con las contorsiones de un espasmo de jade.

Si todas las mariposas han de clavarse en mí con púas de erizo,

rómpeme esta áspera envoltura que me enquistá,

no me retengas al pie de este castillo de fríos bisbiseantes,  
de cataratas muertas por consunción.

Tú me vives en los años que se me han ido desprendiendo en los  
[combates,

en mechinales que tienen el tímpano roto por las explosiones

en los torcidos reflejos de mi sombra.

Pero yo, con la vida a media asta,

veré ahogarse el último marinero

de tu arsenal de azúcar, terciopelo y desatadas lumbres.

Y tal vez figuraré en la próxima lista de desaparecidos,

siendo ya el féretro que encierra los restos de aquel otro

[que era,

de aquel cuyo entierro paseo en el armón de mi cuerpo de [ahora,  
entre las letrillas rumorosamente irónicas que crepitan  
anónimas esquelas de la fosa común.

[17]

### MANICOMIO DE PAZ

A la oscura pregunta con que los cisnes negros interrogan  
a la estrella polar de su destino  
contesta toda la Osa con la blanca respuesta de su luz.  
Así tus salinas de ternura al cayado de aorta de la guerra.  
De un desván de lunas leporinas, lágrimas rotas y zodiacos de [bruma,  
una mano de encaje me estira este camino de intransitables [nudos,  
abandonado en las vías muertas de mis sienes,  
y otra mano de espuma me viste sombra nueva para cuando [regrese.

Una suave penumbra me mulle entonces el atardecer  
y me derrama en la nostalgia de tus acordeones ahogados.  
Una primavera me llueve tardes que en ti se abisman,  
noches por ti abrigadas,  
espejos que se hunden en muelles lejanías de gestos y collares.  
A mi sed de preguntas duerme tu afán de rosas sin espinas.  
A los goznes chirriantes de mis puertas interiores, tus pasos [de peluche.

Al riesgo de saltimbanqui de mi propia sangre,  
la seguridad de tus ojos de firmes horizontes.  
A mi insomnio de ratas y luciérnagas,  
la vigilia esmerilada de un lago de mercurio en tus caderas.  
Esa eres tú, la paz, un manicomio de rosados vinos,  
voz que verdea yedras sobre ruinas.  
Y mis caballos negros se adormilan en tus pesebres blancos.

[18]

### GRÁFICA DE UN HERIDO

Un oscuro rumor de crisantemos  
entrebrea las puertas y ventanas del día  
y anuncia un florecer de músculos y margaritas de hojalata.  
Pero nunca se supo cuando las doncellas del aire pisaban [arcoiris,  
ni en qué avidez de un madrugal de mares trabajaban inválidos,  
ni dónde hilan las golondrinas la cinta de su vuelo y noche [aguda.  
De esos desconocidos parajes sin meridianos,

por rutas que ignoran las desvoladas piedras de luz de los  
 [mochuelos,  
 llegó con paso leve ese plomo que clava un pájaro herido  
 en mi brazo enajenado.  
 Todo soplo que haga girar las veletas medio izadas de rubio vino,  
 toda la vocinglería que un estanque despierta si se le ahoga  
 [un niño,  
 la presa que por los arbustos se barrunta un anillo de dientes,  
 el tornasol de una sábana que cuenta sus imágenes a la sal y la  
 [nieve  
 y tus senos con sangre de verdades y elásticas mentiras,  
 todo esto que una ambulancia descorazona a 60 kilómetros por  
 [lamento,  
 se halla ahora en un lecho de hospital  
 bajo el cuidado de un castillo árabe en un alto de fiebre y  
 [de roca.  
 Y suben cuarzos ardientes por la gráfica que se afila como un  
 [lapicero,  
 lágrimas que ruedan por sus contrafuertes despoblados,  
 medias lunas que añoran el desierto,  
 pestañas de almenas encendidas en los picachos de un abejón  
 [de hielo.  
 El agua y la palmera brotan de la frescura de una mano en  
 [la frente  
 sobre alfombras de ascuas.  
 Y a este viejo castillo que merodea por mi calentura  
 le amputarán mi brazo en sus ruinas  
 transportadas a tus jardines que me piensan entero.  
 Y yo seré una estatua  
 y tú serás el río que la mira bajar por la corriente.

[19]

### ÉXTASIS ENTRE ESPINAS

De coral es la linfa que sobre ti reposa su piscina de hielos,  
 coral evadido de lumbres,  
 lumbres entresacadas de tus vestíbulos de ceniza,  
 que son redondos alambiques que destilan pálidas amarguras  
 [rubicundas.  
 Con tu noche en los brazos de mi noche,  
 un resplandor rojizo me abreva fuentes de llamas  
 que corre con el hilo de un cohete de tu mano a mis sienas  
 y urde marinas deshojadas en telares de niebla.  
 Bien sé que nuestro ayer de cereza mordida a un tiempo mismo  
 ha secado sus labios, quemados por escarchas y ausencias,  
 que los trenes iban repletos de espejos conmovidos por rieles  
 [asonantes

y que había un laberinto de cipreses perdido en el polo sur  
 de un canto rodado de jilgueros.  
 Pero eso era antes, cuando la paz y tú eran hermanas siamesas  
 y entrabas por mis galerías con tu traje de inmensos imperios  
 [de avellana  
 y un dulzor de cilindros resonaba nibelungos en el escote de  
 [tus ramajes.  
 Pero ahora que esquía la desilusión ramayanas de saltos mortales  
 y albas gorgueras de púrpura pulsas trastes de violoncelos  
 [desgarrados,  
 las bielas de tus lentas locomotoras cautivas  
 son espirales de volantes dentro de tu clepsidra y relojes de púas  
 que miden un calvario aposentado entre los dos vacíos aislantes  
 de nuestra comunión de espadas, besos y rosas escalfadas.  
 No hay colores en ti. Todo es un hervor  
 de malqueridos soles y lunas en degüello que  
 a gritos de esmeralda  
 corta un vidrio de sal con un llanto ahumado.  
 Pero es dulce ver granar las espigas de luz en tu mirada  
 y retoñar silencios en las caderas de tus móviles oros.  
 Mi dolor es entonces una quimera lejos del bosque de mí mismo  
 que sólo quema si lo toca la rabia de mis dedos de ahora.

[22]

## EL ECO ILUMINADO

No sé cómo este brote de ilusión pudo burlar los riesgos  
 de tantos dientes de volcán que rechinaban los belfos del aire,  
 de tanta migración de bisontes con mugidos de acero,  
 de tantos agrios abejones que salpicaban la sangre del otoño,  
 para llegar sin lastimarse la mariposa de su luz  
 y traerme el eco de la campana mayor de tu ausencia.  
 Con las alas mojadas por las lluvias de los caminos,  
 lo miro oscilar  
 entre tu sed y mi sueño,  
 entre tu palmera y mi nube,  
 primogénito de las selvas del mar  
 y los valles de la esperanza.  
 Entonces, cuando se suelta los cabellos,  
 aunque prosigan las balas azuzando la furia de sus tempestades,  
 la piedra del suceder se afirma en la dureza del instinto  
 para saltar como una ola sobre tu ramo de curvas,  
 sobre las corzas que pacen tus nardos.  
 Y tu mano me grita la llave que te guarda  
 y mi mano te lleva el lecho resonante de un violoncelo.

[23]

### LA FARSA SIGUE AL BAILE

Me llega ahora un rayo de luz ultravioleta que me azula la torre  
donde tu gran campana de cocaína repica prados verdes.  
Agudísimo, apuñala un vitral hacia un poniente de heridas  
para ilusionar la cabellera marchita de un búcaro convertido  
cuando marchaba por un camino de mesa al país del olvido.  
Y trae recuerdos de los adioses que parpadean los luceros,  
de las rondas de fuerzas siderales que musculan los altos  
de la hucha del horizonte donde guarda el cielo sus monedas  
de todo lo desprovisto de carne, sangre y lágrimas y saltos  
recuerdos de arriba, de las nítidas comuniones del aire con  
cayendo por sus fillos, resbalando mirada vertical abajo,  
flamígera espada de un ángel con pico de paloma y alas de  
rayo que desciende, arrulla la tormenta de hombres armados  
y atraviesa los riscos del odio con su largo silbo de paz,  
rayo que retoña la tierna sombra de arboledas inválidas  
y plañe por los campos el dolor de los frutos.  
Así monologaba por mí el fusil,  
que empuña aquel que se disfraza conmigo,  
antes que el plomo de sus hechos desmienta su sueño luminoso.

[24]

### VIDAS A CONTRAPUNTO

Tú me dirás que hay noches en que bordan las estrellas con  
rostros de altos estores convocados a nieblas.  
Yo te diré que hay noches que bordan las sorpresas de los  
de espaldas al murmullo que corre bajo el puente de mis sienes.  
Tú me dirás que las raíces de los sauces de la tierra y el mar  
se han dado la cita de la soledad en la red de tus venas.  
Yo te diré que hay vidas cuyas órbitas se solazan  
fuera del sistema de lamentos que nuestro dolor acaudilla.  
Tú me dirás que este año irás a veranear a playas de olvido  
y que el albornoz del viento descansará en tu hornacina de  
calvarios.

Yo te diré que hay carreras inusitadas  
para dislocar las patas de frío del primer lobo del invierno.  
Tú me dirás que deseas verme en tus brazos de frente contra  
[cristal  
bajo doseles de silencio.  
Yo te diré que también en la guerra hay rincones  
que ven florecer la paz en el vaso de una mujer desnuda.  
Tú me dirás finalmente que tus ojos endurecen las piedras  
[que miras.  
Y yo te responderé con un sí de horizontes despedazados  
al socaire de bellas palabras de humo y de arena.

[25]

### LA FLOR DE UNOS MINUTOS

Un azul de cortinas ensancha el pecho de esta isla que convive  
[conmigo  
y su dialecto de cobre y ensenadas,  
en un tira y encoge de mares monosílabos,  
me abre la tenaza de unos valles torneados por carretes de  
[júbilo,  
que son muslos de roca, afiladas gargantas y pájaros-limonos,  
cuando tú te pronuncias en mis palabras  
con acento de domingo poblado de campanas y cohetes.  
Y las fuentes sonríen sus fondos de húmedos ojos.  
Y los torbellinos descansan en las escalinatas de tus mármoles.  
Y van los caminos gateando hacia ti con mis brazos y rodillas.  
Y es todo un cabalgar de claveles  
sobre espigas inclinadas a tus oestes suspirantes.  
Muy cerca, un aire ilusionista,  
hasta el codo subidas las mangas del frac blanco,  
de una copa de olivos atardeciendo verdes,  
sacaba una paloma  
que restañaba campos, ciudades, océanos, tu río, mi montaña  
y aquel sueño polar de golondrinas.  
Y todo porque acabo de recibir tu tarjeta postal  
de diez alegrías de diamante  
del año en que un estuche  
recoge los segundos esponsales de nácar de una perla.

[26]

### COMO TODOS LOS DÍAS

Clávate a mi silencio deshojado en la lluvia.  
No me vengas con saltos de brisa en arboleda,  
que yo no soy ya aquel remo que en tus manos se azulaba como una  
[vena más



ni tú eres ya tampoco aquel cóncavo espejo que me empequeñecía  
horas, corbatas, kilómetros cuadrados y horizontes.  
No te conozco con esa luz que se cree iluminar otro tiempo,  
que no tiene memoria de haberse consumido en una alcoba,  
leve, levísima, madrugadora túnica  
que se apagó en la lágrima que iba a despedirnos.  
Déjame que repose en las hojas que caen de este instante de  
[olvido]

con ademán de almíbar a bordo de una abeja.  
¿Cómo vas a creer que lucho por la patria  
si crucifico bosques, coronado de espinas los ríos,  
si condeno a la hoguera pelotones de nieblas?  
No me esperes acurrucada en el quicio de esa palabra  
ni me pronuncies tus antiguas formas acentuadas con esdrújulas  
[rosas,  
que suenan a tormenta  
bajo estos cielos que no podrán abrigarse en la intimidad de  
[tus dársenas  
y que incendian las cerillas del odio.  
Preferible es que calles, que vivas tu amapola  
y que siga llorando el ojo de cílope del mar.

[27]

### TIEMPO QUE SE DESPEÑA

No es la violeta apacible de la tristeza la que esmalta mis horas  
ni estas fluyen como llanuras.  
Aquí todo habla el lenguaje de ira del clavel escarlata,  
de marmitas que hierven,  
de bocas que mascan frenos irrompibles.  
Y el tiempo salta,  
tiene relinchos de potro salvaje  
y se retuerce como una raíz.  
Todo sucede a puñetazos, a desgarrones, a patadas, a gritos.  
Tú misma emerges en cálidos borbotones amarrotados  
de tierras donde el insecto hembra del deseo  
devora al macho que la fecunda.  
Es la esfera armilar de la guerra  
que hace trizas zodíacos de ciudades  
y círculos de niños que juegan con soldados de plomo,  
cuando la manzana podrida de la discordia  
obstruye los oros comerciales  
de continentes a la deriva.  
Y ni siquiera a ti, pájaro mío,  
te dejan la sombra de un árbol en que dormir.

## DOCUMENTAL DE UNA AMAZONA

Atardece el obús con su escolta de sienes mordientes.  
De un calendario cuelga  
un

9

olvidado  
como un aviador que hubiese abierto el paracaídas  
sobre la llanura de un tiempo enemigo.  
Y es esta hostilidad que me rodea  
la que me va retoñando diente a diente,  
más mía que mis manos,  
tan tuya como un traje.  
Soy meollo de incendio.  
Y pasa la cinta de ametralladora del río  
hacia la retaguardia  
filmando una secuela ya casi adormecida en sus embudos,  
después del cuerpo a cuerpo  
de la piedra y del árbol contra los huracanes de las balas.  
Esta hora me acerca a tus auroras asonantes  
y te siento pasar a galope tendido  
por mis sangres amartilladas.  
Y el silencio a tu paso se me incorpora  
con

el

silbo

de

una

serpiente.

[29]

## YA TÚ ERES LA GUERRA

Un palio de calmas crujientes azucena tus pensativos campanarios  
y obnubila tu trono de volcán al servicio de aluviones

[amedrentados

y tu desplome de las cotas de un sueño  
sobre olorosas maderas de alcázares de amor furtivo.  
En tu barranco te goza el sufrimiento de arriates de escorpiones  
que se nublan en las madrugadas de un recuerdo de sauces  
y se triunfan en un anhelo de inocular veneno a distancia  
cuando esboza el deseo su espiral de brazadas florales  
manteniendo el *statu quo* entre el ascua y el granizo,  
la lumbre y el hielo  
y nuestros bordes de seda y basalto.  
A raudales se marchan los trenes de las horas por los rieles  
[del viento

y el insomnio que se desangra por estrellas de mar.  
 La isla de tu soledad está colmada por las edificaciones de  
 [tus plenilunios  
 y de perillas que abren el armario de tus figuras de cera  
 que derriten la cercanía de tus ritmos salteados.  
 A todo trance se desvela la muchedumbre de blancos silencios  
 que rayan los escalofríos de tu piel  
 a lomo de estrías de capilares oriflamas.  
 Y todas las morbideces que se maduran en tu carne desplegada  
 [de trigos  
 no hace avanzar el paso del plomo que se imagina con alas  
 así como el llanto no se resigna a graduar los ángulos de una  
 [desesperanza.  
 Tu prólogo nevado desmiente tu epílogo de ígneas voracidades  
 y en cucaña por la voluntad abajo de un tiempo que fluye de ti  
 se matizan los oros que me recorren los atajos de la sed.  
 Y seguirán las devanaderas de un suceder de pino batiendo  
 [verdes aureolas  
 que codo contra ramas vigilan  
 la apendicitis de trincheras de unos campos de combate  
 que te conocen de verte huir en el uno blanco de mis pupilas,  
 que han visto pasar la ola de tu indolencia ululante  
 y estallar su bomba de espumas en los acantilados de mi sombra.  
 Y mucho más al sur de un bólico desengañado,  
 cerca del hambre de una llovizna con peineta de madroños,  
 se refugia en el hoyo de aire de un espejo  
 el gesto de un sol, un sol de espadas, la espada de un gesto,  
 que mide el área de un triángulo de temores  
 con la altura de un proyectil antiaéreo.  
 Ya ignoro qué verdad  
 puede remitir el caos de palabras que gesticula el odio.  
 De hierro, de cemento, de niños evacuados y disparadas hambres,  
 de todo lo que golpea duramente mi ámbito de rizos y de blondas  
 está atiborrada la rosa de tu cuerpo,  
 eclotándose sus corolas de furia en cámaras sensibles  
 donde labra las piezas de celuloide de un castillo de paz.  
 Todo se ha hecho trizas. Hasta tú misma,  
 que has florecido la guerra de tus propias savias.

[30]

### TRACA DE DEFORMACIONES

Pero yo no seré  
 el arco que despuebla los armiños del arpa que te pulsa.  
 Será alguna de las posibilidades caleidoscópicas  
 que me habitan la cabaña del riesgo,  
 la que en el umbral de tu bienvenida

suplantaré esta verdad completa que hoy me afirma.  
 No sé cual de los mil y un rostros adoptará mi natural espejo.  
 Acaso, a oscuras en la niebla de mis ojos,  
 oíré cómo la luz patina  
 tus blanquísimos óxidos de huellas insepultas  
 por esas avenidas que zarpan de tu cuello  
 a rumorosos cantiles satinados.  
 Acaso veré, sumergido en algodones el mundo,  
 que el silbo de una flecha ensarta el trino de un pájaro.  
 O que será mi boca la heredera de mi brazo perdido  
 cuando hagan girar mis dientes conmutadores eléctricos.  
 O que la espina dorsal reptee una díscola S embriagada,  
 incapaz de concebir un idilio de vidas paralelas.  
 O que blasfeme el residuo de una margarita de combatientes  
 a quien se preguntó con un si...no de miembros destrozados  
 el éxito de la conquista de un olmo.  
 Y retrocederán las cepas más y más sus remolinos de nudos.  
 Y tus despayoridos gritos en llaga viva se asomarán a los  
 [balcones  
 pidiendo socorro a mares, a vientos, a montañas  
 y a niños que no hayan aún estrenado la tragedia de su carne  
 al ver la duela de mi cuerpo impostora del tonel de mi cuerpo,  
 la tubería rota de mis venas del árbol exultante de mis venas,  
 el brusco laberinto de mis nervios del sedante vaivén que los  
 [engolfa,  
 la rueda, de la fresa; la risa, del sepulcro; el amor, del  
 [bombardeo  
 y la ira de un papel de fumar, de un adiós asesinado por  
 [lágrimas.  
 Todo estará cifrado en claves de agudísimas espinas.  
 Y hablaremos a un cielo único con palabras distintas.  
 Y chirriarán sentimientos inarmónicos el frote de las ideas.  
 Y yo seré siempre la blasfemia corporal de tu lira de néctares.  
 Y no pudiendo ser los mismos  
 no se conjugará tu tiempo de rosa  
 con la ruina de mi pronombre personal.  
 Y es que la guerra seguirá anidando en el corazón de la paz  
 y todos tus latidos no podrán abatir la presencia de mis nieves,  
 mis inasaltables trincheras interiores  
 a pesar de cubrirlas mis olivos y zurearlas tus palomas.



# ROMANCERO CAUTIVO

[1936-1940]



## NOTA PRELIMINAR

*Este Romancero cautivo se compone de Con el alma en un hilo, En el puño del recuerdo y Agenda de un prisionero.*

*Con el alma en un hilo fue escrito en el campo de concentración de Villa Cisneros, salvo la última parte —«Luna nueva»— que redacté en Dakar, después de la evasión del desierto. El poema narra la odisea de 37 deportados, desde Santa Cruz de Tenerife a Río de Oro y la fuga final de los mismos a la entonces África Occidental Francesa, hoy República del Senegal. El éxodo se sitúa entre el 19 de agosto de 1936 y el 28 de marzo de 1937, día en que nos hicimos con el Fuerte Militar de aquella colonia, en colaboración con los soldados que en ella prestaban servicio, y nos apoderamos del buque Viera y Clavijo, que condujimos a Dakar. En un principio estos romances de la deportación se titularon Con el puño en alto. Pero al tener conocimiento posteriormente, ya en Valencia, de que se había editado en Francia un libro con el mismo título, opté por cambiarlo para evitar confusiones. El texto, tal como hoy ve la luz, fue salvado de los registros a que estábamos sometidos, merced a haberlo copiado, con un lápiz muy fino, en las hojas de un estuche de papel de fumar, al que había desconectado las páginas escritas, y al que llevaba siempre en el bolsillo como objeto de consumo. Gracias a tal procedimiento de ocultación pudo burlar la saña de los guardianes, considerándolo como un inocente útil de fumar.*

*En el puño del recuerdo data de 1940, siendo compuesto en la Prisión núm. 2 de Baza (Granada), sita en la iglesia de Los Dolores, habilitada como cárcel, y en cuyo camarín vacío de imágenes se nos autorizó reunirnos a cenar la Nochebuena de aquel año a los trece compañeros que realizábamos funciones auxiliares en aquella casa de oraciones convertida en mazmorra.*

*Por último Agenda de un prisionero lo escribí en la Prisión núm. 1 de Baza entre 1939 y 1940. Faltan algunos trozos que no he podido recuperar.*

P. G. C.





## CON EL ALMA EN UN HILO

### CUARTO CRECIENTE

#### I

De las prisiones flotantes  
—mar dormida, cielo claro—  
de Tenerife salieron  
treinta y siete deportados.  
Fue un diecinueve de agosto,  
día de mi cumpleaños.  
Luces de duelo y de tierra,  
de la ciudad, de los barcos,  
por el aire, sobre el agua,  
tendían sus largos brazos.  
En medio de la bahía  
el trasbordo presenciaron  
la luna del desconsuelo  
y un pelotón de soldados.  
En la tercera del «Viera»  
uno tras otro, encerrados,  
entre un río de fusiles  
y un bosque de sobresaltos,  
camino de Río de Oro  
hacia Las Palmas zarparon.  
Atrás quedó la familia,  
quedó el amor desvelado.  
Y todo el mundo fue llave  
sobre los hombros amargos.  
Azotea de mi casa,  
calle alegre de mi barrio,  
si el viento por mí pregunta  
decid que voy desterrado.

## II

Si brazos nos despidieron  
también nos reciben brazos.  
Anoche fueron las luces,  
hoy los muelles despoblados.  
Ni un pañuelo se estremece  
sonriendo a nuestro paso.  
Todo tiene la desnuda  
dureza de los basaltos.  
Entre uniformes sin alma  
y un cielo redondo y bajo  
va amaneciendo la angustia  
de La Isleta en los picachos.  
Alambradas, bayonetas  
y oscuras voces de mando  
tejen la tela de araña  
donde sufren los forzados.  
Hasta en la arena se enciende  
el contraluz del espanto.  
Una soledad sin fondo  
nos va pasando la mano  
por la frente, por las venas,  
endureciendo los labios.  
¡Campo de concentración  
donde el tiempo se ha parado!  
En un reloj de chabolas  
seiscientos hombres sangrando.  
Le dan cuerda dos sargentos  
con cornetas y vergajos.  
La flor de la chulería  
abre el día a latigazos.  
Los reptiles del insulto  
silban aquí su fracaso  
y el sordo pulmón del odio  
respira por todo el campo.  
Quema el aire, duele el sol  
y las horas, chirriando,  
van dejando en las espaldas  
lenguajes amoratados.  
Saludos de los amigos  
con silencios apagados.  
Aquí la voz se desliza  
más baja que los vocablos.  
Las cuatro son de la tarde  
y regresamos al barco.  
Nuestra escafandra de plomo  
se rompió al salir del campo.  
¡Hijos del alma! —nos grita,

en las esquinas del llanto,  
una madre que nos siente  
raíces de sus costados—.  
La noche va ya cayendo  
y a Fuerteventura vamos.  
Un horizonte de sombra  
se levanta a nuestro paso.

### III

Quien te puso Puerto Cabras  
no supo dar en el blanco.  
Banderas, once banderas  
fatigan el aire claro  
y sus colas de azafrán,  
insomnes en el espacio,  
buscan la amputada aleta  
cuadrangular del morado.  
Por la tostada llanura  
pasean con lomo tardo  
movibles gibas de arena  
y dunas de dromedarios.  
Su sed la isla arrodilla  
en la palma de la mano  
y el agua la sed devuelve  
hecha sal en nuestros labios.  
Allá, en el muñón del muelle,  
desembarcan los forzados.  
El mar y los centinelas  
—fiel la cuerda, duro el arco—.  
Y la tierra es a los pies  
lo que a unos ojos vendados.  
Punta extrema de Canarias  
que pisan los deportados.  
Sobre su espaldar de piedra,  
a pleno sol, almorzamos.  
Y otra vez a la bodega  
treinta y siete deportados.  
Tiende sus alas de sombra  
el pájaro del cansancio  
y el sueño busca su nido  
a la sombra de los párpados.  
Afuera, todo está abierto.  
Adentro, todo cerrado.  
Y dentro y fuera, una aurora  
nos espera rojeando.

### IV

Chata amanece la costa  
del continente africano

y a fuego lento la arena  
se dora como un lagarto.  
Bajo la jaima del día  
Cabo Juby, recostado,  
baraja las amarillas  
letras de su abecedario,  
a las puertas del desierto  
y a orillas del mar salado,  
mientras le cierne la luz  
fina llovizna de mármol.  
Con el fortín y las casas  
están jugando a los dados  
el agua con jaique azul  
y el arenal calcinado.  
Camellos juega la arena  
y el agua juega balandros.  
Para treinta y siete presos  
—tanto monta, monta tanto—,  
si todo el mar es desierto  
o es desierto el mar rizado.  
El mediodía florece  
como un molusco bivalvo.  
Y en sus espejos de nácar  
mueve el recuerdo sus ramos  
entre un norte de nostalgias  
y un sur de vidrios descalzos.  
Las islas tendrán ahora  
gruesas arterias de llanto,  
volcanes de ojos rebeldes  
y valles de senos agrios.  
La ausencia posa en los rostros  
sus mariposas de raso  
y a sus colores se asoman,  
como a lúcidos ventanos,  
paisajes que se suicidan  
abriéndose los barrancos  
ante una ola de flechas,  
de espadas y de incensarios.  
El imán de los recuerdos  
orienta con su reclamo  
pájaros con alas rotas  
y con los ojos saltados.  
Laberintos, galerías,  
manantiales solitarios,  
fluyen por el cauce roto  
de cada prisma truncado.  
Y está la espuma en el mar  
florida como un naranjo.

Y fuga el aire sus velas  
en sus transparentes saltos.  
Y hay un telar de crespones  
dentro del pecho girando.  
Allá, a lo lejos, el sol  
apaga su gran topacio  
y la noche habla al oído  
con la voz de los remansos.  
—Dame tu palabra, noche,  
para tenerla en la mano  
y que el vacío me palpe  
lleno de un hueco de algo.

## V

El mar de las agonías  
bate en los acantilados  
que la isla de la espina  
levanta en cada forzado.  
¿Cuántas miradas su lomo,  
y cuántos adioses blancos,  
y cuántas lágrimas vivas  
traerá a los deportados?  
Azul ayer, azul hoy,  
azules la sal y el llanto.  
La piedra del optimismo,  
azul, redondea el faro.  
Azul al pie del romero  
con el grillete azulado  
de aguas que corren aprisa  
sus destinos de cobalto.  
Pasan las nubes, las horas,  
colinas de hombres armados.  
Pasa la melancolía  
lloviendo rosas y astros.  
Y va reflejando el mar  
los pechos deshabitados  
de todo azul. Las sirenas  
entre hielos naufragaron  
una mañana de julio  
con dientes de leopardo.  
Y hay un mar de olas adentro,  
sin puertos ni meridianos,  
donde un filo de cuchillos  
graba tatuajes de agravios.  
Río de Oro está a la vista  
de rodillas sobre el llano.  
Prende el mar su alfil de agua  
del arenal en el flanco

y el desierto clava al mar  
su alfil de arena al costado.  
Y está en el medio la ría  
y en medio de ella el poblado  
con turbante de cal viva  
y pies de azúcar quemado.  
Otro puerto. La inquietud  
despierta oscuros caballos  
con orejas de mercurio  
tensas a lo inesperado.  
En la cubierta, uno a uno,  
se despiden los forzados.  
Unos siguen a La Agüera,  
los otros aquí quedamos.  
Duras, las bocas se aprietan  
en la fusión de un abrazo  
que a la mañana le rompe  
el corazón en pedazos.  
Nunca la pena calzó  
tan charolados zapatos  
ni silbó el viento en la duna  
un tan desolado canto.  
Adiós. Adiós. A pañuelos  
juega el aire con los brazos.  
Y un mar de arenas engulle  
veintinueve deportados.

## LUNA LLENA

### I

¡Cómo llovieron sorpresas  
el día del desembarco!  
Juntad corzas, caracolas,  
arcoiris, ojos zarcos,  
arenas, islas, gaviotas,  
gritos y troncos de álamo.  
Mezclad un cielo de alfanjes  
con mausoleos cifrados,  
una pizca de laurel  
y un avestruz disecado,  
nieves de las altas nieves  
y sal de sales abajo,  
y veréis un corto muelle  
como en el cristal de un mago.  
Y sobre el muelle, en dos filas,  
veintinueve deportados.  
El oso polar del frío

navegaba el aire blanco  
con velámenes de hielo  
y tundras a cero grados.  
Y éramos en la mañana  
un puñado de guijarros  
donde tiritaba armiños  
el viento desmantelado.  
Allí, en la rampa aterida,  
tuvo lugar el traspaso.  
Turbantes, jaiques, babuchas,  
hombres de pimienta y clavo,  
recogieron los proscriptos  
del pelotón de soldados.  
Dos orillas de fusiles  
marcaban el cauce blando  
del andar por las arenas  
finísimas del verano.  
Llameaban las chilabas  
en azules candelabros  
que al descubierta ponían  
duras pupilas de cuarzo.  
Las gúmfas retoñaban  
sus medias lunas de mayo  
en el balancín flexible  
de ecuadores bronceados.  
La tierra, echada en el suelo,  
y el suelo, lento, manando  
por el párpado dormido  
del horizonte del llano.  
En el confín amarillo,  
lejos de todo contacto,  
cuatro tiendas de campaña  
nos estaban esperando.  
Sus cuatro senos de lona  
con sus arterias de esparto  
daban erectos al viento  
su pezón desconsolado.  
Órdenes, órdenes ciegas,  
órdenes a piedra y barro.  
Por cada orden desviada  
hay en potencia un disparo.  
Cien ojos, millares de ojos  
brotaban por todos lados  
para no ver sino un cielo  
con la piel de un toro bravo.  
Y en esa piel una nube,  
y en cada nube un calvario,  
y en el calvario la luna  
del sufrimiento aumentando.



La luna que corneaba  
veintinueve deportados.

## II

Siguió lloviendo sorpresas  
el día del desembarco.  
¡Qué clepsidra de martirios  
aquel domingo temprano!  
La serpiente del calor  
hacía ondular el campo  
tendido como una oblea  
sobre un mantel arenado.  
Dejó el viento de saltar  
a piola los dromedarios  
mientras caía el silencio  
de las ramas de lo alto,  
un silencio ya maduro,  
redondo como un durazno,  
que extendía en la llanura  
sus terciopelos y rasos.  
Era algo vivo. Se oía  
correr la sangre en los vasos,  
el gemir de las distancias  
y el nadar de los pescados.  
Por la pulpa del silencio  
iban, hacia el hueso amargo,  
picos, palas y azadones  
a hombros de los forzados.  
Amarilla era la luz  
y el arenal calcinado.  
Estábamos prisioneros  
dentro de un hueco topacio.  
Bajo una capa de arena  
siglos dormía un estrato  
de conchas y caracolas  
con los iris apagados.  
Y el pico lo despertaba  
sus costillares cavando.  
Y de pronto, en la mañana,  
puntiagudos, se alargaron  
la sombra blanca del miedo  
y el cuervo de los presagios.  
«Estáis abriendo la fosa  
donde seréis enterrados».  
La muerte, allí, tan cercana  
que eran suyas nuestras manos.

La muerte, allí, entre montones  
de amores fosilizados.  
La muerte, echada de bruces  
sobre huidos océanos  
que olvidaron en su fuga  
los fondos petrificados.  
Se fue espesando el silencio  
como un almíbar dorado.  
Y allá por el mediodía  
siguen los picos cavando  
al compás con la creciente  
luna lunera de mármol.

### III

¡Ay agua, cómo cayeron  
los cerdos sobre tus nardos!  
Ya no enhebrarás collares  
de piedras por los barrancos  
ni bordarás tus deseos  
en el cojín de los lagos.  
La serpiente de tu cola  
no se enroscará en los charcos  
ni tus muslos torcerán  
laberintos ni meandros.  
Todo, todo lo perdiste  
en plena flor del verano.  
Un mediodía de moros  
vestidos de azul y blanco  
a tu cuerpo de cristal  
dieron martirios de barro  
en un pellejo de cabra  
con intención de gusanos.  
Cómo mordía la arena  
tus transparentes ovarios,  
y tu conciencia de vidrio,  
y el azogue de tus brazos.  
Cuánta pena daba el verte,  
toda herida y toda llanto,  
cuando a la tarde inclinada  
regresaron del trabajo  
en hormiguero de sed  
veintinueve deportados.  
Con tu soledad de bruces,  
huérfana de todo halago,  
eras el perro sarnoso  
de la caseta del diablo.  
Y aunque la sed rojeaba

mordidas crestas de gallo,  
latía bajo sus ascuas  
un corazón tan humano  
que por no sufrir tu suerte  
se suicidó en nuestros labios.  
También era sed tu sueño  
de ser nube en el espacio  
y destilarte con hebras  
de tu propio cañamazo  
una nueva cabellera  
en el telar de un chubasco.  
El agua presa. La mira  
la esponja seca del llano  
cual si la arena cubriese  
la tendida piel de un fauno.  
El agua en ruinas soñaba  
entre cuerpos fatigados  
con yedras de celuloide  
sobre castillos opacos.  
El agua, turbia, sin voz  
y sin diamantino rango.  
El agua sin el verdor  
del apellido de un árbol.  
Tu exilio era nuestro exilio  
y tu llanto nuestro llanto.  
Lo mismo a ti que a nosotros  
los hombres nos deslunaron.

#### IV

Sobre la arena se tiende  
la gran ruleta del llano  
y por su tez amarilla  
rueda el viento despeinado.  
También el desierto tiene  
su red de arterias, su rauda  
sistema de aortas blancas  
y su corazón de salmos.  
Y aunque la arena palpita  
bajo el sol con pulso rápido,  
el piramidón del viento  
le corta sus arrebatos.  
Pero llegó el tiempo sur  
y segó el cuello del diálogo.  
Y de tu sien te caíste  
como un globo desinflado.  
Adiós, adiós tus columpios,  
tus carambolas y saltos,

tu circo, tus mil timones,  
tus barbas en desamparo.  
Adiós tus minas de azogue,  
tus hombros alabeados,  
tu sombrero de medusa  
y tus pañuelos de talco.  
Igual que un sarmiento ardía  
tu perfil precipitado.  
En los bordes de la asfixia  
trabajaban los forzados  
abriendo una carretera  
sobre la frente del campo.  
Ausentes, semidesnudos,  
oscilaban como tallos  
de un tórrido invernadero  
ensombrecido de esclavos.  
Hervía la luz y en ella,  
alas, plumas, vuelo y canto,  
bajo el soplete del sol  
se desoldaban los pájaros,  
buscando el tronco de sombra  
que daban los deportados.  
Tan sólo el tabú rompían  
de acercarse a nuestro lado  
la viva muerte de aquellas  
salpicaduras de ícaros.  
Empollaba la llanura  
del espejismo los lagos  
con sus pestañas de juncos  
bordeando los ribazos.  
Y como ciudad lacustre  
suspensa de un sueño vago,  
en el espectro del agua  
sus pies hundía el poblado.  
Imperios muertos de sed  
circulaban por los labios  
carbonizando palabras  
y derritiendo basaltos.  
Y vimos cómo los cuerpos  
hasta la mar se alargaron  
con el latente deseo  
de ser témpanos nevados.  
Aquella noche el desierto  
envidió a los ahogados.

## V

Esta mañana llegó  
la noticia como un rayo.  
Al pobre Francisco Sosa

sin dar cuartel fusilaron  
a la hora en que se apagan  
las estrellas y los faros.  
Desde aquí se oyó tu muerte  
y los gritos desgarrados  
de las calles al taparse  
los oídos con las manos.  
Cayó contigo la escuadra  
que venía navegando,  
tras la concha de tu frente,  
día y noche a libertarnos.  
La brújula de tu pecho  
dio su rumbo a los disparos  
y un abanico de plomo  
destrozó tu almitazgo.  
Tú limitabas al norte  
con delirios proletarios.  
Al sur, con las injusticias.  
Al este, con desencantos.  
Y al oeste, con un cielo  
de cabellos y de abrazos.  
Y todo se hundió en los filos  
de un amanecer aciago.  
Fue a las seis de la mañana.  
Todas las piedras del patio  
marcaron la hora exacta  
de tu corazón parado.  
Tallos, raíces calientes  
de enardecidos cinabrios  
germinaron de las balas  
con que tu cuerpo sembraron.  
Por el suelo seстеaban  
lentos alfaques delgados.  
La sombra que proyectabas  
se equilibró a tu tamaño  
igual que se cuaja el aire  
en el sueño congelado  
de los espejos, que son  
su imagen yerta y su osario.  
Y en el cajón de los muertos  
a enterrar se la llevaron,  
rígida ya y sin vaivenes  
como el instinto de un astro.  
Así cayó para siempre  
uno de los deportados.  
Ya no vendrán, no vendrán  
tus barcos a liberarnos.  
Tras el cantil de tu frente  
murieron los océanos.

Ay pobre Francisco Sosa  
en las islas fusilado  
a la hora en que se apagan  
las estrellas y los faros.  
Las amapolas te enciendan  
sus recuerdos encarnados.

## CUARTO MENGUANTE

### I

La madrugada subía  
por los últimos peldaños  
cuando tiró el centinela  
la dura piedra de un alto.  
Como una mujer desnuda  
sobre la copa de un árbol  
la noche se maduraba  
con savias de sombra y raso.  
Estaba arriba, en las sienas  
del Camino de Santiago,  
bebiendo constelaciones  
en la concha de la mano.  
Estaba abajo, en las selvas  
petrificadas del llanto,  
desanudando los ríos  
de un nadir de deportados.  
Estaba allí, a la derecha  
de un sueño de dromedarios,  
muy cerca de donde nacen  
arquitecturas de mármol.  
El silencio apacentaba  
sus zafiros toros mansos,  
las jofainas del olvido  
y las velas del ensalmo.  
Y de pronto, el cabo guardia  
abrió al silencio los labios  
de una guzla, fumarola  
de sonoros fuegos fatuos.  
El desierto se encogía,  
iba su lomo ondulando  
a una cita de serpientes  
en un vértice afilado.  
Y era la guzla alambique  
donde se iba destilando  
la noche —mujer desnuda  
sobre la copa de un árbol—.  
Cayó roto el aro verde  
de sus ojeras, los saltos

de sus senos en la nieve  
de una asamblea de nardos,  
su primavera de muslos  
y sus cabellos de sándalo.  
Y poco a poco surgían  
palmeras, ojivas, arcos,  
minarettes y nostalgias  
en bloques de agua labrados.  
Y eran dientes los sonidos,  
y alhambras los ojos claros,  
y mezquitas los perfumes,  
y oasis los pies lejanos.  
Y era un rumor de botellas,  
y era un quebrarse de vasos  
en mates vuelos de abejas  
y almendros cristalizados.  
La guzla fue lentamente  
su surtidor apagando  
y otra vez volvió el desierto  
a dormirse sobre el llano.  
El centinela siguió  
pespunteando sus pasos  
mientras que una turbia niebla  
envolvía en su sudario  
escombros de melodías  
y torres de lodo blanco.

## LUNA NUEVA

### I

Y vino al fin de puntillas  
el momento deseado  
igual que una fecha roja  
en un negro calendario.  
Tú te acordarás, Sahara,  
si es que a ti también el fascio  
no te fusiló las dunas  
o te concentró en un campo.  
En el allá de la arena  
se acostó el fuerte temprano,  
su sien repleta de lobos  
y los bolsillos de esclavos.  
Y en un allí de chabolas  
colgado del mes de marzo  
la evasión, que maduraba  
con sangre de deportados.  
Y llegó la medianoche  
con un fusil en la mano.

De las tiendas de campaña  
nervios de metal brotaron  
poniendo en pie libertados  
y sueños aherrojados.  
Los soldados y nosotros,  
como labios contra labios,  
sorbíamos la aventura  
de luz y de zumos agrios.  
Y eran los pechos trincheras  
que avanzaban por el llano  
con retiembllos de cristal  
y escalofríos de mármol.  
Sonaban sordos tambores  
y un lento tirar de garfios  
adentro, abajo, en lo hondo  
de interiores subterráneos.  
Nos andaban los instintos,  
piedra y cartón, al asalto:  
blanco y hielo de la angustia,  
estímulo de venablos.  
Puños de sangre caliente  
en el Fuerte golpearon  
con la sed y las cadenas  
de los trabajos forzados.  
Tú por llegar el primero,  
ay camarada soldado,  
la luna negra del odio  
te atravesó con su dardo.  
Y mientras tú te vaciabas  
por los corredores largos,  
llenando de sus silencios  
tus cántaros dionisiacos,  
el Fuerte todo respira  
secos aires proletarios,  
y late con nuestras venas,  
y amanece en nuestros brazos.  
Aún con sueño en los ojos  
nos ve cruzar el poblado,  
río de acero en la ría,  
flecha escapada del arco.  
En el azul, a lo lejos,  
trompo en el sol, está el barco  
que asaltó nuestra vanguardia  
con los mástiles en alto.  
Y después, la mar abierta.  
Y en el puente, vigilando,  
la ametralladora mira  
desdoblarse al océano  
con sus ciudades de espuma



sin cárceles ni rosarios.  
Y al calor de los fusiles  
tripulantes y soldados  
van moldeando una aurora  
por aguas del mar abajo.  
Y la bandera española  
vuelve a tener su morado.  
Dakar, orilla caliente,  
ceja negra, firme trazo,  
arranca al fin los grilletes  
de veintitrés deportados.

### *EN EL PUÑO DEL RECUERDO \**

El camarín de la noche  
guarda un puñado de amigos.  
No creáis que se divierten:  
están celebrando un rito.  
Hay muchas vidas descalzas,  
muchas estrellas con frío,  
muchas voces que nos hablan  
con la lengua de un cuchillo,  
la gran mano de la ausencia  
llena de nidos vacíos  
y muchas sonrisas muertas  
ya sobre labios dormidos.  
En la presión de la noche  
todos parecemos filtros  
de pensamientos lejanos  
y de amores desvalidos.  
Nos oímos por las venas  
cruzar un llanto de niños,  
latir angustias distantes  
y hacerse el recuerdo vino.  
Nochebuena entre barrotes,  
cerrada como un castillo  
que proyectara su sombra  
con un gesto pensativo,  
tú vivirás en nosotros  
por encima del olvido.

\* Prisión n.º 2 de Baza, Nochebuena de 1940.

Asistimos a la cena: José Garrido, I. Plaza, Francisco Jiménez, Francisco Castillo, Avelino Hornos, Gregorio Sánchez, Antonio Tortosa, Manuel Galán, Rafael Sánchez, E. José Vicente, Francisco Pérez, Andrés Fernández y Pedro García Cabrera. 13 en total. Número supersticioso para muchos andaluces. Pero no para nosotros que veíamos la cara de nuestra muerte diariamente. [N. del Autor.]

## AGENDA DE UN PRISIONERO

### I

#### PRIMAVERA EN TINIEBLAS

Y amaneció la posguerra  
descabellando luceros.  
Nadie la creyó cautiva  
de un crepúsculo de gestos  
ni quiso saberla nadie  
empuñadura de acero.  
La frente pensó del agua  
que llegaría batiendo  
con palomas mensajeras  
el ala libre del cielo.  
Pensamos el agua y yo:  
dos palpitantes espejos  
en cuyos fondos temblaban  
los olivos del silencio.  
Los ayer toros de lidia,  
los toros bravos del fuego,  
mugiendo por los caminos  
y liberando los pueblos,  
fueron del alba desnuda  
los desmandados cabestros  
que rumiaban de esperanza  
dianas floridas de almendros.  
Pero cruzaron los días  
con un áspid en los senos,  
un llanto de calabozos  
y un acerico de trenos.  
Las valvas de la ternura



cerradas permanecieron.  
¿Dónde, dónde los refugios  
de cálidos terciopelos?  
Sin retoñar hojas verdes  
los horizontes siguieron.  
De tu ilusión, larga cola  
de un bizarro romancero,  
sólo te restan las huellas  
de un epitafio de sueños  
embalsado en la mejilla  
transparente del recuerdo.  
A mí también me sollozas  
coronas de crisantemos.  
Y me miras y te miro,  
lágrimas de un mismo duelo,  
salmos de hiel y vinagre,  
panales de un avispero.  
Las antiguas golondrinas  
las picotean los cuervos.  
En las venas se me ahondan  
los cristales del encierro  
y volutas de corales  
sostienen mi cautiverio.  
El entredós de las horas  
bordaremos con denuedo  
aunque la sombra anochezca  
en la gruta de mi cuerpo.

## II

### MARTIRIO DE PANTALONES

Ay raya del pantalón,  
angustia de mi reflejo.  
Tu filo ayer de cuchillo.  
tu tajo sin titubeos,  
la flecha de tu caída  
sin barrocos arabescos,  
recta como una mirada  
puesta de pie en un trapecio,  
caminando por los puntos  
de un vertical hormiguero.  
Ay raya del pantalón,  
hoy elegía de un preso.  
Florete ayer invencible  
donde se cortaba el viento  
su peregrinar de sedas  
y el motín de sus cabellos.

Hoy lleno de amelladuras,  
fintas y caracoleos,  
llanto de biseles rotos  
en los ojos del lamento.  
Con tu zig-zags melancólico  
de acordeón marinero  
navegas de la nostalgia  
los múltiples hemisferios  
y se alborotan contigo  
mis leones soñolientos  
ya cansados de rugir  
jaulas y desfiladeros.  
Y se te pierde tu cauce  
por atajos y barbechos  
trenzando deltas de olvido  
en bosques de sufrimientos.  
Y te astillas y te quiebras  
dispersa por los senderos  
que fueron lona plomada  
sin dobleces de pañuelo.  
Ay, laberinto de arrugas,  
espiga de mi desvelo.  
Ay raya que me suspiras  
el calambre de mi vuelo.

### III

#### LA HERNIA DE LA DERROTA

Las cuerdas de una guitarra  
me rasgúan en el pecho  
barrotes crucificados  
sobre colinas de hielo.  
En una larga sonata  
que me llueve sangre adentro  
torvos reptiles de sombra  
y limaduras de hierro.  
Están en ellas tremando  
escalofríos y miedos,  
órbitas y pulsaciones  
de amores que ya se han muerto  
y retoños de esperanzas  
a mis cenizas injertos.  
Una mano me deshoja  
de allá, de mares muy lejos,  
no sé si espinas, caricias  
o la V de sus dedos.  
En mi dolor sincopado  
de garras, ternura y duelo,

la incertidumbre derrama  
su cubilete de insectos.  
Velámenes de temores  
y timoneles suspensos  
cruzan su enigma de brazos  
en la espera de mis puertos.  
Y en estas vivas tinieblas  
me están sin pausa doliendo  
los racimos que maduran  
las savias de los afectos,  
y los latidos del hambre,  
y el más leve movimiento  
de puñal en la penumbra  
confusa de los recelos.  
Me punzan, me desazonan  
tantos agujeros guerreros,  
tantos paraísos rotos,  
tantas moradas de fuego.  
El aire de la derrota  
en cada quisque es un gesto  
que acantila el egoísmo  
de vender el pensamiento,  
los cariños más azules  
y las brújulas del beso.  
Hasta por tomar el sol  
se quiere cobrar dinero.  
Y una guitarra prosigue  
rasgueándose en silencio  
barrotes crucificados  
bajo la piedra del cielo.  
Te juro, bala de plomo,  
que en ti sólo está lo cierto.  
Mas no saldrán, no saldrán  
mis sándalos a tu encuentro.  
Me estoy buscando un paisaje  
con una corza durmiendo.

#### IV

#### SUICIDIO

Le llamaban «Pajarito»  
y se voló a los luceros.  
La oscura flor del castigo  
con sus pétalos sangrientos  
espejeaba amapolas  
en sus trigales morenos.  
Y entre un azul de campanas

quitó su dolor de en medio.  
Desde arriba, desde el alto  
lirio morado del riesgo,  
como un botón que se salta  
en el ojal de un chaleco,  
se liberó de sí mismo  
abrazado a su tormento.  
Y fue un pedrusco caído  
en un estanque blasfemo  
que desvaneció sus ondas  
en las orillas de un cero.  
De las conchas del oído  
en voz baja le nacieron  
lenguas de claveles rotos  
y cabezas de jilguero.  
Resonó lúgubrementemente  
su espalda de violoncelo,  
donde violetas, corales  
y ascuas de odio escribieron  
un abc de alaridos  
y miniados escalpelos.  
El aire del mediodía  
lamíale con sus perros  
una estatua de glaciares  
e interiores ventisqueros.  
Y en la página del patio  
fué el punto final grotesco  
del signo de admiración  
de la torreta del templo.  
Que el responso del olvido  
no halle descanso en tus huesos.

## V

### LA MISIVA DE LA MUERTE

Con pausa de mes y medio  
al pantano de la espera  
se asoma el primer correo.  
Y era el pantano una frente  
que pensaba retrocesos  
de ideas de miel marchitas  
en la culata del tiempo.  
La emoción tensaba el aire  
con mejilla de pandero  
y un sostenido redoble  
nos levantaba del suelo.  
Lluvia de cejas fugaces,

islotes de ojos despiertos,  
retazos de callejuelas  
que adiós un día plañeron,  
voces que claman en pie  
mesándose los cabellos,  
brazos, labios y amapolas  
en la distancia entreabiertos,  
toda una esfera armilar  
de zodiacales recuerdos,  
meridianos de ternura  
y expectantes paralelos,  
se dieron cita de abejas  
en el desván de los ecos.  
Con su mensaje afectivo  
aleteando en los dedos  
cada uno se refugia  
en un mutismo estratégico.  
Y sobre su ola redonda  
estamos todos latiendo  
de la alegría en el atrio  
y del temor en los médanos.  
Somos flechas disparadas  
del arco del pensamiento  
que salvamos en un brinco  
tres años de sangre y fuego.  
Y esta frágil catacumba  
donde las horas contengo  
de súbito se oscurece  
de aullidos lastimeros.  
¡Cuántas agudas piteras  
alanceando a lo lejos!  
¡Y cuánto, Dios, has nevado  
por los ausentes senderos!  
La gran mejilla del aire  
se ha desgarrado en un trueno  
y los tambores barrenan  
un alboroto de anzuelos.  
Con sus fillos de puñales  
y letras de sauces muertos,  
a nuestros días cerrados  
se acercó el primer correo.  
Y aún su espiral de angustia  
no me levanta el asedio.

## VI

### ALFOMBRA MÁGICA

Por la madrugada arriba  
el pasillo está durmiendo.

La blanca estrella del frío  
profundiza bajo el techo  
tal hondura de algodones  
que la noche suena a hueco.  
Todo es un charcõ mental  
clarificado de cieno  
que se anega del reposo  
en el pensativo espectro.  
Y es una pista sin nudos  
y de homenajes angélicos  
donde se escucha flotar  
la mano inmóvil del tiempo.  
En este clima inefable,  
calmo nirvana sin sexo,  
se ausentan las sulfataras  
que amarillean infiernos,  
el aguijón de la espina  
y las muecas del veneno.  
Han de venir de las calles  
transeúntes del incendio  
alertas de centinelas  
y fusiles al acecho  
que alarmen rayos de luna  
sobre un remanso de presos.  
Han de llegar desde afuera  
los lívidos centelleos  
de un resquemor de zarzales  
con espolones siniestros,  
de cuchillas afilando  
rencores siempre despiertos,  
la furia de los sayones  
y las cruces del desprecio.  
Han de llegar. Pero ahora  
el pasillo está durmiendo  
con un sueño de cautivos  
derramado por el suelo.  
En un corredor igual  
y en avatares idénticos  
el manso pan de los mitos  
debe tender en su adentro  
la fuente azul de la carne  
y el vino de los misterios.  
Han de llegar. Pero ahora  
sigue el pasillo durmiendo.  
Contra el mal de la zozobra  
es la noche un amuleto.



## VII

### DESCARTES PARA LA MUERTE

Como cartas de baraja  
están formados los presos.  
Vienen pasando revista  
hombres vestidos de negro  
que traen un as de espadas  
atravesado en el ceño  
y una escalera de bastos  
subiendo a su pensamiento.  
Buscan descartar las filas  
de nuestros oros risueños  
con un acíbar en copas  
de sombríos tintineos.  
Si se plantan ante ti  
y señalan con el dedo  
tu vertical medirá  
la nieve de un signo menos.  
Contra su jaque de alfiles  
no hay enroques halagüeños.  
Es la inquietud quien preside  
estos mudos parlamentos  
en cuyos grises escaños  
se desmelenan los retos  
de la venganza que ansía  
saldar escollos de reos.  
A cualquier hora del día  
se repite el mismo juego.  
Surge leve la pesquisa  
de puntillas sobre fieltros  
y rechinan las ganzúas  
cumpliendo su ministerio.  
La misma sombra se mueve  
con un vaivén de sabueso,  
ya medio desengrudada  
de la intimidad del cuerpo.  
Y va girando la noria  
con sus cangilones llenos  
de los vidrios del agravio  
y agudos resentimientos.  
Ay de ti si te simulan  
guarida de bandolero  
o te creyeran bengala  
de algún pálido cortejo.  
Tendrás que decirle adiós  
a la camisa y al cuello.

Y hasta a nuestros propios piojos  
retorcerán el pescuezo.

## VIII

### ROPA COLOR DE SUPPLICIO

El ay de la ropa blanca  
más que gemir por los suelos  
me desgarran la calina  
en que flota el sentimiento.  
Y se me entra por los ojos  
con sus arrugados cielos  
de calamares oscuros  
y nubarrones inciertos.  
No importa que los jabones  
te sometan a tormento  
ni te avvicinen mis manos  
los armiños del esfuerzo.  
Siempre color de garbanzo  
y un vago son de oro viejo  
como conciencia empañada  
de graves remordimientos.  
Y aunque mi saña te amase  
no logra arrancar el dejo  
de la palidez marchita  
que te separa del hielo.  
Contigo sufro el destino  
de bullones macilentos  
y tu otoño de tristeza  
apaga mis pebeteros.  
Y es tu faz lento sollozo  
y tus sietes son lamentos  
que salpican los afanes  
de las yemas de mis dedos.  
Con qué redonda sorpresa  
me estanca el descubrimiento  
de esas lagunas de aire  
donde se ahoga mi empeño  
de cerrar tus comisuras  
con el vampiro de un beso.  
Mis puntos y costurones  
de cirujano inexperto  
te llenan de cicatrices,  
zi-zags y garabateos.  
Y tu piel descorazona  
el *puzzle* de los remiendos,  
que a bordadas zanquilargas  
se escoran a sotavento

de los agrios arrecifes  
donde sin timón navego.  
Y cuando creo domada  
la criba de tu universo,  
me desalientan de pronto  
en la tarde de tus lienzos,  
los caracoles vacíos  
de un enjambre de agujeros.  
Y mi aguja se abandona  
a tus delirios sin freno  
mientras le enjugo la hebra  
que llora su ojo de acero.

## IX

### AÑO NUEVO ENTRE BARROTOS

Sobre el caballo de Atila  
—sueitas las bridas al cuello  
y galopando ilusiones—  
ha llegado el Año Nuevo.  
Una manada de lobos  
viene azotando sus remos.  
Los lobos con que los hombres  
han caldeado el invierno.  
Piafaban en sus ijares  
charoles calenturientos  
y un penacho de neblina  
humedecía sus belfos.  
Crinado de sangre y luto  
iniciaba su trayecto,  
devanando las arterias  
en la rueca de un allegro.  
Lo oíamos balbucir  
junto a montones de muertos  
y relinchar en la noche  
trágicos fusilamientos.  
Pero con guata de olvido  
nos acolchamos el pecho  
y con látigos de júbilo  
le salimos al encuentro.  
En jocunda algarabía  
desfilábamos los presos,  
arrastrando las cadenas  
de aposento en aposento.  
No era aquella zarabanda  
ni una broma ni un festejo.  
Era un rito que se abría  
en la túnica de enero

como una amistad caliente  
desbordada de aleteos.  
Cuando pasó a nuestro lado,  
brida suelta, largo cuello  
y galopando ilusiones,  
llevaba un casco deshecho.  
E izamos de la alegría  
los caídos masteleros,  
saltando a piola de rosas  
los insomnes parapetos  
que al final emparedaban  
las furias del año viejo.  
Aquella noche volvimos  
a cruzar prados libertos,  
jinetes sobre el galope  
tendido de nuestros sueños.

## X

### ESPONSALES SIN NUPCIAS

Esta mañana la cárcel  
ha gustado un caramelo.  
Fue una gotita de miel  
sobre panales acerbos.  
Azorada como azogue  
en un estuario de ébano,  
llegó con el paso alado  
de golondrina en alero.  
El velo que la esfumaba  
tenía un temblor de sexo  
arrullándose en la viva  
rosa trémula de un trémolo.  
Allí, a la sombra de mármol  
que aplastaba con su peso,  
en la celda sorprendida,  
se salmodió al casamiento.  
Todo insinuaba la espesa  
amargura del ajenjo:  
el capellán y las luces,  
los padrinos y el tintero.  
Los cirios se condolían  
en luminosos siseos  
de aquella estampa sin alas,  
medio caída en un cepo.  
Hubo un rumor de hojas secas  
cuando ella dijo «te quiero».  
Por él contestó la vena  
más florida de su huerto.

Y mientras el aire sordo  
abría su gran bostezo  
y el sacerdote doblaba  
vestiduras y preceptos,  
una silla, en un rincón,  
cobró intimidad de lecho.  
Las palabras se licuaron  
en opacos cuchicheos  
de hiedras humedecidas  
trepando labios sedientos.  
Un cañamazo de rejas  
sus manos entretejieron.  
Sólo ellas se desposaron  
en sus latidos concretos.  
Y en aquel frío vetusto  
de cripta de monasterio,  
se miraron largamente  
y después se sonrieron.  
Y ella se marchó soñando  
con paraísos inéditos  
y él se detuvo en la linde  
de sus días prisioneros.  
Afuera, sobre los hombros  
alabeados del cielo,  
las palomas rubricaban  
sus amores en el viento.  
Y eran blanca despedida  
los adioses de sus vuelos.

## XI

### MATAN EL CAMPO A UN PASTOR

Cuando entró por el rastrillo  
del grave establecimiento  
traía oliendo su sombra  
a tomillares y espliego.  
Sus cuarenta y siete años  
nunca encerrado lo vieron.  
Sólo ahora encanecían  
al sentirlo prisionero.  
Y sus minutos silvestres  
en aquel recinto estrecho  
tenían filis y astillas  
de hachazos en un madero.  
Siempre estaba de la puerta  
tras un suspiro entreabierto  
cual si estuviese mirando  
por mágico catalejo.

Presentía ver las risas  
de sus dos hijos gemelos  
y los rebaños de ovejas  
almidonando los cerros.  
Sus caramillos de sangre  
atisbaban en su puesto  
de cazador de murmullos  
ahuyentadores del tedio.  
Y en una turbia mañana  
que se enarcaba a destiempo,  
un relámpago furtivo  
quemó sus ojos abiertos.  
Fue un disparo de fusil  
que con su bronco desprecio  
de pólvora sin entrañas  
y ofrendas de desafueros,  
ensangrentó en la intuitiva  
pantalla de su cerebro  
el espejismo de risas  
de sus dos hijos gemelos,  
las ovejas de la magia  
almidonando los cerros  
y la ojera de las tardes  
declavada de vencejos.  
Al fondo de sus pupilas  
dos estanques lastimeros  
aullaban ahogados  
en una noche de cuervos.  
Y entre vagidos de estrellas  
recitando iría al cierzo  
por olivos y vaguadas,  
largos romances de ciego.  
Sus cuarenta y siete años  
fueron sauces verdinegros  
que detrás de su dolor  
daban escolta a su entierro.  
Y dejó de oler su sombra  
a tomillares y espliego.

## XII

### EL FANTASMA DE LOS BULOS

Aunque fosos de tristeza  
a las sienes pongan cerco  
y cierren mares de angustia  
interiores archipiélagos.  
Aunque sea cada hora  
muralla de aislamiento  
y alce púas y cerrojos

el candado del asedio.  
Aunque envenenen las aguas  
de más nítido abolengo  
y guarden a plomo y barro  
pensativos azulejos,  
no habrá oasis que madure  
sus palmas en el desierto  
ni polo sur que patine  
sobre nevados secretos,  
que no burlen las consignas  
para su almíbar tendernos.  
Aquí se sabe la hora  
de imaginarios relevos,  
en qué instante el caracol  
emergerá de sus cuernos,  
el país en que los hombres  
llevan una estrella dentro  
y cómo deben dormir  
la serpiente y el mochuelo.  
Sólo se ignora que somos  
manzanas de un mismo cesto,  
cuentas de un mismo calvario,  
letras de un hosco alfabeto.  
Y aunque se digan palabras  
que suenan a compañeros  
la amistad no se descalza  
la reserva de sus zuecos  
ante las iras de cuarzo  
que laceran el terreno.  
Pero seguirán llegando  
los más variados sucesos.  
Que al pie de un rosal de nubes  
se ha encontrado un cementerio  
de mariposas doradas  
en frentes de guerrilleros.  
Que en una playa remota  
yace encallado un torpedo  
donde llevan las gaviotas  
a malmorir sus polluelos.  
Que las flores de la dicha  
son como labios bermejos  
y sus frutos tienen toda  
la redondez de los senos.  
Y que una aurora pervive  
entre montañas de presos.

### XIII

## ORFEBRES DE SUS QUERENCIAS

La prisión se gusanea  
de argentados golpeteos  
y urden lianas cristalinas  
sonoros bosques frenéticos,  
que se abrirán en la tarde  
de violetas terciopelos  
al compás de una eclosión  
de anillos y de luceros.  
Mas estas horas nacientes  
tiemblan rodela y yelmos  
y deshacen sus martillos  
sobre el yunque de los ecos.  
Son las monedas de plata  
que se están amaneciendo  
en gotas de aire dormido  
con un dogal en el cuello.  
Sus lunas van levantando  
circulares campamentos  
y por cerrados caminos  
despliegan albos rodeos  
para ceñirse a sí mismas  
con un abrazo perfecto.  
Poco a poco, bajo su ala  
redonda, van escondiendo  
las fechas, las iniciales,  
sus espigas de centeno,  
los cuarteles de nostalgias  
y sus perfiles escuetos.  
Y así, su ayer se convierte  
en un hoy de mausoleo,  
imagen rota y continua  
de un acontecer adverso.  
Después rodarán ternuras  
sobre sus arcos bohemios  
por los vértices distantes  
donde se anillan los pueblos.  
Y sus pulidas arterias  
florearán los recuerdos  
de nomeolvides azules  
en el latir de unos dedos  
que esperan, casi llorando,  
la alegría del regreso.  
Y el amor será suspiro  
y el anillo ausente beso.



## ENTRE LA FUGA Y EL MURO

Los amigos de Jaén  
eran un todo homogéneo.  
Su firmeza fue cortada  
de un sólo tajo de cedro.  
Surgían de una sonrisa  
de vida clara, en el centro  
de su surtidor de penumbras.  
Y hablaban con el acento  
de paisajes combatidos  
por rachas de sangre y fuego.  
De su intimidad sin motas  
se miraban al espejo  
y veían en su luna  
el árbol de su esqueleto.  
De tanto y tanto mirarlo  
encarnaron su reflejo.  
Y en voz baja se llenaron  
de pájaros insurrectos  
que destrozaron sus plumas  
contra jaulones y cepos.  
La dentellada del alba  
puso fin a su proyecto  
de abrir una brecha de oro  
en la caverna del trueno.  
Por albergar tanto soles  
en encinares quiméricos,  
por convencer a la espina  
de que trocara en cerezos  
el puerco espín de las zarzas,  
fue su muerte digna de ellos.  
Yo no sé si pondrían  
en el bolsillo el pañuelo,  
el cinturón y la sombra  
en aquel trance postrero.  
Pero si sé que llevaban  
el corazón en su puesto,  
la rebeldía en su sitio  
y el amor en su joyero.  
Y se apretó la tenaza.  
Sus ademanes fraternos  
si amanecieron en Tauro  
en ceniza atardecieron.  
Paz a sus carros blindados,  
a sus vivos rascacielos  
de manantiales dormidos

y a los folios del proceso.  
Paz también a los gusanos  
que hayan de poblar sus huesos.

## XV

### GITANO ARDIENDO EN SU LEY

En la celda más oscura  
destaca el gitano enfermo.  
Toda la noche pasada  
la ha rebasado pidiendo  
entrañas de grajo blanco,  
miel de flores de romero  
y un trébol de cinco hojas  
que ocultaba en el chambergo.  
Gitano de buena ley,  
gitano mondo y derecho,  
que le robaría al alba  
su diadema de luceros.  
En su manta de colores  
moldeaba un camafeo.  
Sonaba a bronce su rostro  
y su perfil aguileño.  
Y tenía en la mirada  
un negro polo magnético  
que atraía con sus luces  
las pestañas de lo ajeno.  
La guerra fue para él  
una zambra de embeleso:  
¡tres años sin que la Guardia  
Civil charolara el pueblo!  
Los cortijos y majadas  
todos los días lo vieron,  
en un caballo arrogante,  
cortar las crines del viento.  
Caballo que persiguiera  
en otros lejanos tiempos,  
la ralea de los suyos  
por trochas y vericuetos.  
Cuán dulce clavar la espuela  
en los ijares soberbios  
que hacían volar tricornios  
tras de un ayer de jamelgos.  
Qué emoción la de empuñar  
aquellas bridas de cuero  
con una G y una C  
graznando y casi gimiendo.  
Era majo y receloso

como un picacho en deshielo.  
Por una moza de sangre  
se jugaría el pellejo.  
Pero que no le mentasen  
el derramar de un tintero  
ni la herradura de un martes  
ni el músculo de un culebro.  
Se cansaría su faca  
de herir a diestro y siniestro.  
El corazón de los trigos,  
la Biblia y el Evangelio.  
En la celda más sombría  
sigue el gitanillo enfermo  
con los ojos escalfados  
de flores de invernadero.  
Y está volviendo a pedir  
miel de flores de romero,  
entrañas de grajo blanco  
y las alas de un murciélago.  
Con estos tres ingredientes  
y un conjuro de hechicero  
dicho tres veces seguidas  
quedaría sano y bueno.  
Pero con una excepción:  
que el trece no salga al ruedo.

## XVI PARTIDA DE DOMINÓ

«Pata Perro» y el «Vedija»,  
«Choto Triste» y «Malos Pelos»  
se están jugando un cigarro  
y la ración de pan negro.  
El dominó es de cartón.  
Los jugadores, hollejos  
de esas naranjas que crían  
los agrios del desenfreno.  
Y van surgiendo las fichas  
maniatadas a su gesto.  
El tres uno, con su paso  
ladeado de cangrejo.  
El cinco blanca, un cometa  
con cabellera de hielo.  
La anemia del blanca uno  
y el cinco seis opulento.  
La desgracia del dos tres  
con su nariz de podenco.  
Y la gran noche de lobos

del doble seis agorero.  
La partida se abroquela  
en alcaloides goyescos  
y la trifulca descubre  
sus circuitos y magnetos.  
Duerme una morsa nupcial  
del doble blanca en el ténpano  
mientras la ronda el pingüino  
del uno cuatro en silencio.  
Y comienzan a estallar  
los cohetes del denuesto.  
Al doble dos, la balanza  
que pesa los desaciertos,  
le ahorcaron los platillos  
en manos de «Pata Perro».  
La pelota, en el tejado,  
esquiva a los cancerberos  
y más que caer, quisiera  
ganar la grupa del cielo.  
El cinco tres veleidoso  
se ha sentido panadero  
y diez tantos de una hornada  
le ha dorado a «Malos Pelos».  
Pero el triunfo es un espino  
y quien intente cogerlo  
se ha de desollar el pan,  
los cigarros y los dedos.  
El gato de la prisión  
—un ovillo amarillento  
devanado en un topacio—  
está sin duda intuyendo  
que una guerra no se acaba  
aunque le afeiten los cuernos.

## XVII

### EROS ENTRA EN LA PRISIÓN

El caserón se engalana  
de varoniles destellos,  
entregándose a una fiesta  
de piropos y requiebros.  
Tiene el corazón alegre  
y los músculos risueños  
porque el reposo de piedra  
que germina su silencio  
ha hundido las pantorrillas  
en ebrios vinos añejos.  
Y se esponja y acicala,

y le rebrillan los hierros,  
relamiéndose de gusto  
como si fuera un mozuelo.  
Y es que el corredor más alto  
del frío establecimiento  
—calvario, pasión y muerte  
de un saldo de mosqueteros—  
las mujeres han poblado  
de sonrisas y cabellos.  
Así rizarán sus frentes  
joviales mariposeos,  
casi tocando las líneas  
de un verde renacimiento.  
Desde hoy, en los tejados  
y ventanales senectos,  
la gracia se bordará  
como llovida del cielo.  
Y en sus arcadas claustrales  
será dulce sacrilegio  
los nidos claros de los  
melodiosos hemisferios  
que modularán volcanes  
de lumbre y desasosiego  
en las tiendas de campaña  
en que meditan sus senos.  
Y emocionará su mole  
con los sonoros torneos  
que lanzarán serpentinatas,  
río arriba del gracejo,  
por los reptiles que ondulan  
las márgenes del flamenco,  
los ayes del «cante jondo»  
con sus esguinces y quiebros,  
y rodarán cuesta abajo,  
de la ingenuidad en su afelio,  
la brava melancolía  
de los zortcicos norteños.  
Y en el cisne de la tarde  
navegará por el véspero,  
como una flor de nostalgia  
en el tallo de un gorjeo,  
tu voz, Conchita, cargada  
de mieles y sortilegios.  
Y sentirá él caserón  
que retoñan sus sarmientos  
con besos de novia guapa  
y pámpanos versallescicos.  
Y nos saldrán hojas verdes  
a las presas y a los presos.

## XVIII

### OTRO AIRE NOS RESPIRA

La túnica de la vida  
se vuelve a ceñir al cuerpo  
con sus arenas calientes  
y sus oasis de helechos.  
Poco a poco la ilusión  
tantea valles inciertos  
cuidando no despertar  
un sobresalto de ciervos.  
Y abanaca torrenteras  
y oscuros derrumbamientos  
con murallas de esperanza  
hacia el este de los sueños.  
Yo la escucho derramarse  
como una nube de incienso,  
volutas escaladoras  
júbilo arriba subiendo.  
Y las antiguas pirámides  
se yerguen sobre sus féretros  
pasando, azules, por ojo  
soledades de desierto.  
Un manantial de ternura  
brota de ocultos veneros  
y las tristezas aclaran  
sus cristales cenicientos,  
al presentir que una estrella  
fluye en los labios resecaos.  
¿Qué importan los precipicios  
de los ahora adversos,  
todas las geografías  
de las hieles y el secuestro,  
si en su pleamar de auroras  
el mar sonrío a lo lejos,  
y es cada ola una ruta,  
y velamen todo el viento,  
y los zarpazos se irán  
por donde mismo vinieron?  
La ruleta de los días  
no se detendrá en su juego:  
el alba siempre amanece  
dorando picachos negros.



# LA ARENA Y LA INTIMIDAD

[1940]





## PRÓLOGO

La arena y la intimidad es el poema del desierto. Se recoge en él la antinomia de dos modos existenciales contrapuestos. El divagar perenne de sus granos, con semised de infinito, con su movilidad perpetua asordinada, y la quietud del conjunto, de yacente reposo de piedra, enmarcada en sus curvas amplias, que se despliegan con solemnidad de órgano de catedrales resonantes. Este su sentido dialéctico se enlaza a la concepción lírica de dos libros anteriores. Participa del espíritu que informa a *Transparencias fugadas*, el poema del aire en movimiento, y del eterno estar de *La rodilla en el agua*, el poema de la isla, como una campana sumergida en los rumorosos cobaltos del mar. El desierto, en el tránsito de la piedra al vuelo, realiza la síntesis de estos dos mundos inconciliables. Y es como una sien inmensa que corporeizara el abstracto latido de la huida, como un ala donde se hubiera petrificado un desvelo de lejanías incendiadas.

Batida por estas fuerzas de signo contrario, las que pesan y las que vuelan, y la piedra se pulveriza y reduce a su mínima expresión para arrastrar el mensaje de su propio aliento contradictorio, en el cual reside su poderosa y fraguada unidad.

Trazado este árbol genealógico del desierto —el aire y la isla como antecesores— este poema, desechando la pintarrajeada anécdota de lo pintoresco, ajeno a coloraciones raciales, se ordena, primero, con el arenal en una visión totalitaria de dunas, subsuelo, horizontes y oasis, miembros integrantes de su anatomía geográfica, interpretada líricamente; de su todo dorsal, maduro de sed y espejo de verano. Luego, como un prisma lenticular, su inmensidad se descompone en los granitos de arena, tamizados estos y cernidos objetivamente, desarrollando el poema inicial, el cual se deletrea en sus juegos, en sus oros y en sus matices desolados. Y, finalmente, su deslizamiento por el plano incli-

*nado de la subjetividad, en convivencia con arterias, nostalgias y pensamiento, refractándose y repercutiendo en la cóncava caracola de la intimidad.*

*Y son suficientes estas líneas para no extraviarse en el laberinto de imágenes del poema.*

P. G. C.

## EL ARENAL

Con tu cuerpo de besos de paloma  
y tu vida de puntas de pestaña,  
libélula de sed, sueño candente  
engendrado en los bordes de las llamas,  
yaces, en el acorde de tres mundos,  
anfibio del color, la luz y el agua.  
Los continentes, vuelo de tu piedra;  
pero cernida, lenta, desplegada,  
ritmo de caracol e imán de seda  
que el anhelo sin fin del viento arrastra.  
Y como el mar, vaivén. Tormenta muda  
tu corazón, tus pulsos, tus entrañas,  
todo planchado, a superficie todo,  
dormido sobre el Ángel de tu Guarda.  
Dormido, sí, dormido en tu regazo,  
creciendo mientras duermes, aquietado  
de locas pesadillas, sin conciencia  
de saberte crecer, de que cabalgas  
a lomo de tus dunas, tan custodio,  
tan ceñido a la concha de tu espalda,  
tan tuyo en todo tú, tan sangre tuya,  
que te vuelve a hallar donde te vayas.  
Y el aire, receptor de tus llanuras  
de tus rizos de sol, como las aguas  
lo son de tus mejillas sumergidas  
en el fondo del mar. Y la distancia,  
la multiplicación de tus ternuras  
en bajos, curvas, senos y avalanchas.  
Harén de tu arenal, que todavía  
en el estuche de tus sueños guardas.  
De todo tu esplendor, sólo el alfanje

que en tu ceja perdura, se solaza  
y afila su horizonte contra el cielo  
de tus constelaciones legendarias.  
Y el coro general de las gumías  
con que curva la luna su luz blanca  
en los hombros tendidos de escorzo  
de tus arquitecturas apaisadas.  
Eso y tu soledad. Esfinge y llanto  
que reposa en el eco de tus playas  
y se frena en tu inmenso mediodía  
por el nudo de paz de tu garganta.  
Por ti el silencio es pájaro de olvido  
que la sombra marchita de las alas  
extendió su dosel en la llanura,  
sepulcro y oración, desierto y jaula.  
Y te cruzas en todas direcciones  
con la desolación a las espaldas,  
leyéndote en la palma de la mano  
tu destino de altura desterrada,  
y tendido de bruces en tus dunas,  
siempre con perspectiva de una rana,  
te incorporas un poco a la deriva,  
de par en par abiertas las ventanas,  
por ver si te divisas en las sienes  
el color del latido de una planta.  
E infecundo también. Las maldiciones  
quemaron tus ovarios de sultana  
y tu arrullo de madre fue aventado  
en los pliegues calizos de tu masa,  
en el osario de tus sales hondas,  
en las palpitaciones ya apagadas  
de los viejos moluscos que se amaron  
en sus iris y orientes, ciegas balas  
que disparó el instinto en la marisma  
que al canje de los años fue tu cara.  
Si tú mismo supieses lo que encierran  
tus estratos profundos, si te hablara  
la reja de un arado en los oídos  
la lectura imposible de tus páginas,  
sabrías que sostiene tu indolencia  
un pedestal de vidas inmoladas,  
amores y ternuras ya hechos tierra,  
agonías de mármoles y estatuas.  
Con la muerte de tu seno movedizo  
sólo retoñas la desesperanza.  
Así, los manantiales que bosquejan  
medusas frías en sus venas claras,  
las selvas que concentran sus rumores  
en el nido de luz de una esmeralda,

las urbes arteriales que se rondan  
las húmedas pupilas de sus plazas,  
los cisnes del amor y los idilios  
que florecen sus rosas con el alba,  
que huyen y abandonan, pies ligeros  
que en el paisaje de otros climas danzan.  
Sólo puede brotar tu invernadero  
el dolor de una estéril llamarada.

## GRANITOS DE ARENA

### I

Yaces, como el acorde de tres mundos,  
en la tremante playa de tu orilla.  
El aire de fugadas transparencias,  
la rótula en el agua de las islas.  
Una estirpe de islote se presiente  
en tu modo de ser, puerta cerrada  
abierta por la mano de la muerte  
a las innumerables caravanas.  
Y en tu profundidad como en tu orilla,  
en el norte polar de la esperanza  
y en el sur de los riesgos te comportas  
medio lago sin voz, media montaña,  
ajeno y vivo, todo indiferente,  
un otocisto que apagó sus lágrimas.  
¡Qué intimidad la tuya, sin embargo;  
qué afán eterno en darte fiel en alma  
de avidez y de carne puntiaguda!  
¡Y cómo se aposenta tu mirada  
real, tangible, dura persistencia,  
petrificado rayo que se palpa  
en todo cuanto mira, que se filtra  
hasta por la raíz de las palabras,  
allí donde los granos de tus ojos  
sus redondas partículas resbalan!  
De cuando roca firme, aún recuerdas  
ciudades que se alzaron en tus faldas,  
mezquitas y moluscos, sinagogas  
con turbante de luces entramadas.  
Y son los espejismos tus recuerdos,  
quimeras de remotas lontananzas  
que emergen del arcón de tu memoria  
con la pompa solar de un cuento de hadas.  
Castillos en el aire de tu arena,  
naipes con que eternizas tu baraja  
de oasis como sexos, escondidos  
entre las celosías de tus palmas,

y el insomne océano que se mece  
en columpios de azul y malaquita,  
síntesis de contrarios conjugados,  
en tu abierto crisol se dieron cita.  
La isla como voz de continente,  
desarrolló su cuerpo en la mentira  
de un ala que se tiende en tu llanura  
a imagen de una larga despedida.  
Después el océano, sobre el ala  
momificada, fósil, semirrígida,  
te trabajó, a sus gotas semejantes,  
con sus continuas idas y venidas,  
y te enseñó a ondularse las planicies  
y a reptear tus márgenes tranquilas.  
Y el aire, con sus amplias claraboyas  
y el valsar de tus órbitas vacías,  
propició tus reptiles para el vuelo  
que antes el mar embarrancó en tu orilla.  
Y así, en la encrucijada de tres mundos,  
desperezas tu hipnosis adormecida.  
Pero los tres a un tiempo coexisten  
en el acorde de tu gran mejilla,  
y mientras que se atigran tus estuarios  
tu voluntad de roca se hace trizas.  
Una sed de mudanzas te enajena.  
El mar, el mar, el mar: fuente insumisa,  
rescoldo de tus calmas aparentes  
y motor agitado de tus días.  
Y el ancho velamen de un sollozo  
lo que en el fondo de tu ser palpita.  
Sollozos de las agüas y los aires  
y velamen de piedra entumecida.

## II

Y la piedra accionó. La piedra, dura  
de corazón y músculos de acero,  
labradora tenaz de continentes  
por valles, montes, páramos y cerros.  
La quietud con su abrazo de hechicera,  
los cerrojos dormidos del silencio,  
la muda frialdad con que obedecen  
los perfiles rocosos a su centro,  
todas las fuerzas que en tu ser gravitan  
sus razones de helado mausoleo,  
se sintieron tocadas por la gracia  
de la varita mágica del viento.  
Y eres la consecuencia imperativa  
de quien, sin alas, quiso urdir el vuelo.  
La piedra se fragmenta en frenesíes

por conquistar entonces el imperio  
que la distancia en su cristal prolonga,  
andando y desandando sus senderos.  
Y escucha cómo un pájaro se mueve  
en la mole compacta de su pecho,  
que bulle un alentar de juegos niños  
en el meollo de sus golfos secos,  
que se espuman las olas del reposo  
y se desfleca el nudo de su cuerpo.  
Horizontes de cuerdas musicales  
tienden a su mutismo el cautiverio  
de sus largas congojas, que se ausentan  
buscando de la luz el baño ciego.  
Y por volar las rocas se desgranán  
en los granos de arena del deseo  
y, fundiéndose en sedas las aristas,  
los basaltos se dan al movimiento.  
Y están casi en el trance que concilia  
la sangre en llamas con el frío eterno;  
puntitas de alfiler petrificadas  
en la gota viviente de un insecto.  
Así van tus mensajes transmitidos  
en el vaho tangible de tu anhelo;  
de nubes amazonas, unas veces,  
a lomo de añoranzas de camellos;  
de ángel anunciador de la tormenta  
por la cúpula tersa de los cielos;  
de vela sin timón y de andanadas  
que se resuelve al fin en llanto nuevo.  
Pero allí donde vayas van contigo  
la avidez infecunda del desierto,  
tus hambres insaciables de hojas verdes  
y la desolación de tus espejos.  
La luna de las aguas no ilumina  
tus noches de profundos desconsuelos.  
Y es que el amor no dora su semilla  
sobre tus calcinados sentimientos.

### III

Sí, como el mar, vaivén. Pero en voz baja,  
más orilla que abismo, más retablo,  
sin rumores que turben tus silencios,  
sin que en tus noches amanezcan faros,  
casi en secreto trajinando el ansia,  
apenas removiendo tus rosarios  
de cuentas como gotas, como nudos  
que no funden sus límites exactos  
a pesar de vivir hombro con hombro,



indomable firmeza que legaron  
a la enana progeñe de tus puntas  
los salvajes fortines del basalto.  
Las olas de tus dunas se mantienen,  
con un paio expectante, en el serrallo  
de tu propio confín, como varadas  
en gigantescos lomos de cetáceos.  
Tus mareas, levísimas, se ondulan  
en el tira y encoge de tus granos,  
a compás de la sístole del viento  
y al ritmo de la diástole de un trasco.  
De tus ondas emergen las sirenas  
y son las rosas de agua de los lagos  
que el espejismo floreció en la fiebre  
de tu sólido mar emulsionado.  
Sirenas te disfrazan tu llanura  
con manantiales de sonidos falsos,  
humedeciendo la ilusión violenta  
de quienes crucen tu sediento osario,  
que también en tu costa solitaria  
cobra vida el espectro del naufragio.  
Sin velas y sin blancas navidades,  
las gibas turbias de los dromedarios  
pasean laberintos y timones  
por las tostadas rutas del verano.  
Y si la estela no te riza el jaique  
de tu planicie de oro con sus lazos,  
tus vastas soledades se despeinan  
con las huellas rimadas de los pasos  
que incrustan sobre ti las caracolas  
vacías e incompletas del acaso.  
Y como el mar, también, tus iras hondas,  
tus castillos profundos, tus palacios  
de ojivas y ajimeces, sumergidos  
en el dolor de un suceder amargo.  
Un dolor de vendimia y de ausencia  
en tus bajorrelieves perpetuado.  
Y la sal, y el gemir, y los amores  
también como en el mar, ternura y llanto.  
Un llanto que se evade de lo cósmico  
para bordarse con calor humano.

#### IV

Y nunca dices ya, más tarde, luego...  
Tú estás siempre presente en el abstracto  
infinito de la acción desnuda,  
en un tiempo que brota de tu espacio.  
Y son todos tus verbos lentitudes,

un sereno pasar sin sobresaltos,  
descompuesto el resorte de la prisa,  
sin conocer la hamaca del descanso,  
movimiento uniforme que ni aviva  
ni retardá tu ritmo acompasado.  
Y ni la espuela azuza tus ijares  
ni el freno te reprime de tus labios.  
Péndulo indiferente de la inercia  
que no saca de quicio los reclamos  
del desorden, que brincan locamente  
por las montañas rusas del espasmo.  
Pero nunca te paras un momento:  
en tu lenguaje es imposible el alto.  
Y en el riel de tus verbos, de puntillas  
tus pasiones isócronas marchando,  
cronometras tus días, tus impulsos,  
tus mitos, tu prisión y tu marasmo.  
Hasta que el sueño a que tu fin camina  
se haga libre al sol, vuelo dorado.

## V

Dormido, sí, dormido en tu regazo,  
con todos los instintos vigilantes.  
Las feroces jaurías del silencio  
alambran el cordón de tus umbrales  
y la muerte protege el laberinto  
de tus empedernidas soledades.  
Como en un gran abrazo de ternura,  
contra ti mismo, su perfil deshace  
y cría paternal los horizontes  
que luego de tus ámbitos se evaden.  
Sumidos en la cala del reposo,  
los glóbulos dorados de tu sangre  
trillarán sus latidos por las sienas  
de la lente cegada de tu estanque.  
Pero tu oreja permanece atenta  
como una concha que se oyera el aire  
de los viejos recuerdos que murmuran  
en el pulido cuello de sus nácares.  
Y estás entre dos polos adversarios,  
en el istmo neutral, equidistante  
del ímpetu que asciende y se desfleca  
y del lecho caído en el que yaces.  
Ni indecisión ni duda. Vas al vuelo  
aunque aún te asegures los amarres  
a tu hangar de meseta esclavizada,  
a la ciega pupila de tu cauce.  
Dormido, sí, dormido en tus confines;

soñando que un galápagos gigante  
aletea en el sol de la llanura  
hacia cumbres y cimas de cristales.

## VI

Creciendo mientras duermes, alelado  
de espera y de silencio, recogido  
en tu lecho de abiertas pesadumbres,  
coaguladas tus monotonías  
de cielos, de camellos, de horizontes  
en el disco sin luz de tu pupila.  
Creciendo mientras duermes, sin embargo.  
Los arenales de tus faldas rizan,  
jinetes son, que en ímpetu guerrero  
se lanzan al pillaje y la rapiña  
apresando en sus redes ambulantes  
los cercados que medran en su orilla.  
Y así, a tus sueños de sirena inmóvil,  
añaden el botín de sus conquistas.  
Creciendo mientras duermes. Tus graneros,  
con sus riadas de piedra, multiplican  
tus largos de ternura, sin conciencia  
de saberte crecer, de que confinás  
sólo con el titán desasosiego  
que martillea tu melancolía.  
Y no sabes que estás cuando descansas  
en plena madurez de tu vigilia.

## VII

Y no se duermen en un punto muerto  
tus infinitos, mínimos taladros.  
Con su inquietud de hormigas presurosas,  
los agujijones clavan sin descanso  
en la carne del viento, en la colmena  
de un oscuro rincón de deportados.  
La lluvia pertinaz de tus avispas  
duele en sus duros arabescos agrios  
y repica en los múltiples tambores  
que tensa el día por los aires bajos.  
Y te adentras a fondo en los vestidos,  
en las nostalgias de talón alado,  
en las mil y una noches del insomnio,  
en los ojos del pan, en los zapatos,  
martirio y cruz de todos los remansos.  
Hasta en la voz del pensamiento te hallas  
oyéndole volar, hasta en los tramos  
de las últimas sangres que recorren

mis relojes de besos y de halagos.  
En todo cuanto viva, aliente o sueñe  
se filtra la agudeza de tus granos.

### VIII

Un oscuro dolor de auroras rotas,  
cavernas de ternuras artesianas,  
laberintos de orientes apagados,  
relámpagos de nítidas sonatas,  
caracolas que ungieron su recinto  
con un beso de vivas porcelanas,  
piesecitos descalzos de moluscos  
que del amor cruzaron la enramada,  
encendiendo la hoguera del deseo  
bajo la luna llena de las aguas,  
combates de los celos irisados  
y torpe parpadeo de las valvas  
que abrieron la sorpresa de sus luces  
y cerraron sus dientes de tenaza;  
toda la dulce fauna que al instinto  
dejó sepulta en sus rosadas playas  
al huir hacia los fondos de los mares  
en brazos de una líquida esmeralda,  
ya en fósiles y piedra convertida,  
reposa de la arena en las entrañas.

### IX

Allá por los remotos ventanales  
donde el calor eclipsa la mirada,  
donde la arena hierve sus tortugas,  
donde todo es volcán, simún y lava,  
allá, en la lejanía, el espejismo  
sus espectros acuáticos levanta.  
Prestímano modelo, siempre escondes  
en el sagrario que tu pecho inflama  
un vivero de frescas apariencias  
que siembras a voleo entre tus ascuas.  
Tu desnudez subida hasta los hombros,  
de los jarrones de tu sed, te sacas  
lagunas que bordean sus ribazos  
con vibrátiles juncos y pestañas;  
arroyos de cristal que piensan nieves  
en la frente de luz de la distancia;  
poblados cenicientos que se inclinan  
sobre el loto plomizo de las aguas;  
largas colas de nardos y azahares  
que por el llano su canción arrastran;

lacustres caseríos que se hunden  
en un cauce sutil de rosas blancas;  
y ríos, y meandros, y pantanos,  
imágenes ardientes de tus lágrimas,  
que en un jadeo envuelto de calina  
lloran calenturientas en tu cara.  
Lloran por tu subsuelo de horas idas,  
por tus conchas de amor petrificadas,  
por el acerbo cántaro latente  
de penumbras que fueron lunas claras  
y por el silbo muerto de las sales  
que te recorre con su onda amarga  
tu noche de sepulcro, tu tristeza,  
tu osamenta de células calcáreas,  
oxidados los muelles de la sangre  
en tu rígida perla funeraria.  
Una isla sin puertos que murmuren,  
sin abrigos, bahías ni ensenadas,  
túmulo soterrado, impenetrable,  
donde el recuerdo de la mar se guarda,  
se tendió junto a ti, duerme contigo,  
oyéndose el sollozo que te escarcha.  
Que el ángel de la paz y el del silencio  
te cubran con la sombra de sus alas.

## X

Por las tostadas rutas de la arena  
una aurora caída se complace  
en trazar con sus blancos alquiceles  
el recuerdo de un sueño de ciudades.  
Nace de ti, de abajo, de tus fondos,  
incólume al trotar de las edades,  
que cruzan con un cuervo en cada hora,  
y una aguda piqueta en cada instante,  
y en cada mano, un ruiseñor que canta,  
y en cada boca, rojos madrigales.  
Nace de ti, de tu memoria abierta,  
aun a remolque de tus mocedades,  
impresa en tu tiempo indefinido  
con las duras facetas del diamante.  
Nace de ti, de tu conciencia plana,  
herida por acibares solares,  
que, redivivo, su fantasma orea  
por el estrecho vaho de tus calles,  
y se levanta de tus pies quemados  
con un alba de nieve por turbante,  
ebrio de sal, magnífico de espuma,  
bordando el espejismo de un encaje.

Y la sed se retrata en el espejo  
de los blancos fulgentes de sus cales,  
desrizando el cabello de calina  
sobre tus hombros cálidos de amante  
que espera ver llegar las caravanas  
en la túnica envuelta de un celaje.  
Nace de ti su copo de blancura  
que con la lengua su costado lame;  
de ti, que te sugieres las arenas  
en una epifanía de rosales;  
de ti que te vislumbras todavía  
sultana de tus regias soledades.  
Y brota de su fronda el espejismo  
igual que una paloma del bosque.

## XI

Y tienes en un lago de quimera  
una princesa pálida cautiva  
que dispara en el arco de la sed  
las flechas de unas aguas cristalinas.  
Brújula de ilusiones temerarias,  
imán de caravanas fugitivas  
que buscando el cristal de un riachuelo  
por la ruleta de tus riesgos giran,  
polo y constelación de la esperanza  
y latido y reloj de la agonía,  
perfidia de los áridos topacios  
que de húmedos zafiros se iluminan,  
lamento de la angustia sofocante  
y arrobador efluvio de la dicha,  
todo un prisma de bellas claridades  
coronado de rosas y de espinas.  
Y una sirena de cabellos de agua  
en su gruta de sedas submarinas  
brindando a los sedientos caminantes  
la guzla de un arroyo en la sonrisa.

## XII

Y oasis como sexos escondidos  
que el día enciende y la noche apaga.  
Y tu vientre moreno que se tersa  
alrededor de verdes columnatas.  
Y dunas como muslos que se agitan  
con un leve temblor de hocico y llama.  
A plena libertad de tu intemperie,  
en tu redonda intimidad dorada,  
tus órganos sexuales se descubren

y en tus arenas mismas se recatan.  
Por tu cruel solarío, los peligros  
cierran tu desnudez a la mirada,  
y las brújulas borran tus recintos  
y los dragones de la sed te guardan.  
Sólo a tu cuerpo mágico se acercan  
los diedros cautelosos de las jaimas,  
el viento que se abrasa en tus simunes  
y el ninfómano grito de las llamas.  
Y oasis como axilas que bostezan  
en un doliente hastío de esmeralda.  
Y dunas, como bíceps desafiantes,  
erguidos en defensa imaginaria.  
Y toda tu belleza inexpugnable  
es del león la miel en la garganta.

### XIII

Harén de tu arenal. Por todas partes  
de la sed se rehacen las murallas  
que ocultan sus anillos de serpiente,  
a nivel de tus pulsos derribadas.  
Harén de tu arenal. Perpetuamente,  
tus siemprevivas de cilicio irradian  
un oro transeúnte de leyendas,  
que sonriendo lunas y azafatas  
incuban un enjambre de gumías  
al pie de la quimera de un alcázar.  
Harén de tu arenal. Nadie se acerque  
a pisar tu belleza derramada,  
que dé tu rostro de pandero inmóvil  
el simún vengativo se levanta.  
Harén de tu arenal. Lluve topacios,  
amarillos de andar de llama en llama,  
anegando en almíbares flotantes  
de tu estío la aleve catarata.  
Harén de tu arenal. Todo está abierto;  
pero la muerte ronda tan cercana  
que las venas se duermen al arrullo  
que brota del aliento de sus brasas.  
Harén de tu arenal. Sobre dos tibias  
sus llaves de marfil están cruzadas.

### XIV

Llora la línea recta por tu vientre  
sin hallar de un refugio la acogida.  
Y es en vano que busques el secreto,  
recta de corazón, de tu agonía.  
Ni la distancia quiere hablar contigo

ni las dunas entienden tu sonrisa.  
Aquí es la curva la que dicta todo:  
el paisaje, los hombres, la armonía...  
Es curva la distancia que se aleja  
esquivando las dunas encendidas,  
y la ceja sutil del horizonte,  
y el cinturón estéril de tu dicha,  
y la guzla que mana en sus sonidos  
los labrados encajes de la ojiva,  
y el alfanje que tensa en entrecejo  
de tus grandes planicies amarillas,  
y la indolencia de pausados giros  
y las lunas en flor de las gumías.  
Todo, todo el desierto, que reptea  
como un estuche de doradas víboras,  
se levanta y se acuesta rodeado  
de manojos de curvas pensativas.

## XV

Que no busquen la sombra del desierto.  
Se la han bebido sus resecos labios,  
apurando su lámina hasta el fondo  
de sus enardecidos subterráneos.  
Que no te busquen, no, que no te busquen.  
La amarillenta sed de los topacios  
vislumbró un espejismo de humedades  
en tu grávido rostro de pantano.  
Fuiste sorbida, sí, fuiste sorbida  
de tu penumbra envuelta en el sudario.  
Yo vi cómo te hundías mansamente,  
desnuda, sin asirte a ningún árbol,  
y sin que nadie el duelo despidiera  
de las arenas por la asfixia abajo.

## XVI

También como los ríos te desbordas  
si los hornos al rojo de tus iras  
revientan tu caldera de simunes.  
Arde, entonces, el aire. Y la sonrisa  
blanda, perenne, moldeada en cera,  
oro dulce, aridez y lejanía,  
se alebresta, crepita y se retuerce,  
y rompiendo el dogal que la cautiva,  
se lanza en los aludes de las llamas,  
veloz en su ocasión de golondrina,  
a inflamar la llanura somnolienta  
y a desflorar sus lánguidas orillas.  
Y es la de San Quintín de las arenas



ardiendo Troyas y clavando espinas.  
Y todo tú te agolpas a tu cara  
congestionada al fuego de tu arcilla.  
Y tu cara es la clámide del llano,  
cañamazo de sedas fugitivas  
que resuelve los pliegues y bullones  
de sus raseras fraguas encendidas,  
buscándose la clave delirante  
con que abrir los costados de su enigma.  
Entonces son las olas desmandadas  
que danzan locamente sus esquinas.  
Entonces son las trombas que se entierran  
y exhuman en constante algarabía.  
Y entonces son los vuelos anulares  
aletazos de fiebre en tu mejilla.  
Son tus vuelos. El vuelo de la piedra  
que se agiganta del simún herida.

## XVII

En tu mundo no casan los objetos  
con el nido habitual de su tamaño.  
Tú ahílas los camellos y los hombres;  
el galope del viento y sus caballos;  
las gacelas, las nubes y el sollozo  
en tu convexo espejo esmerilado.  
Y tienen de los géiseres altivos  
el pensamiento de su vena en alto.  
Y sus postes se aguzan anhelantes  
como subidos en inmensos zancos  
que la distancia enturbia y emborriona  
vistiendo sus perfiles con andrajos.  
Aquí la luz se burla de los seres  
convirtiendo el acorde de sus rasgos  
en un montón difuso de aletones  
y rigidez de péndulo parado.  
Y es que tu afán de vuelo se deforma  
en un bosque de mástiles alados.

## XVIII

Y ni siquiera un árbol que te endulce  
con el turbante de su copa verde.  
Ni un fugaz pensamiento de neblina  
en la concha irredenta de tu frente.  
Ni un puñado de pájaros que latan  
una rosa de trinos por tus sienas.  
Ni en la babucha de tu pie moreno  
un ramito de hierba que te alegre.

Ni concibe el hervor de tus arenas  
el beso de diamantes de una fuente.  
Aquí todo es un fondo bizantino  
con sus reflejos áureos perennes,  
que no admite un agravio de colores  
a la nostalgia de un cariño ausente.  
Cariño de mezquita acongojada  
disuelta en el recuerdo de tus pliegues,  
y que aleja la miel sobre tus labios  
con su aurora de blancos alquiceles.

## XIX

Tú tienes un sentido religioso  
con tu casulla de dorados fuegos,  
postrado en oración de lejanías  
en la comba solemne de tu suelo.  
Yermo y ardiente como un alma en pena,  
sobrio y callado como un nazareno,  
ninguno tan humilde y tan asceta  
como el ángel caído del desierto.  
En un místico arrobamiento de armonías,  
apretado al sayal de tu silencio,  
los tardos girasoles de las horas  
se nutren con la savia de tu sueño.  
Tu libre soledad de anacoreta  
se recluye en un éxtasis eterno  
con ese medio tono arrodillado  
con que pulsa el olvido al movimiento.  
Pero esa soledad semisalvaje  
no conoce la nieve del invierno,  
ni las primaverales tentaciones,  
ni el llanto del otoño amarillento.  
Sólo el estío de crujientes rayos  
halla en tu desazón abrevadero  
para domar sus ímpetus de llama  
luchando con la arena cuerpo a cuerpo.  
Su dolor se levanta en tu retiro  
como una maldición de los infiernos,  
encendiendo tu hoguera de pasiones  
y avivando la tea del desvelo.  
Y suena como un órgano la duna  
cuando las manos ágiles del viento  
frunce de tu entrecejo la sonrisa  
que se allana en la cuenca de tu pecho.  
De hinojos a la sombra de tu muerte,  
con tu casulla de dorados fuegos,  
espera tu esperanza a que contigo  
entre volando por tu cielo adentro.

## XX

Tener la sed por límite rodante;  
castigar tu sopor con la fatiga  
de tus bélicos granos de mostaza,  
siempre en lentas andanzas fugitivas;  
uncirte a tu bregar de abejas locas  
que hundieron su estilete en tu mejilla,  
quedándose después recién clavadas  
con un temblor levisimo de espigas;  
emerger y borrarte a cada instante  
sin que tu faz traduzca la mentira  
de tu quietud aparente de astro muerto  
que se ciñe a tu órbita de vida  
y manar incansable por los bordes  
del párpado de sol que se perfila  
allá donde tu arena con el cielo  
se desposa, se funde y acaricia.  
Tu calma es todo eso: paradoja  
bordada en el cojín de una ironía:  
el movimiento que se piensa erizo  
y el reposo que quiere ser ardilla.

## XXI

Con empaque de hidalgo que bosteza  
en la panda llanura del hastío,  
el paso somnoliento del camello,  
tic tac de un desgarbado fatalismo,  
va midiendo las horas que se cuajan  
en el reloj de arena del camino.  
Lleva en sus ojos una estrella ciega  
y en la giba la duna del fastidio,  
y un sobrio campaneo indiferente  
de badajo en el cuello del destino.  
Rumiando de la sed la enjuta aulaga  
que crece en el picacho de sí mismo,  
más que el vivo esqueleto de una hoguera  
es la torre trunca del castillo  
que levantan los aires de la arena  
en su juego de naipes amarillos.  
Y eres un rey de espadas mendicante  
sin la espada pendiente de tu cinto.  
Un hidalgo arruinado que bosteza  
en la panda llanura del hastío.

## XXII

Vibrante como un toque de cornetas  
se levanta en el sol la lejanía.  
Y es un clarín de fuego todo el aire

y un grito de topacios las arcillas.  
Violencia de la luz que se desmanda  
en el pecho arenoso de tus iras.  
Quien se acerque a tu foco meridiano  
ha de llevar la noche en las pupilas.

### XXIII

Por ti el silencio es pájaro de olvido  
que en el treno que aduna tu calvario  
moduló de la sed la jaula viva,  
sus barrotes vertiendo por el llano.  
No se sale de ti, llega tan sólo  
hasta donde terminas con tus rasgos;  
ni un paso más allá, ciega obediencia  
de quien rompió la cuerda de su canto.  
De majestad se esponja tu ala hueca  
a pesar de tu acerbo celibato,  
y tu adustez madura se endurece  
como la sombra de un reloj parado.  
Caído en tierra, con las plumas rotas,  
sin presentir el brillo del asfalto,  
apenas si te mueven los caimanes  
en cuyos cerros de oro estás posado.  
Y tu cuerpo es la piel de las arenas,  
sueño de luz mollar de sus ojazos,  
que anidó su horizonte para siempre  
en la abierta fogata de sus párpados.  
El pájaro de olvido del silencio  
sufre aquí la condena del basalto.

### XXIV

Lejos de las banderas de jardines,  
de los puertos de sienas murmurantes,  
del hogar con alfombras y tapices,  
del vivo chapoteo de los mares,  
de las urbes que encauzan sus rumores  
por las venas abiertas de sus calles,  
del amor que florece los paseos,  
de los largos caminos ululantes;  
lejos del movimiento y las corbatas,  
de los cisnes, charoles y ramajes,  
te engolfas a dormir, acurrucado  
de tu silencio en el tendido jaique,  
con tu desolación de lunas rotas  
sobre tu seca esponja de arenales.  
Y lee en la palma del olvido  
tu destierro de pétalos y nácares  
sin ruinas, ni pendientes, ni arrolluelos,

sin vendimias, ajorcas, ni trigales.  
Tu destino de alteza desterrada  
a fuego se burila en tu semblante  
con luces y horizontes, resplandores  
libertos de los filos de un alfanje.  
Y entregas a la rosa de los vientos  
tu pobreza de tonos venerables,  
solo, sin que un pañuelo se sonría,  
en la hueca redoma de los aires.  
Solo con tu tristeza de ojos claros  
y un infuso dolor de pedernales,  
mientras arriba, en la brocal del cielo,  
juguetea los bólidos fugaces.

## XXV

En el rostro sañudo del desierto  
los oasis son grandes esmeraldas  
que engarzaron su bosque de fulgores  
en el anillo de un zodiaco en llamas.  
Atavismo racial con que la piedra  
solemniza los verdes que en su infancia  
tremolaron erguidos horizontes  
sobre las horas de pechera blanca.  
Reflejo que otros tiempos enquistaron  
en la gruta sensible de tus ramas,  
bien con estalactitas rumorosas,  
bien con estalagmitas de las algas.  
Y así la traición de tu ternura  
eterniza remotas resonancias  
de tierras que jugaron a ser mares  
y mares que jugaron a ser playas.  
Y son islas que emergen de la sed,  
al viento la melena desplegada,  
clavando los lunares de la vida  
sobre el lomo mortal del panorama.  
Panorama que encierra en su agonía  
un verde resonar de campanadas.

## XXVI

Mirando sobre el hombro de las dunas  
surge la cabellera de las palmas.  
Y su pregón riente se transmite,  
en el mensaje de la luz dorada,  
como un escalofrío de hojas verdes  
que ondulase las lentas caravanas.  
Atrás queda el tormento de las horas  
con la fiebre enconada de sus llagas,

el tambor de los soles redoblantes,  
la ventosa cruel de la añoranza,  
la sirena falaz del espejismo  
vestida con las gemas de un alcázar,  
toda la teoría de suplicios  
que se esconde la arena bajo el ala.  
En medio de la sed de la llanura  
el oasis es dulce vaso de agua.

## XXVII

Por tus agrios martirios errabundos  
también el goce tiene su morada.  
Se aposenta en el trino de verdura  
que alborea un repique de esmeralda,  
en la raíz profunda de tus pozos  
que ahondan el diamante de las aguas,  
en una tibia sombra de palmeras  
bajo los quitasoles de sus ramas,  
en los huecos de paz de los oasis  
abren en las arenas abrasadas,  
en el triunfo dorado de los mitos  
y las bocas murientes de las jaimas.  
Y en un júbilo tierno de indolencia  
cruza sobre un recuerdo Scherezade,  
con un cántaro lleno de leyendas  
y un yatagán dormido en la mirada.

## XXVIII

Tu corola de adelfas clandestinas,  
tus manzanillos de ternura falsa,  
sedifican tus quietas mansedumbres  
sobre el salto atigrado de tus llamas.  
No hay nada tan falaz como ese abrazo  
que entre sedas oculta su tenaza,  
como el vórtice rauda de traiciones  
que viste de la oveja el agua mansa,  
como ese medio tono arrodillado  
con que la guzla del tormento encanta.  
Y vas a la deriva de tu noche  
mintiendo una alegría de alborada.  
Pero todo es dogal de sombra y luto,  
pero todo es nadir de estrella amarga.  
Con la muerte en tu seno movedizo  
sólo retoñas la desesperanza.

## XXIX

Sólo puede brotar tu invernadero  
el dolor de una estéril llamarada.

Un violento dolor que se revuelca,  
quemado en tus praderas derribadas  
de fiebres de centauros zodiacales,  
de soles que fundieron sus entrañas.  
Y en sus cepos se tuestan impasibles  
tus ovarios salobres de sultana,  
la llama de tu voz, los sinapismos  
que avivan los torrentes de tus fraguas,  
los hornos de la asfixia y las serpientes  
que silban de la sed las oriflamas.  
Y ondean los trigales de tus luces  
su cosecha de inhóspitas bengalas,  
su frenesí de hierro enrojecido,  
su verano de mieses agostadas.  
Con tu suelo de arcilla irredimible  
y en tu rostro de puntas de pestaña,  
sólo puede brotar tu invernadero  
el dolor de una estéril llamarada.

## LA ARENA Y LA INTIMIDAD

### XXX

Te siento contra mí dándome vueltas,  
sitiado el corazón y la mirada.  
Y si agrios son tus sures, tus ponientes  
a mis trigos le muestran la guadaña.  
Y tus nortes son cepos y espejismos.  
Y tus estes, los filos de una espada.  
De lejos y de cerca, va la muerte  
noche y día tocando sus rondallas.  
Y arropas tus sigilos avizores  
en tus lentas enaguas de campana.  
Y escuchas de mis venas los latidos  
en tu sueño de inmensa telaraña.  
Y me rondan los corros de tus dunas.  
Y tus voces de alfanjes me amenazan.  
La rosa de tus puntos cardinales  
es un cerco de fosos y de lanzas.

### XXXI

Como minutos, sí, como minutos.  
Como latidos, sí, como latidos,  
tus granos —no, no son tus granos, no—  
pretenden adentrarse en mi recinto  
de venas, de ilusiones, de bengalas,

para hacerse un juguete con mi ritmo.  
Y te siento llegar desde muy lejos,  
descalzo, polvoriento peregrino,  
afilando tus besos de paloma  
contra la rueda de tu fatalismo,  
y esperarme después, acurrucado  
de mis islas ausentes en el quicio,  
para saltar sobre mis claras selvas,  
y secar el arrullo de mis nidos,  
y derretir su frente de esmeralda,  
y beberte las aguas de mis ríos.

### XXXII

Tú te entremetes por mi sangre adentro  
estrechando tu exilio contra el mío.  
Y me abrasa la sed de tus abrazos,  
aún estando a la sombra de mí mismo.  
Y pones en las cruces de mis días  
las pompas de jabón de tu espejismo.  
Y me hablan un lenguaje de ternura  
tus curvas inclinándose a mi oído.  
Toda tu cabellera se derrama  
en mi anterior desierto pensativo.  
Y siento que tu arena es ya mi arena,  
que van sobre los tuyos mis caminos,  
y que una luna llora en nuestro cielo  
dos vidas paralelas y un destino.

### XXXIII

Como en los duros fillos de un alfanje  
la duna desolada de mi cuerpo  
va hacinando el acervo de mi sangre  
al vaivén de la arena del recuerdo.  
La oigo en mí, latiendo con mis venas,  
afirmándose al árbol de mis huesos  
y batiendo la isla de nostalgia  
nafragada en la ola de mi pecho.  
Sus mínimas agujas impacientes  
van desde mi balcón a tu silencio  
y vienen de tu giba a mi llanura  
en un trajín constante de hormiguero.  
Y en tu éxodo de granos lacerantes  
confundes con el mío tu desierto  
y te echas a dormir sobre mi angustia  
cual si estuvieses en tu propio lecho.  
Y pasas de ti a mí tu poderío  
haciéndome acerico de tus juegos.



#### XXXIV

Al pie de los regatos de las horas  
vivaquean tus soles de magnesio  
y saltan a mis huecas soledades  
retorciendo serpientes y sarmientos.  
Una brizna de acíbar fue bastante  
para agostar mis pámpanos risueños  
y calzar mis planicies interiores  
en la tórrida horma de tu fuego.  
Mi sien es vibración de tus hogueras  
y tu hoguera de sed, mi desaliento.  
Y por ti se levantan mis mañanas  
y por mí merodean tus camellos.  
Vamos del uno al otro mutuamente  
trasegando el recíproco deseo  
de amanecer un día en los armiños  
que desnudan un témpano de hielo.  
Y en mi hamaca se tiende tu indolencia  
y en tu espera se anula mi tormento.  
Y somos dos pisadas superpuestas  
en la cinta de un único sendero.

#### XXXV

Ya no sé si mis horas son las tuyas,  
si es el tuyo o el mío este desvelo,  
si el corazón me late en las arenas  
o si es la arena voz del pensamiento.  
Si me doy a tu abrazo no me hallo,  
si me busco en mí mismo no me encuentro.  
Y estoy entre tu alfanje y mi garganta  
en un aire sin alas prisionero.  
En esta encrucijada de ponientes  
mis límites por ti cruzan abiertos,  
y mis sures desaguan en tus nortes  
y en tus nortes se apagan los luceros.  
Y no saber dónde mi mar comienza  
ni dónde se termina tu desierto.

#### XXXVI

Tú siempre en tu apogeo luminoso  
y yo siempre en la cueva de un eclipse.  
Tú, en un pleno de graves girasoles;  
yo, en la pregunta alígera de un cisne.  
En tu rostro descansa permanente  
la catalepsia de oro de una esfinge;  
en el mío, una alondra de ternura  
bisela el serpentín de sus perfiles.  
Tu intimidad se aleja de la mía...

Ambas tienen un hueco inteligible  
a pesar de vivir puerta con puerta  
y de rodar tu luz por mis declives.  
Y es que allá, en tu horizonte de ola muerta,  
tu soledad desborda tus aljibes,  
y dentro, en las espumas del recuerdo,  
una mano lejana me sonríe.

### XXXVII

Pero también hay brazos que sonríen  
allá, por tus nidales de hojas verdes,  
palpitándote frescas esmeraldas  
en el yunque emotivo de las sienas.  
No es todo en ti vibrante lejanía  
ni parva arrebatada con tus mieses,  
que gráciles neuronas de ternura  
agitan abanicos en tu frente.  
Sus velas de molinos oficiantes  
harinan el calor de tus ponientes,  
abren a la esperanza ventanales  
y las arenas del desierto muelen.  
Es el fuego, la sal y el agua dulce  
que a la violencia circundante ofrece  
el salvaje mesón de los oasis,  
recóndito en la taza de su fuente.  
Y sus manos se alargan y acarician,  
siempre joviales, sonriendo siempre,  
clavando la bandera de su bosque  
en las raíces de tu sed perenne.  
Tú también, como yo, en la lejanía,  
ante un ala de raso te conmueves.

### XXXVIII

Porque te escucho, tibio, en mis umbrales  
mirándome a los ojos fijamente;  
porque sigues mis pasos gota a gota  
degollando a los míos tus lebreles;  
porque sangra añoranzas familiares  
un jirón de mi vida entre tus dientes;  
porque soy el granito más amargo  
de todos los que brillan en tus sienas;  
porque tengo la voz sobre tus ascuas  
y mi estrella descalza hacia tu oriente;  
porque soy una sombra de ti mismo,  
la fogarada de la sed me enciende  
los campos y las venas que me sondan  
las ciudades, los ríos y los puentes.

## XXXIX

Por su esfera sin números ni horario  
el estío circuye tu corola  
y mi cuerda de sangre va cosiendo  
a tu mudez mis golondrinas rotas.  
Ellas, luego, de vuelta, me repiten  
las campanas ardientes de las horas,  
y tus rítmicas aspas me voltean  
y en mi frontón tu soledad rebota.  
Me las oigo crujir celdas abajo,  
remontar los pinares de mis lomas  
y caer como piedras en un lago,  
despertando en mi azul saladas ondas.  
Las oigo, sí, las oigo en mi silencio  
dilatar sus redondas caracolas,  
buscando unas cortinas que me llueven  
los húmedos cabellos de una aurora.  
Y se vuelven a ti como llegaron,  
pensativas, sedientas amazonas,  
con las manos vacías crepitando  
el gesto de sus cardos en derrota.  
No son iguales, no, no son iguales  
las golondrinas rotas de las horas.

## XL

En tu reloj de arena y mi clepsidra  
tu imagen con la mía se desposa,  
y por cada segundo de tus tildes  
tiembla el idilio claro de mis gotas.  
Pero tú te has bebido con sus picos  
los pulsos de cristal de mi redoma,  
y en vez de sus diamantes me has dejado  
el vendaval de sed de tus esponjas.  
Ya soy igual que tú. Mis arboledas  
perdieron de su clámide la sombra,  
y en mis fondos, gemelos de los tuyos,  
se apagaron los iris de las conchas.  
Yacen petrificados tus amores  
en la forma sin agua de una ola,  
y en el negro subsuelo de mi cripta  
hay fósiles recuerdos que me lloran.  
El árido reloj de tus arenas  
y los buitres rapaces de tus horas  
vaciaron gota a gota mi clepsidra  
y le abrieron el pecho a mis palomas.  
Desde entonces enlutan su perfume  
las niágaras audaces de mis rosas

y. se alzaron las dunas que el desierto  
en mi desnuda intimidad prolonga.  
Y soy igual que tú: fosca planicie  
despojada de enjambres y de aromas.

### XLI

Cribado por las púas del destino  
soy una aguda espina entre tus zarpas  
que por la carne adentro de tus soles  
hinca el leve agujijón de la nostalgia.  
Nada importa que vibre en tu remanso  
mi flecha de cristal recién clavada;  
indiferente, sordo, mi agonía  
es un granito más en tus espaldas.  
Y aunque sientes cruzar a todas horas  
por el redondo cauce de tus llamas  
las ágiles gacelas de la ausencia  
y el grito desgarrante de la aulaga,  
tu corazón quemado no responde  
ni al verdoso latido de una planta,  
ni al látigo que silbe sus serpientes,  
ni a la mano que lllore de añoranzas.  
Y es que todo lo miras con los ojos  
de la piedra yacente de una estatua.

### XLII

Este paisaje duele en la mirada  
un agravio de vidrios y cauterios.  
Nadie lo arrullará. Ninguna boca  
le ha de brindar un vértigo de besos.  
Todos se alejarán de su melena  
rugiente de leones y de fuegos.  
Sólo hubo un mar, huido de tus conchas,  
que aún transita las sales del recuerdo,  
sales que son cadáveres de espumas,  
sarcófago salobre de un mar muerto.  
Sólo ese mar y yo: dos soledades  
en el túmulo blando del silencio,  
que atadas al grillete de tus dunas  
velamos tu crisol en cautiverio.  
Sólo ese mar y yo, llanto y espina  
que tatuara el dolor sobre tu pecho.

### XLIII

Con las hoces agudas de tus luces  
has talado la sombra de mi selva,  
y es toda mi riqueza este calvero

donde el rostro de un sol relampaguea.  
Mudas están las fuentes de mis ríos,  
secas están las redes de mis venas,  
y por tu ala de bronce derretido  
las rubias mariposas de la ausencia  
han quemado su vuelo a contratiempo  
en la derrota de tus curvas ciegas.  
Todo lo arrasas con las avenidas  
luminosas que inundan tus arenas.  
Pero algo quedará. Queda mi sueño  
abierto en el atril de tus hogueras,  
inasible cucaña de tus iras,  
altísima y azul luna lunera.  
Y será inexpugnable a tus volcanes  
mi caracol de blancas primaveras.

#### XLIV

Golpeas de tal modo mi horizonte  
que me amellas los filos de la vida.  
Me persiguen tus dardos insistentes,  
de tu arena me acosan las jaurías.  
Y no hay en mí refugio ni morada  
que a tu inquietud de azogue se resista.  
Todo el yo me descubre tu presencia  
sin perdonar cairel, fleco ni guiya.  
Revuelves la madeja del lamento,  
el estuche que guarda las caricias,  
la cola de cristal de mis sirenas,  
la yedra y los lagartos de mis ruinas,  
los zodiácos de signos familiares  
y el contorno silbado de mis islas.  
Todo me desordenas y recorres  
en tu afán de encontrar las orillas.  
Y me cambias a veces una arteria  
dejando en su lugar una gumía.

#### XLV

He sentido tu sed contra mi boca  
y pisar en mi sangre tus camellos.  
Tenía aún echadas las persianas  
sobre el canto de gallo de mi sueño.  
Me estabas esperando, como siempre,  
a la entrada del día por mi cuerpo,  
con todas tus lejanas soledades  
próximas al estuario de mi lecho.  
Tus granitos de arena se acogían  
a la mata de sombra de mi pelo,  
tentaban de mis ojos las pestañas

y subían al globo de mi pecho.  
Íntimo, pequeñito, enarenado,  
alfombra de infantiles balbucesos,  
tenías ese aire de ternura  
que amansa las pupilas de los perros.  
Eras otro distinto, rezumante  
de savias dulces e inefables cielos.  
Y apretando tu sed contra mi boca  
y pisando mi sangre tus camellos,  
lanzándote a tu hogar de lejanías,  
recobraste tu tono de desierto.

#### XLVI

Con la sábana de tu olvido al hombro  
y en los labios tu vaso de cicuta,  
filtras por los canales de mis venas  
las raíces del árbol de la angustia.  
Nacen de ti, de los silencios hondos  
que contienen estanques de amargura.  
Parten de ti, de las serpientes vivas  
que sus colas reptean en tus curvas.  
Y subiendo por tallos espinosos  
derraman en mi cáliz de penumbras  
de tu calvario la encendida arena  
y de tu estío las violentas frutas.  
Y queda mi avidéz entre los foscos  
surtidores de llamas de las dunas,  
más topacio de sed que los topacios  
que amarillan la sed de la llanura.

#### XLVII

A pesar de tu gesto pensativo  
tu rugir es de tigres y leones.  
Y arrugas tu entrecejo de simunes  
aun cuando en un desmayo te acomodes.  
En el severo mármol del reposo  
tensas la aguda orquesta de tus soles  
y ocultas la ponzoña de tus garras  
en la jofaina llena de tus cobres.  
Nadie fíe su paso a la terneza  
que incitan tus dormidos horizontes:  
dentro del laberinto de tus dunas  
se extravían los sures y los nortes.  
Que nadie juegue, no, que nadie juegue  
en tu ruleta el querubín de un goce,  
que a pesar de tu gesto pensativo  
tu rugir es de tigres y leones.

## XLVIII

La rosa de los puntos cardinales  
pierde aquí su trinar de direcciones  
y una sed que a sí misma se devora  
ha usurpado del tiempo los relojes.  
Es ella la que mide y la que tasa  
agonías, minutos, corazones...  
Y no late, ni avanza, ni transcurre,  
coagulada en su avidez insomne.  
Es ella la que agosta tus estiajes,  
la que seca el jardín de los colores,  
la que con su odio a muerte martiriza  
avestruces, miradas y horizontes.  
Y se tiende en los anchos de tu arena  
su ventosa insaciable, su deforme  
mezcla de esclavitud y desasosiego,  
clueca que incuba paíros de crisoles.  
Tú deshojas la rosa de los vientos  
preguntando a sus pétalos enormes.  
Pero no te dirá, no dirá nunca  
dónde los ríos su secreto esconden.  
Y has de morir quemada por ti misma,  
sin encontrar de la frescura el norte,  
en esa hora eterna de suplicios  
que no marca el tic tac de los relojes.

## XLIX

Por cruzar tus flamígeros cilicios  
mis pájaros del alba ya están ciegos;  
son un canto de arena, son los granos  
que cubren la extensión de mi desierto.  
Tan hondo me has calado sin sentirte  
que a la voz de tu sed responde mi eco,  
y son tuyas mis cámaras vitales  
y tuyos son los bordes del lamento.  
Nada resta de mí. Tus pedernales  
tomaron posesión de mis viñedos,  
y con tu angustia y con la mía al hombro  
multiplico por ti mi desaliento.  
Te has ensanchado, sí, te has ensanchado  
por los bosques y mares de mi anhelo.  
Y llegan tus orillas por mis lares  
más allá del nacer del pensamiento.  
Te has ensanchado, sí, te has ensanchado  
al dilatar mi llanto tu desierto.

# HOMBROS DE AUSENCIA

[1942-1944]





*Este cuadernillo poético se desliza por la misma línea, desde el punto de vista tectónico, de Transparencias fugadas. Pero la génesis de ambos poemas ha seguido un camino inverso. En Transparencias fugadas se descendió de lo abstracto a lo concreto. Partiendo de una vivencia intelectualista, de la capacidad cósmica de juego, del placer de gozar la propia aventura en el ámbito de sí mismo, fue objetivada esa pura sed metafísica en el aire en movimiento, en un como anhelo jubiloso de recorrerse en volandas. El aire, allí, se humanizó levemente, a la manera de un intelecto, en la medida que recuerda el mar el rumor de una caracola.*

*Hombros de ausencia, por el contrario, no fue amadrinado por ninguna preocupación de índole intelectual. En la fuerza humana del sentimiento tuvo su arranque, si bien, para contener el desequilibrio que produce su suelta potencia avasalladora, ha sido tamizado de centelleos excesivos. Ha ascendido, pues, de lo concreto a lo abstracto. A pesar de ello, no deben ser consideradas ninguna de las variaciones del poema, ninguno de sus tiempos líricos, como un paisaje de abstracción, sino, todo lo más, como análisis espectral de la ausencia. El rumor de la sangre nunca deja de darle sombra y lo que pudiera parecer en él evasión no es evasión pura: es sólo uno de los rasgos individuales de la ausencia, expresión de su propia naturaleza, reflejo de su materia de lejanías.*

*El poema se cristalizó en endecasílabos, no por un intento de restauración formal clásica, ni por una de esas falsificaciones neoclasicistas. Tampoco por considerar el endecasílabo, que es verso que siempre viste de frac, en función de su destino anímico, expresivo de determinados caracteres poemáticos. Ni, análogamente fueron tenidos en cuenta*

*su severidad, su elegancia ni su ponderado empaque, los cuales no dejan espacio al quiebro y malabarismo acrobáticos del octosílabo ni al fatigoso jadeo del alejandrino. Surgió, por tanto, el endecasílabo como cauce natural que condujese el agua de río de este poema. En una identidad de rostro y espejo. Como dos amantes en su noche de bodas.*

Isla de Tenerife, 3 de julio de 1946.

P. G. C.

## I

Por largos corredores extasiados,  
por abiertos silencios y escaleras  
de caracol girando sin destino,  
doy con la frente de aire de la ausencia  
en el dormido rostro de un espejo.  
Se destensa el cristal viendo mis sienes  
y equilibra, en su fondo, agua que piensa  
en la azogada infancia de los ríos.  
Y su amarra soltando transparente,  
en baja voz, con húmeda palabra,  
desangrado de todo movimiento,  
más objetivo que una corza herida,  
transcurre por los ojos de mis puentes  
como la vena líquida del tiempo.

## II

Me incorporé en la voz de un aire vago  
y abrí, de par en par, sueños, cristales,  
puertas, venas y márgenes oscuras.  
(La hora, con neblina, y el momento,  
perdido en un espacio de nostalgia).  
Me hablaba desde un ámbito de nadie.  
Tan sólo yo y mi sombra, pensativos,  
rodábamos la bola de la ausencia  
por la rampa sin eco de la nieve.  
Y al retornar con mi silencio a cuestras  
fui dejando entreabierta en mis umbrales  
la mitad de mi sombra, por si acaso  
quisiera el sueño vivo de mi cuerpo  
huirse de sus valles interiores.

### III

Me hallaba recorriendo mis paisajes  
con un rumor de conchas en las manos.  
Tenía paz de mármol en la frente  
y anchas voces de amor en las riberas.  
Me llamaban por tardes de heliotropo,  
por ciudades perdidas en la niebla,  
campo de té y pájaros dormidos.  
Y escalé mis castillos en el aire,  
descendí amaneceres y colinas  
y liberté de su cintura helada  
el ceñidor de piedra de una fuente.  
Pero ¿qué cosa continuaba en vilo?  
¿Qué sueño espoleaba mi ternura  
para oírla llamándome cercana  
desde selvas, distancias y caminos?  
Y proseguí corriendo enajenado  
detrás de aquella voz de caracola,  
de gacela translúcida en llanura.  
Cuando al volver un íntimo recodo,  
me encontré con la curva de la ausencia  
en los hombros desiertos de la nieve.

### IV

Dentro las lontananzas de mis ojos,  
en un alba de plumas transparentes,  
navegaban los cisnes de la ausencia.  
Han debido doblar la fresca noche  
de las curvas de río de tus sienes,  
los amarillos párpados del día  
y los rosados músculos que ensayan  
translucirse en el gesto fugitivo  
de las vivientes ráfagas de aire.  
Habrán dejado atrás sangres dormidas,  
voces descalzas, álamos con frío  
y el medio caracol de tus ojeras.  
Y acaso sus silencios espectrales  
fueran tan sólo sólidos recuerdos  
que al saltar de tus hombros a los míos  
volvían nuevamente a tus orillas,  
maduras ya de blancas soledades.

### V

No es florida esta ausencia. Tiene un como  
sueño diferencial de alta ternura

que se acantila en témpanos de hielo.  
Pero se me entra tan adentro, tanta  
dura muralla en mi interior derriba,  
tan a lo vivo me destila todas  
las trincheras de sombra que me envuelven,  
tan fluido naciéndose me nazco,  
que ya soy una circular vidriera  
que se levanta en vilo, que trasmina  
un transparente vaho de dulzura,  
como si el cuerpo mío se soñara  
dócil columna de cristal de roca.

*14 de junio de 1942*

## VI

Te has ido sin llegar. Y yo, contigo,  
burlando mis aduanas verticales,  
me he marchado sin irme. Lentas horas  
afluyén su cristal contra mi frente.  
Por ella rueda el tren que te ha traído  
y organiza el paisaje caravanas  
de llanuras y valles desmandados.  
Me siento resonar en lejanías  
que te acompañan sin abandonarme,  
que no salen de mí y están muy lejos,  
que, atándome a tus fugas, encadenan  
la íntima evasión de mis costados.  
Y en la última gruta de mí mismo,  
alguien que me conoce gota a gota,  
—amigo predilecto de mi sangre—  
por altos logaritmos de ternura  
y en sólidos baluartes ulteriores,  
me vive este momento en otra parte.

*20 de junio de 1942*

## VII

Ya todo estaba en orden. Cada sueño  
en su exacto lugar. Cada quimera  
en su blanco tabor de porcelana.  
Puestos en fila india los minutos,  
con su número al hombro los instantes,  
limpias de niebla las escalinatas.  
Y tu ojera en la tarde. Y las canciones  
durmiendo su espiral en los gramófonos.  
E inventariadas las melancolías.

Y en un remoto embalse las noltalgias.  
Y cuando reposaba en equilibrio  
a la sombra mental de mis basaltos,  
un recuerdo moviéndose en voz baja  
objetivó mis líquidas ausencias  
en un precipitado de cristales.

*24 de junio de 1942*

## VIII

De elásticas paredes interiores  
cuelga el reloj parado de la ausencia.  
Tengo en la mano todos los minutos  
que me llegan de ti. Yacen, vacíos,  
sus leves trajecitos estelares,  
las blancas zapatillas con que suelen  
andar y desandar mis laberintos,  
su mudo gesto de algodón en rama,  
la gota de su historia, su cernida  
y como inmóvil voluntad de lluvia,  
los diminutos glóbulos de nieve  
donde corporeizaron sus latidos;  
todos ellos iguales, asilados,  
con tal ingravidez de aisladores  
como si en sus entrañas incubasen  
mínimas pajaritas de papel.  
Y al poner en mi hora los silencios  
y dar su campanada mis confines  
salen todos buscando por las selvas  
la clara urna de cristal del tiempo.  
Pero nunca podrán reconocerla  
porque nunca sabrán que se ha llenado  
con la voz de mis propias lejanías.

## IX

Saliéndome por pórticos dormidos  
vuelvo a mi oscuro punto de partida.  
Pero aunque quieran impedirme el paso  
obstáculos de huidas esperanzas,  
aunque me desordenen espesuras  
y se crucen de brazos mis caminos,  
a pesar de la bruma de los sueños,  
saltando de tu voz a mis costados  
ganaré mis planicies interiores,  
leve de sombra y alto de alegría.

Y desde sus colgantes atalayas  
divisaré a lo lejos de mí mismo  
las pensativas islas del recuerdo  
por el mar inclinado de la ausencia.  
Entonces ya podré sin extraviarme  
con los ojos vendados recorrerme.  
Y en todas partes te hallaré conmigo,  
oh dulce caracola que me fluyes  
la fiel intimidad de la distancia.

*2 de julio de 1942*

## X

La noche se tendía en tu llanura.  
Y era una inmensa rueda de molino  
molturando los granos de mis islas  
tostadas en el fuego de un domingo.  
Tú tenías un sueño entre las manos  
y una paloma blanca en tu designio:  
paloma que arrullaba mi recuerdo  
y sueño que prestábale su nido.  
Te oías mi presencia tan cerquita  
como una caracola en los oídos.  
Y era el frufrú de tu amistad de seda  
pasando y repasando por mis vidrios,  
a cuestras con su harina de ternura  
y los íntimos odres de sus vinos.

## XI

Tú estabas entre músicas y trajes  
definida en tu fuga y en tus gestos;  
mitad por la planicie de la ausencia,  
mitad por las vertientes de tu cuerpo.  
Mas nadie presentía que yo estaba  
bajo el arco de río de tus sienas,  
ni en el quicio gentil de tu palabra,  
ni en la viva cornisa de tu frente.  
Nadie lo presentía. Y sin embargo  
tu amistad se miraba en mis espejos.  
Y de su mate surtidor brotaron  
los chorros de distancia del recuerdo.



## XII

Me reconozco en esta niebla pura  
más que en mí mismo. Su ovejita blanca  
tiene franquicia para andar mis horas,  
para pensar conmigo tus mesetas,  
para leer en ellas tu alto gozo  
con un vocabulario de molinos.  
Me siento en tu llanura interpretado  
desde la vena última hasta el río  
que cruza bajo el puente de tus ojos.  
Y en esa niebla pura de la ausencia  
vive tu voz, su polen de ternura,  
como bajo una tienda de campaña.  
Y todo yo, contigo, me distancio  
sin echarme de menos. Me trasiego  
a climas hondos que hacia ti me acercan,  
quedándome insinuado solamente  
en la verdad del cuerpo que me anima.

*5 de julio de 1942*

## XIII

Siempre me está rompiendo despedidas  
la ampolla de cristal de la distancia.  
Me fluye sin cesar, me desordena  
en una emigración de claraboyas.  
Se me alejan la frente, los minutos,  
el leve percutor de los latidos,  
mi amistad con barrancos y piteras,  
la historia de mi voz, tus arcoiris,  
y la presión azul de la ternura  
al nivel de tus mares transeúntes.  
Siempre en el istmo de las fugas mías,  
entre el cuerpo cautivo en que me busco  
y el continente alado en que me pierdo.  
Y apenas queda en mí cosa distinta  
que un simulacro vertical de ausencia.

*9 de julio de 1942*

## XIV

He dejado al arbitrio este recuerdo  
traspasar mi dintel. Yo no sabía  
—lo juro por el trébol de seis hojas

y la diáfana cebra de la lluvia,  
lo prometo también por la memoria  
que de tu voz tendrán los manantiales—  
que el recuerdo es la frente del olvido  
y mi frente el espejo de la ausencia.

*9 de julio de 1942*

## XV

No queráis encontrarme. Será inútil  
abrir los campos, registrar las leguas,  
volver los horizontes de costado.  
Ni tú siquiera, frente de arroyuelo,  
que hasta logras plasmar a la carrera  
la desnudez impersonal del viento,  
podrías conseguir imaginarme  
en la fórmula mágica del agua.  
No investiguéis el curso de las venas,  
la noche de las cajas de caudales,  
la blanca mariposa de la nieve,  
ni el caracol estéril del suspiro.  
No me busquéis ahora: será inútil.  
Pasaríais sin verme ni escucharme.  
Estoy dentro de mí, pero tan lejos  
que hasta ya de mi nombre me he olvidado.

*13 de julio de 1942*

## XVI

He puesto mi silencio a medianoche  
y en el balcón a refrescar las sienas.  
Apagué las nostalgias, las ideas,  
los últimos visillos interiores.  
Todo quedó cerrado: mi alta vena  
con que salta a la comba la alegría,  
la cenital vidriera de los mares,  
los sótanos del llanto y la penumbra,  
la porcelana ausente del recuerdo.  
No se oía ni el eco de la sombra.  
Tan sólo conservaba su albedrío  
el seno flotador de la dulzura.  
Y ahora, en el capullo del reposo,  
un frígido reborde se soslaya  
a flor de nieve, a lontanar de ausencia  
como si la cantera de la noche  
la vetease el mármol de una voz.

*17 de julio de 1942*

## XVII

Llevo leguas buscándome y hundiendo  
las manos en el pecho de los ríos  
sin encontrar la gota en que pudiera  
hallarse mi presencia abandonada.  
Tengo ya los barrancos aprendidos,  
mullida la memoria de los trenes,  
rotas de tanto andar las lejanías.  
Y en todas partes doy con el vacío.  
Todo fue por seguirte en los carbones  
de los cantos rodados de las horas.  
Y ahora, han sido tantos los silencios  
que he cruzado en voz baja, tantas letras  
de viejos silabarios han mentido  
sirenas, tantas noches desplegaron  
murciélagos de insomnio en mis vigili-  
as, que ya no sé en qué sueño me he dejado  
el santo y seña para dar conmigo.

*18 de octubre de 1942*

## XVIII

He tallado en tus mármoles lejanos  
la fina soledad de mis palabras.  
Y una mental arquitectura en vuelo  
motiva su oleada transparente.  
Si pienso, te edifico. No en la línea  
que te detiene al borde de tus nardos.  
Sino en la vaga ondulación perdida  
más allá de la brecha de tu frente.  
Ámbito que no admite exploradores,  
sin aire azul, de ingenuas hondonadas,  
geografía virgen que preludia  
el fondo de silencio de los lagos.  
De ahí me llega toda esta palabra,  
aún en boreales inocencias  
y sin abrir los ojos todavía.  
Palabras que me dejan al oído  
un delgado rumor de caracola.  
Con ellas te edifico si te pienso  
esculpida en mis mármoles ausentes.

*26 de octubre de 1942*

## XIX

Como tú, libertad, oh ausencia mía,  
juegas en mis trapecios de colores.  
Yo, tu circo, tus gradas expectantes,  
tu naípe al alimón, tu anillo al dedo.  
Me haces de cada músculo un camino  
para lograr, altísima, mis sienes,  
tú que tan honda, hondísima, entreabres  
el alfa de tu vuelo en mis raíces.  
Y al ascender calzadas interiores  
hasta el nido de águila del gozo,  
le das un doble eje a cada día,  
médula virgen, torre de homenaje,  
donde tú, libertad, velas las armas  
que nunca te han de herir, oh ausencia mía.  
Tan al pie de mi voz tu sombra nace.

*29 de octubre de 1942*

## XX

Sin saber por qué rampas imposibles,  
astrónomo caudal de mis espacios,  
me hallo ahora en las torres de mis sienes.  
Una tal soledad de verticales  
me traspasa a cuchillo lontananzas,  
hombros de amor, redondos como lluvias,  
lirios de sombra y ángulos descalzos.  
Detrás de la mirada pensativa,  
ojos de estatua, blancas oquedades  
le pisan los talones al silencio.  
¡Cuánta lisa pared! ¡Qué despoblado  
rostro de esfinge y diáfana amargura!  
Sólo cuando —nostalgia de mis venas—  
de nuevo concerté la paz conmigo,  
tu recuerdo de fresa patinaba  
en los fríos glaciares de la ausencia,  
casi al alcance de mis propias manos.

*14 de abril de 1943*

## XXI

Pasaron las gacelas de la brisa  
con tu dulce recuerdo en el costado.  
Se durmieron, entonces, los arroyos.

Ocultó el caracol sus cuernecillos.  
Pararon su reloj los girasoles.  
Cerró los ojos graves el lagarto.  
E inclinó su cabeza la azucena  
sobre la mano abierta de su aroma.  
Y fue todo tan blanco, tan corola  
de paz, tan porcelana sensitiva,  
que del capullo inmóvil del silencio  
surgió la mariposa de la ausencia.

*17 de abril de 1943*

## XXII

Descortezando tu aventura, noche  
blanca interior, alcánzome en la alondra  
que te vive mi sueño, más dormida  
que la obsesión de alberca de una espalda.  
Fuera de ti, las nieblas, las penumbras  
de anegadas orillas, los silencios  
del austral continente del olvido.  
Dentro de ti, la corza de la ausencia  
al pie del arcoiris del recuerdo,  
el ademán que filtra la nostalgia  
sobre el largo sollozo de las sombras  
y tus hombros, al paio de mi frente,  
con todos sus armiños desplegados.  
Noche blanca interior, amiga mía,  
escaladora de mis altas sienas,  
para que sea yo tu propia luna  
cierra mis valles y ábreme tus lirios.

*26 de junio de 1943*

## XXIII

Este silencio cósmico que ahora  
afila en las estrellas mi garganta;  
estas lomas redondas que me alejan  
dentro de un frío corazón inmenso;  
este cristal sin fin; estas llanuras  
que me vuelan sin irme y sin traerme;  
esta fuga total, ya desprendido,  
liberto de mi sangre, sin que el eco  
del sueño de una sombra me recuerde  
que he tenido dos manos, que he cruzado  
a cuestras con mi voz y mis esquiés

por la leve cornisa de los vientos,  
jinete ya de soledades puras,  
me han dejado tan sólo por fronteras  
esas profundas bocanadas de aire  
que duermen en su fondo los espejos.

*27 de junio de 1943*

#### XXIV

Con el tiempo embalsado y la distancia  
a flor de labio y corazón de ausencia,  
girándome en un rol de soledades,  
doy vuelta a los basaltos del recuerdo,  
a las finas palabras de la lluvia,  
a tu amistad de río y sombra verde,  
al ecuador que arrulla tu cintura.  
Y mientras que me iba descubriendo  
en nuevas lontananzas pensativas,  
desde el extremo ausente de mí mismo  
alguien rompió a cantar islas y mares.

*27 de junio de 1943*

#### XXV

Arde ahora en su lámpara el recuerdo.  
En la frágil blancura de la llama  
se me ponen de pie nardos y armiños,  
copos de nieve y hojas de ternura.  
Oigo transparentarse los confines  
de tu voz, y tus manos, y tu gesto,  
y aún el caracol de la nostalgia  
en el aire parado de la ausencia.  
Me afirmaba el vacío. Me poblaban  
la auroral desnudez de los mosaicos,  
la forma de tu lira abandonada,  
la conciencia de mármol del silencio,  
todo el mate blancor de soledades  
que el lago azul de la distancia hiela.  
Pero aunque sólo nadie esté conmigo,  
¡es tan alegre ver caer la nieve!

*4 de julio de 1943*

## XXVI

Me soñabas arroyo de tu frente,  
corriendo por la margen de la ausencia  
en torno a tus vocablos pensativos.  
Me dijo un árbol: ¡párate! —y seguía  
por la ternura abajo de las aguas.  
Unos caminos exclamaron: llévanos  
hasta la gota última a que llegues.  
Y a todo prefería mi espejismo  
de blanco caracol desanudado.  
Pero te levantaste de puntillas  
para poner un girasol en horas,  
y entonces, por el cauce de tu brazo,  
me subí hasta las puntas de tus dedos.

*14 de noviembre de 1943*

## XXVII

Nada queda de ti que viva lejos  
de mi amistad de loto, en el estanque  
donde te orillas diáfanas vertientes.  
Tus millas de aire blanco, tus palabras  
de élitros verdes, tu interior de vino,  
tu delantal de espumas sensitivas,  
las inmóviles aspas de tus brazos,  
todo me gira alrededor sin verlo  
y a punto de nacerseme en los ojos  
de una mañana azul, que te debele  
nieblas, que asuma tus seguros gestos,  
que te desnuden la veloz distancia,  
y me dejen tendido en tu meseta  
con una corza suelta por mi sueño.  
Pero aún los relojes de las fuentes  
siguen corriendo, sin marcar la hora  
de entrelazar mi soledad contigo.

*4 de febrero de 1944*

## XXVIII

Es dura esta esperanza de que al verte  
seguirás siendo ausencia. Para entonces  
retornaré a buscar en la penumbra  
la que ahora refluyes del silencio.  
Te alzarás desde el fondo de mis ojos

en un esbelto surtidor de nardos;  
tendrás un corolario de promesas  
y un silogismo de cristal de roca;  
pasarás por el arco de ti misma  
oyéndote reír a ruiseñores;  
pero siempre serás la resonancia  
de un dédalo de sombras casi vivas,  
de un artesiano pozo de ternura,  
bajo la llave echada de mi cuerpo.  
Y acaso habrán de ser mis propias alas  
—blancas de introspectivas evasiones—  
las que ya, por los siglos de tus hombros,  
se hayan de florecer en los almendros  
de todas las futuras primaveras.

*7 de febrero de 1944*





# VIAJE AL INTERIOR DE TU VOZ

POEMA DE LA AMISTAD

[1944-1946]



## PRIMERA JORNADA

### SITUACIÓN Y ELEMENTOS DE UN PAISAJE EMOCIONAL

Voy ahora camino de mis venas  
con la sonrisa al hombro. Me precede  
una senda de nardos bemoledos,  
eje de rotación de estas planicies  
bordadas con un sueño de gacelas  
a orillas de un estanque pensativo.  
Sus frentes de cristal son como espejos  
que idean mis trigales interiores  
ondularse en un viso de amapolas,  
que miran la manzana del afecto  
dividirse en dos cúpulas gemelas  
en las sienes de un búcaro de mares.  
Desde las altas cimas de los riesgos  
contemplo las acequias de mis lavas  
divagando coágulos de angustia  
entre bosques de estatuas derruidas  
por los valles timbrados con el silbo  
del largo adiós de una vigilia en marcha.  
Si no te presintiera, cuerpo mío,  
sostén de mi corona de eminencias,  
espacio de estas ráfagas insomnes  
ajustadas a un vuelo de icebergs,  
pájaro de mi voz, zodiaco abierto  
de mi espectro vital, me creería  
cráter lunar o pozo abandonado  
incubador de larvas de ciclones.



Brizas sobre estas rocas inasibles,  
me planean policromos recuerdos  
en sus abstractos laberintos mates,  
me fluyen a un estero de nostalgia,  
me ciñen a las curvas siderales  
de una melancolía sin fronteras.  
Y debo descender hombros abajo  
pues un compás sin ritmo todavía  
me incita con efluvios musicales  
a recorrer paisajes que florecen  
sinfonías más ávidas que nunca  
de hundirse en el regazo  
que encierra el corazón de las palabras  
sí, vírgenes aún, están desnudas.  
Sortearé los múltiples picachos  
que me escuchan bajar hacia los ecos  
de un olvido de arenas que se rizan  
contra el rostro de aire de la ausencia.  
No detendré mi paso en las veredas  
que vienen de mí ayer. Traen las huellas  
de los viejos prejuicios incrustados  
en un campo a traviesa de ilusiones,  
de lirios como lágrimas que fueron  
mesones de las altas madrugadas  
perdidas en la noche,  
de tantos llovizados calendarios  
—rojos de amor y negros de tormenta—  
que al ajedrez jugaron con mis horas  
en la piel luminosa de los días.  
Todas estas imágenes poliédricas  
son grifos aspirantes que quisiesen  
volverme de aquel tiempo a las espaldas,  
retroausentar mi hoy, manumitirme  
de estos vilanos de cristales rotos  
que escarchan de aluviones puntiagudos  
la respirable herida de mi atmósfera.  
Más al fondo de mí puede que broten  
las galerías de mis nieves hondas  
durmiendo boreales ventisqueros  
con una voluntad de porcelana.  
Acaso alguna boca cristalina  
con la fría sonrisa transparente  
de la última náyade ahogada  
en el verso de égloga de un río.  
Tal vez una cautiva cabellera  
ya en el azar impresa de un eclipse  
o un ánfora de hielos amorosos  
con una vaga ensoñación marina

o una llama roída por el fuego  
de su cósmica arcilla enajenada:  
toda una colección de golondrinas,  
dulces espuelas de un raudal de oboes,  
que dejó la semblanza de sus pulsos  
en el párpado ardiente de mi alero.  
Oh días taladrados, oh mejillas  
de soledad, tambor de aire vacío  
que marca los redobles de los ecos.  
Bordearé las cumbres que me piensan  
pastor de incertidumbres,  
aquí donde los ojos  
que espigan las praderas de la lluvia  
enhebran de la luz la infancia de oro  
—miradas recién hechas en la fuente  
que mana de un costado de la aurora,  
silabeos de pámpanos,  
guedejas— que serán acto y lenguaje  
en el nadir de una amistad de trigo.  
Debo andar a la altura de mi pecho  
pues el timón de nardos que me guía  
zigzaguea relámpagos enanos  
como un acordeón de mariposas.  
Y sigo esta madeja devanándose  
que no sé dónde irá,  
qué rumbo lleva, qué sorpresa viva  
guardará su piñata de horizontes.  
La miro por debajo de sí misma,  
cuatro grados al sur de aquella tarde  
entreabierta en el tallo del encuentro,  
pétalos de dos fechas convergentes  
en la corola ardiendo de la guerra.  
Y la veo doblar recodos de agua,  
cabos que me penetran gozo adentro,  
puntas de la ilusión donde se amarran  
los cables de unas conchas que recuerdan  
el rapto de sus íntimos orientes,  
oh banda de cristal que condecoras  
los mares de mis costas interiores.  
Navégame las calmas,  
canta tu amanecer sobre las crestas  
de los gallos de espuma de mis olas  
y tus nardos serán puente de plata  
por cuyas pasarelas jubilosas  
huirán dentelladas y jaurías  
acosadoras de mis ciervos blancos.  
Bajo estas ondas mudas se encabritan  
vórtices de puñales al acecho,

la neblina de rosas que enmascara  
la flecha venatoria del instinto,  
las sirtes que se engullen  
el equilibrio azul de un alma sola.  
Pero yo duermo con la voz despierta,  
oh, tú, carlinga mía, que desbordas  
el ritmo impar de un cántaro de estelas.  
Oh chalupa a mis músculos atada,  
submarino y avión de los deseos,  
buche de sal y vértigo de escollos  
prendidos a la red de mis arterias.  
Oh pleamar de velas triangulares,  
labio y orilla, múrice y jadeo  
de tus profundos frenesíes de algas.  
Oh saltos de tritón tornasolado,  
lancha donde navega oceanías  
el ramo de marfil de mis cuadernas.  
Oh espiral y redil de los suspiros,  
bitácora de nortes de ternura,  
cómo braceas, cómo te levantas  
sobre el ancho acueducto de tu frente  
balanceando la guirnalda en ruta  
hacia la inusitada primavera.  
Cómo te encrespas, cómo te defiendes,  
líquidos pirineos de esmeralda,  
cerrándole a los nardos el camino  
de la nítida isla que transcurre  
en el aliento de su estar varada:  
noche, día o crepúsculo;  
raíz, estrella, sed, puño o cilicio;  
daga, tigre, huracán o garra viva,  
tic-tac de sol o pálida burbuja  
del ordenado sueño de la nada.  
Y sigues, esquiadora de mis hielos,  
ya dulce imán de un polo constelado.  
Qué alta seguridad la de tus remos,  
cinta velera más que riel alguno,  
entre los torbellinos solidarios  
que sacuden tu gracia de amazona.  
Y avanzando por ti sobre mí mismo  
te presiento llegar por mis arcadas  
que alabean el mármol de tu escorzo  
como un latido tuyo en mis confines.  
Y cuán libre te dejan mis lebreles  
entretenidos en jugar las letras  
de tu nombre de nácar con el mío.  
Si mis mares resisten a tu paso  
es porque siempre floten tus audaces

rastros del caminar, total presencia  
de ti cuando te alcanzas a ti misma  
en un desbordamiento de llanura.  
Mas escucha el secreto pensamiento  
de esta gran cordillera de vaivenes:  
«Blanca vela que cruzas mis umbrales  
como una vía láctea caída,  
sé tú mi corazón —trino y molusco—  
en la concha perfecta de mi pecho.  
Me ceñiré a tu cuerpo sin mojar  
la sombra que recluyes en tu nido.  
Me haré una gruta en mis adentros de agua  
dócil como un espejo al recoger.  
Me tallaré en facetas porque logre  
balizar tu blancura las tinieblas.  
Si quieres zambullir seré escafandra;  
si quieras volar seré gaviota;  
si frío de coral, verde manguito;  
cristal de roca para tus collares  
y abanico de espuma en una playa.  
Seré lo que tú quieras que yo sea,  
siempre que no me quiebren las mudanzas  
mi voluntad de sonreír al viento  
aún cuando sal me llore la memoria,  
pues soy aquella ola que a Leandro  
le sirvió a su cabeza de almohada  
cuando las zarzas del amor helaron  
su brulote de sangre a la deriva».  
Yo no sé si oirías estas voces  
donde la soledad vivaqueaba  
a ras de tu carrera en mis andenes.  
No sé si detendrías la mirada  
por este repertorio de estaciones  
con nombre de tus gestos y ademanes.  
O si llena de ti proseguirías  
como el mensaje de la luz de un astro  
transportando las frutas del color.  
Rendido de fatigas mercuriales  
me tiendo a descansar.  
En la mano borrosa de la noche,  
por un cauce de nardos bemoledos,  
un horóscopo riela ambigüedades.  
Y un ingrátido elixir me descorre  
cortinas y cerrojos.





## PRIMER SUEÑO

MODÚLASE LA FUERZA INSTINTIVA DEL  
AMOR

En tus nardos blanquea mi reposo  
y la noche se enreda en mis pestañas.  
Un oscuro silencio de ebonita  
—(Oigo abrirse una puerta lentamente  
y alguien sale de mí que se aproxima  
a esa tierra de nadie donde todo  
matiza el arrabal de su sentido)—  
me duerme a pierna suelta corredores,  
sótanos de castillos enjaulados  
y túneles que bordan, río a ciegas,  
el caracol maduro de lo incierto.  
¿Qué piensan estas sombras? ¿Qué escenario  
—cenáculo de paz, casa de olvido,  
anestesia de un orbe de inquietudes—  
ocultan tus dormidas bambalinas,  
súbitamente biombos animados?  
¿Qué mano es ésta que de pronto nace  
por detrás de una nuca irreveleada  
y bulle en los ancones de mi pecho  
dedos de miel y pájaros heridos?  
¿Qué aliento poderoso es esta llama  
que hace de mi tamaño una sonrisa?  
¿Quién embriaga estos labios que modulan  
el silbo de coral de cada vena?  
¿Quién amanece en esa tina clara  
que abrillanta el espejo de las fuentes?  
¿A qué esa larga cola de azahares

con que el agua nupcial corre gozosa  
 antes de hundir su brazo de murmullos  
 en el tálamo azul del océano?  
 ¿Qué himno de esperanzas se avecina  
 para eclotar los troncos hojas verdes  
 como lenguas dispuestas al idilio?  
 ¿Quién liberó estas fuerzas de mi yugo  
 para que se levanten de sí mismas  
 hurtándose a mi voz y respirando  
 sólo la servidumbre de sus alas,  
 ellas solas, purísimas, insomnes,  
 cual guijarros irguiéndose del fondo  
 de la inconsciencia húmeda de un lago?  
 Como en una intemperie de alusiones,  
 con perfiles de aliento y nebulosa,  
 se soslayan sus cuencos esfumados  
 e, implumes todavía, corporizan  
 un perfume, una esencia, una mirada,  
 insinuándose apenas en su quicio.  
 Son hormas de los signos del lenguaje  
 con que se hablan fervores  
 desde un foso de floras y de faunas.  
 Son figuras de pasos en alfombras,  
 almendros de expresión sin ornamentos,  
 las raíces descalzas de un zodiaco  
 que muestran los prodromos de la vida  
 como en los taconeos de las danzas  
 los pómulos de rostros primitivos.  
 Y tú, piedra; tú, esquina; tú, ventana,  
 ¿qué esmalte de ilusión habéis libado  
 para tener la tez de una muñeca?  
 ¿Dónde están las clavijas que os tensan  
 esa alegre mejilla de tambor?  
 ¿Habéis soñado acaso con que un seno  
 os henchía: en melódica oleada?  
 ¿Cómo habéis heredado tanto lujo  
 hasta ayer en ascética pobreza?  
 ¿Se ha ceñido el corpiño de la aurora  
 a vuestro despertar esta mañana?  
 ¿Cómo tenéis la luz que los insectos  
 derraman en la noche de sus bodas?  
 ¿Le habéis robado al aire que os palpa  
 la imagen de sus márgenes desnudas?  
 ¿Por qué el grano de arena de ese germen  
 cree tocar el cielo con la mano?  
 Y tú, violeta, flor que en mí te ahondas,  
 ¿qué escuchas en tu celda de colores  
 con las mullidas savias que te aúpan

hasta la plenitud de tu belleza?  
 ¿Qué beso de interiores terciopelos  
 ha abierto en tu corola su sombrilla?  
 ¿Qué sueño transparente te ha vestido  
 con esa juventud que te desnuda  
 hasta dejar tu forma en pleno vuelo?  
 ¿Qué vena oculta, qué mensaje oscuro  
 has captado en el cáliz de ti misma  
 que te desborda sin salir de ti?  
 ¿Es qué celebras hoy tu cumpleaños  
 envuelta en el quimono de tus brillos?  
 ¿Es qué vas a romperte en mil pedazos  
 y antes quieres subirte a tus aromas  
 en un martirologio de hermosura?  
 ¿Te ha dado un ruiñón los buenos días  
 o te ha llamado un caracol hermosa?  
 El volumen del mundo se ha aumentado  
 con este alojamiento de energía,  
 suelto el cabello, la sonrisa en alto,  
 bacante enajenada que desata  
 el vendaval de arrullos de las selvas,  
 que conmueve las yemas de las rocas  
 y desvela los ojos de los puentes  
 y bate el corazón de las ciudades,  
 cuyos semblantes son ondas táctiles  
 de una ancestral llamada de armonía,  
 convocatoria para el ciclo nuevo  
 de un júbilo en volandas renacido  
 que se transmite en ciegos radiogramas  
 a través del trinar de cada cosa.

¿Llámase así, escorpión, esa pulsera  
 abierta a los paseos de la luna?  
 ¿No te habrán, ave lira, equivocado  
 con tu antena emisora de arcoiris?  
 ¿Te dicen gallo a ti, cresta del alba,  
 despertador del beso y de la ojera?  
 Por tu silbo y tu cruz, pájaro en vuelo,  
 ¿se aludirá bajo tu nombre que eres  
 sismógrafo de amor y de anilinas  
 inscrito en el diamante de la altura?

¿Pero qué caramillo va cantando  
 esta fiesta de vinos gozadores  
 por el fuego, la mar y la montaña?  
 ¿Qué detiene a ese rudo marinero  
 ante la rosa abierta del camino,  
 entablándose un diálogo latente  
 entre la flor que cree ser pupila  
 y la pupila que se siente rosa?

¿Y por qué ese silencio transfigura  
la gota de rocío en una lágrima  
y la lágrima en gota de rocío?  
Se alejará el marino, mas la rosa  
sentirá los ovarios fecundados  
como por un rumor de mar ausente  
y en el azul el arpa de una vela  
se ceñirá a unos ojos que sonríen  
con el más bello rol de movimientos.  
Todo es palpitación y muelle arranque.  
De lo concreto, en los cabaes odres,  
se fermentan los pulsos de lo abstracto  
con un latir de anís, menta y canela.  
Las mismas sombras que del sueño nacen  
tienen como un recuerdo de saberse  
inundación de negras cabelleras  
sobre la piel de una mujer desnuda.  
Y una gran sensación flordelisada  
prelúdiase en un prisma de alegría.

## SEGUNDA JORNADA

ESTADO LARVARIO DE LA AMISTAD. AFECTO  
INASEXUADO

Otra vez en camino de estas venas  
que no son las de ayer. Vibranme ahora  
como templadas cuerdas de guitarra  
en un resonador de alta ternura.  
Debe haber comenzado ya el deshielo  
de un sensible glaciar o haber caído  
en los brazos cruzados de mis valles  
el telar de equilibrios de la lluvia.  
Me silban torrenciales sus arroyos,  
delíranme sus flautas mis dominios  
como una romería de serpientes  
buscando una caverna en mis costados.  
Sus estelas de curvos bisturíes  
me precintan el cepo de una isla  
suspeña de los filos de una espada,  
me solfean un júbilo de eclipses  
y rubrican el álbum de mis nieves.  
Pasan en una larga singladura  
por el balcón volado de mi frente  
y dejan en mis sienes alentando  
un paisaje de estío con cigarras.  
Vosotras recorréis mis estafetas  
desafiando borrascas, principios  
y las bocas de lobo más oscuras.  
Os cargáis a lo largo del mensaje  
que por los hilos tensos del instinto  
trasmiten a los vasos de mis norias

el destino veloz de las ruletas.  
Me desmandáis de toros mugidores  
los últimos sillares de mi cuerpo,  
que no termina en mí sino prosigue,  
saliéndose a castillos en el aire.  
Y me arrojáis las redes de canales  
del victimario pulpo en que resido  
para apresar el pez que por las rutas  
de la risa y el llanto se devana  
sin degustar la arena presentida.  
Yo bien quisiera asirme a vuestra cola  
de líquidos cohetes circulares  
y del cenit mental de mis trapecios  
lanzar a los extremos de ti misma  
la traslúcida serie de sus aros  
para verlos llegar de tus florestas  
como una teoría de ecuadores  
regresando a su cálida morada.  
Ellos me contarían de un torrente  
que holgaba en el regazo sin orillas  
de una pequeña flor ilusionada.  
La historia de aquel árbol solitario  
que retoñó en sal de lejanías  
esperando ser hombro de una vela.  
La sugestión de un aspa de molino  
que se piensa huracán vuelto de espaldas.  
Y cómo llega el viento a medianoche  
a dormir en el lecho de los ríos,  
dejándoles recuerdo de su sueño  
en ese frío que se busca el rostro  
a través del camino de un espejo.  
Todo ese mundo mágico que juega  
al estira y encoge sus elásticas  
mareas de ternuras inefables  
a pesar de sus firmes apariencias.  
Pero ya la mañana de tus nardos  
trina en la alegre voz de la distancia  
el madrugado pecho de mis mares.  
Las olas se tendían a lo lejos  
como una derribada escalinata  
de mis arquitecturas interiores.  
Y en medio de sus mármoles abstractos,  
reflejos de buriles transparentes,  
tallábanme la idea de mi cuerpo  
en un fluido pensamiento de agua.  
Fui pensado garita de quimeras,  
episodio veraz de la alegría,  
errante contraluz de la zozobra

y espectador de un drama de basaltos.  
Fui pensado también en acericos,  
en el impulso musical del ansia,  
en la lupa convexa del deseo  
y en un yo de inminentes golondrinas.  
Mas ante el peso vivo de mis venas  
todo fue un raciocinio de cristales.  
Entonces un sendero trasmarino  
se hundió garganta abajo de turquesas,  
sondándome los íntimos refugios  
donde conspiran sueños que se rompen  
en pedazos de oscuras rebeldías.  
Pero antes bordeamos una fosa  
en la que sonda y yo nos detuvimos.  
Su tubular angustia contenía  
mascarillas de gestos y ademanes,  
vaciadas ya de la efusión caliente  
que henchía sensitivos clavicordios,  
palabras de escotados horizontes  
y los peluches jóvenes del tacto.  
El cartilago duro del silencio  
tapiaba con sus vidrios hembranosos  
la niebla de unos élitros dormidos.  
Sin tener unas manos en las mías  
daba hielo mirarse tan adentro.  
Como en cámara lenta, sorprendida  
a través de un lejano telescopio,  
se perdían de vista en el vacío  
mariposas lunares arronzadas  
sobre un blanco terror de terciopelos,  
gelatinosos cascos de medusa,  
la hiedra frágil del escalofrío  
absorta en barométricos ramajes  
y formas de murciélagos caídas  
de disparos a estrellas cinerarias.  
Estaban con su luz deshabitada  
en la linterna sorda del olvido,  
con los vagos relieves que perduran  
en el hueco relieve del recuerdo,  
gélidas huellas de un rumor de termas  
desodoradas ya de los agudos  
minarettes calados del anhelo  
y las guijas fulgentes del agravio.  
Tú, camino, que saltas mis penumbras  
con las rodillas firmes, mis barandas  
de puente levadizo sumergido  
y mis geografías transeúntes,  
desvía los alertas de tus nardos



de esta noche aterida que me clava  
hasta el puño su hoja de tinieblas.  
Por el dedo en la sombra de tus labios,  
mírelos de puntillas tu mirada,  
que no pongan en pie tus aladares  
su pálido aullido de marfiles.  
Déjalos bien dormir en los embriones  
de su espejismo astral, en sus orugas  
de gusanos de aire siniestrado,  
aquí, en esta abadía de mis aguas,  
siempre huyendo de sí, siempre buscando  
el témpano buido que destila  
la universal presencia de su fuga  
en su hogar que se ronda permanente,  
no estando donde está y estando fijo  
a su trasiego de hombros y de curvas  
por dédalos de sal a la carrera.  
Este mar que me mira respirando  
y palpa mi rumor con su destino  
de barajar neumáticas demencias  
es el zafiro que me sube el pecho  
hasta la gran planicie que en mis sienas  
rompe a volar campanas aurales,  
trayéndome en las nubes del sonido  
islas maduras bajo un sol de arpas,  
arpas dolientes como dromedarios  
que cruzan por la sed de mis llanuras  
camino del naciente de tus venas,  
donde la miel de la amistad trabaja  
panales como rosas que difunden  
el sueño de dos frentes paralelas  
en las que hace gimnasia un paraíso.  
Vuelvo a enfilar tu voz luna lunera  
en las cuerdas vocales que modulan  
el aria de un cantar de meridianos.  
Todos parten a dar la vuelta al mundo  
con su flexible espalda de remeros  
por la esfera armilar de mis tendones.  
Y ordenan un tumulto de ciudades,  
y prestan longitudes a mis sueños,  
y arponean arterias invernadas  
en la roja vivencia de unos labios.  
Nada importa que a cuestras me susurren  
el diáfano linaje de las nieves,  
la cenicienta historia de las brumas  
y el osario de besos a distancia  
que habiéndose perdido entre cerezas  
acostaron sus hielos para siempre

en el semblante frígido del polo.  
Ni importará que lleguen enjorjados  
con zarcillos de auroras boreales  
ni que traigan sus árticas saetas  
una doble intención de corzas blancas.  
Tan pronto como lleguen a los nardos  
que siguen caminándome ternuras  
fundirán en su cálida corriente  
la yugular de su trayecto helado.  
Pero de nuevo me hallo en la alegría  
de correr por mis venas a tu encuentro.  
Van en persecución, alucinadas  
de un remoto temblor de conchas vivas,  
de emisoras perdidas en la niebla,  
de las vueltas y esquinas de una sombra  
y de un grillo que canta no sé dónde,  
desde algún agujero vespertino.  
Van en persecución, desparramadas  
por los tórridos valles de mis pliegues,  
el sangriento tapiz de mis taludes,  
mis relatos de níveas cornisas  
y los desfiladeros de mis huesos.  
Buscan, pero no logran señorío  
mas que la forma abierta de la huida,  
la presencia de estar en otra parte  
y la contrafigura del insomnio.  
Y siguen revisando mis espejos  
sin descubrir un gesto abandonado.  
Me registran las cámaras vitales,  
el rostro de mercurio de mis fuentes,  
los sótanos de un llanto sin salida,  
las ramas de los últimos adioses  
y un olvidado éxtasis de cruces  
atormentando orgánicas colinas.  
En todo estás y en nada te descubren.  
Amontono los cielos y mis rocas,  
espío galerías convergentes,  
pongo escuchas en todos los parajes.  
Y es en vano que quiera aprisionarte.  
Siempre la larga escala de tus nardos,  
cuando ya la pretendo humanizada  
entre mi espada y mi pared finales,  
se iza por veloces ascensores  
a los bordes de mármol que contienen  
la nítida frontera de tus rosas.  
El coro de mis venas me proyecta,  
desde el fondo de mí, por las calzadas  
que desandan sus lenguas verticales

en red mural y fuego sostenido,  
rumbo a una madrugada sin riberas.  
Y sus bielas me giran incansables  
en una dirección desconocida.  
Ninguna soledad dentro de un río,  
ni el adiós de una mano en las tinieblas,  
podrán llorar el eco solitario  
del duro caracol de mi desvelo  
trepando la cucaña de tu sombra.  
Espérame en lo alto de tu pelo,  
próxima a aquel latido que regula  
el orden de mi voz, en la que ahora  
despierta el acto puro de saberte  
el propio acontecer de mi sonrisa.  
Espérame en el sol de tus cabellos:  
tengo que hablar contigo enredaderas,  
tardes como un cerrar de acordeones,  
avenidas que pasan con el dedo  
sobre el verde silencio de sus labios,  
campos de vid y trenes que se alejan  
por la curva sin fin que nos limita.  
Te quiero hablar ciudades y palomas,  
la luz meditadora de mis noches  
con un libro de estrellas en la mano,  
inciensos de volutas afectivas,  
horas en pie y alcázares vacíos.  
Y mientras yo te busco bajo el agua  
tú ya estás en el aura que me envuelve  
cortándome tu ausente primavera  
en el preludio en flor de mis almendros.

## SEGUNDO SUEÑO

### APARICIÓN DEL OBJETO AMOROSO

Con el oído en tierra de mi cuerpo  
—de bruces en la artesa de mí mismo,  
a oscuras la espiral de mis relojes  
y en un cepo de inercias—  
me escucho galopar en tu distancia.  
En las hojitas verdes del sonido,  
en estos cielos ávidos que bajan  
a beber en un cuenco de grisúes  
los ecos de un letargo de horizontes,  
en esta fuerza alada que se basta  
a derribar zodiacos y titanes,  
en los vivos heraldos del silencio,  
tu primavera acústica se acerca.  
Y llega por planicies interiores,  
por delgados senderos verticales,  
de puntillas pisando alas heridas,  
en volandas de vidrios transparentes.  
Te esperaba en las verjas del insomnio  
y es en la arena de mis playas hondas  
donde la caracola de tus nardos,  
apaisada de nácares dormidos,  
despierta en los delfines de mis venas,  
reposa en un latir de porcelanas.  
Ella eres tú, manando el soliloquio  
de las aguas en vilo de los mares  
y los anales diáfanos del viento.  
De sus fríos cerámicos de concha  
sube el frufrú de una amistad de seda

en un rumor de sangre transparente.  
Esa eres tú, volumen de mi sueño  
y espacio de mis tardes pensativas.  
Oh estrellita de circo, te has caído  
desde el alto columpio de mi frente.  
No me digas que no. Se te conoce  
en esa punta izquierda que te dobla  
la babucha oriental de la aventura.  
No me sigas negando. Te prometo  
que no te borraré de mis penumbras  
ni ha de rondar tu alcázar de muñecas  
un viviente cerrojo de dragones.  
Dime que sí, que fuiste bosquejada  
al nivel del costado de la ausencia  
por un redondo volapié de armiños.  
Te dejaré jugar contigo misma  
en los cabellos sueltos de las fuentes.  
Y tendrás carne blanca como un río.  
Y en tus nítidos fondos los reflejos  
te moverán la voz del pensamiento  
con lengua de cristal.  
Alargaré tu nombre de llanura  
hasta el pie del anillo de mis sienes.  
Y tenderé mi voz en tus mesetas  
cuando las soledades me desborden.  
Ellas serán espejos donde puedas  
extraer la raíz de mis glaciares  
elevando tus manos a mis sienes.  
Y tendrás altitud de cordillera  
y vibración de selva en tu espesura.  
Así te iba sacando poco a poco  
del costado de agua de mi sueño.  
Pájara pinta, pícale los labios.  
Verde limón, madúrate en sus senos.  
Isla de mayo, súbete a sus hombros.  
Fuego apacible, córrele las venas.  
Alta caricia, vuélame en su frente.  
Trigo, reclámala. Tórtola, arrúllala.  
Y cuando por mis venas tropezaba,  
tanteando vitrales y paredes,  
a gatas por estrechos pasadizos  
y a cuestas la espiral de mis relojes,  
buscando una salida en las tinieblas,  
me descubrí de globo derribado  
en el amanecer de una sonrisa.

## TERCERA JORNADA

### ENCUENTRO EN LA PLAYA CON ELLA DORMIDA

Blandas de luz las aguas de mis sienes,  
nadadoras de sal y de ternura,  
gano la tierra firme de tus hombros  
en el friso de nardos de tu sueño.  
¡Qué campanada de cristal de roca,  
dura a mi pie, alada en su regazo!  
Oh, nieve dulce, oh júbilo de mármol,  
que atináis con la forma verdadera  
de la real presencia de mis fugas.  
Estas si son miradas, ojos míos,  
en las que vivaquean los contornos  
de una isla invernada entre mis hielos.  
Quedan atrás cerradas galerías  
en donde el tiempo cuaja sus arterias  
cristalizando médulas de río.  
Atrás una obsesión de corzas blancas  
por los desfiladeros de mi frente,  
la escondida arañita que nos habla  
de que hay un cielo de color de rosa  
para cada arcoiris pensativo  
y la espera del viento en mis planicies  
haciendo solitarios con la arena.  
Quedan también, arriba, desniveles  
de apasionadas piedras oscilantes,  
la fuentecilla azul de la ternura  
pensándole mis bosques a tus cimas,  
y mis manos, en vilo de tormentas,

buscando en nubes, tardes y sonidos  
el alfiler dorado que encantara  
tu vertical frescura de arroyuelo  
en el sediento cauce de mi sombra.  
Pero ya tú me aguardas en la linde  
donde los gnomos tenues del silencio  
custodian tu dormido altorrelieve.  
Densa, mate, pianísima blancura.  
No es que el alba, abrevándote, se adentre  
en una metafísica de armiños.  
Es que de tus caminos interiores  
la blanca noche boreal trasmina.  
Y dentro de su efluvio 'constelado  
nunca ya se herirán mis esperanzas  
en los vidrios descalzos del anhelo.  
La ciudad de tu sangre se aplacerá  
en rescoldos de lentos toboganes,  
en extasiados léxicos de curvas,  
en un acorde de amapola y lago  
debajo de tu espuma iluminada.  
Ahora arrastrarán los manantiales  
con mayor pesadumbre sus cadenas.  
Una onda levísima concluye  
de acertarse en la diana de tus labios.  
Debe de ser un trémolo del aire  
moviendo tus visillos en penumbra  
o un peso de espiral que se amortigua  
en la música oscura de la niebla  
al ludir tus vertientes de campana.  
Me acerco más al centro de mí mismo.  
Y cuando ya me toco el pensamiento  
me salen al encuentro tus cercados.  
Da gozo andar con la alegría abierta  
por la flor de tu noche en pleno día.  
Aún están las fuentes acostadas  
en el lecho natal de sus espejos  
y a pie firme sostienen tus columnas  
su inmóvil teoría de cigüeñas.  
Pasan, reflexionando golondrinas,  
rampas que te llevaron entornada  
al ancho soportal de tu reposo.  
Y abandono el instante a su albedrío.  
Restituyo mi arena a los desiertos,  
mis salinas redondas a los mares  
y los labrados trinos del instinto  
al alma de cristal de los oboes.  
Me desnudo contrastes fronterizos.  
Desprendo mis barrancos y costados.

Me derramo piteras y canales.  
Pongo puentes de plata a las huidas.  
Y tan a la intemperie me consigo,  
tan atmósfera mía, tan vilano,  
que podrían cruzar mis accidentes  
por las rendijas últimas del frío  
sin rozar los colmillos del invierno.  
Todo tiene una paz que ya es la mía:  
te oigo crecer la hierba del olvido  
y latir intervalos de corales  
en la ola varada de tu pecho.  
Y me siento llenar las oquedades  
que te dejara el eco y la distancia,  
los muelles pasadizos que te esfuman  
a un interior de órgano callado,  
claustros que aposentaron novilunios  
y repliegues de cóncavas nostalgias.  
Y voy pisando sólidas ausencias,  
ansias vacías, bronces reprimidos.  
Todo guarda una voz que será nuestra:  
los inocentes lirios condenados  
a cadena perpetua de medusa,  
el remanso que deja la arboleda  
armado con la hoja de un cuchillo,  
el estrellón rompiente y el mal tiempo  
que llama inútilmente a las posadas.  
Y aún los acerillos del insomnio,  
lo que se afile tenso de futuro  
con voluntad de flecha dirigida,  
todo lo que se abisme en sus raíces  
para volar por diáfanas mesetas  
tendrán en nuestra voz un rinconcito  
donde duerma su afán cada palabra.  
Aplicando el oído a tus paredes  
presiento, en una pausa de volcanes,  
como un vagido en ciernes de ciclones,  
malezas que se atigran los costados,  
ánforas con violencias desgarradas,  
rotos agravios, ráfagas ardientes,  
sótanos vivos y ásperas tinieblas.  
Y mientras escuchaba lejanías  
que me iban invadiendo lontananzas,  
hace entrada el cortejo luminoso  
del ámbar de la luz por tus pasillos  
con su alboroz de pálida bengala.





## TERCER SUEÑO

DIÁLOGO DE LAS IMÁGENES QUE SE LIBERAN

(Ayer, en mi jornada victoriosa,  
gané la tierra firme de tus hombros.  
Esta noche mi sueño te prosigue,  
saltando sobre el aro de tu cuerpo,  
más allá de las lindes del amor).  
Tú no eres esa que de pronto llegas  
—y bien presentes tú que esa no eres—  
metida en tu tamaño, en tu sonrisa  
o en tu modo de andar. Tras esos planos  
te escondes tú, la otra, la naciente,  
casi rosada sombra todavía.  
Esa que en ti se apoya, que a intervalos  
hace pie en tus espumas vadeables  
y se hunde de nuevo en una inmóvil  
oleada tectónica de armiños.  
Si te miro a los ojos, dos piraguas  
que los atravesaban de este a oeste  
ponen su rumbo al sur, electroflechas  
hacia los primitivos icebergs  
que te emiten un pórtico de nardos.  
Si a tu sonrisa de infinitas bocas  
prolongo su horizonte imaginario,  
se proyecta tan lejos de tu rostro  
que no pueden cazarla mis lebreles  
por tan trigonométricos parajes.  
Si a tu menhir de formas sucesivas  
pretendo detener en el instante  
en que estás a mi sed sincronizada,

siempre te sobra un gesto que no es tuyo  
 o te falta un perfil que te incompleta.  
 Tú te sientes cerrada, definida,  
 con una ceja aquí y allá otra frente,  
 una tarde en la ojera y con el cuello  
 mojado de ocarinas y de cisnes.  
 Pero no eres el árbol sino el bosque.  
 No sospechas, ni en sueños, de que eres  
 marquesina sutil de una extranjera  
 que tu delgada intimidación columpia  
 y que puedes salir de tus rasantes,  
 torneada de múrices y oboes,  
 en el momento en que se marquen  
 las doce de la blancura en los andenes  
 de tu orilla interior, al otro lado  
 del corazón de lunas de tu piel.  
 Tú eres tan sólo el punto de partida  
 de otras muchas fragancias ilegibles,  
 tu onda más gentil y arrulladora,  
 tu noción más sensible de planicies,  
 la más dócil a ti, la más cercana  
 de todas tus palomas mensajeras.  
 Tú no te sabes fuera de tus flancos.  
 Más allá de tus lindes vuelan otros  
 múltiples radiogramas con el texto  
 de tus lirios cifrados. Una garganta,  
 ¿tiene que ser garganta solamente?  
 ¿No puede haber detrás de su espejismo  
 una aguda floresta de alabastro?  
 Tu cuerpo, ¿no es más bien una colmena  
 de invisibles abejas de cristal?  
 ¿Siempre es un brazo brazo y sólo brazo?  
 ¿No puede ser también un cachorrillo  
 de las nupcias de un río con la nieve?  
 ¿Es que los senos siempre son colinas?  
 ¿Por qué no habrán de ser las tersas flores  
 con las que intuya un polo de osos blancos  
 la rauda primavera de los hielos?  
 Y ese ave de preguntas sonrosadas  
 que se mueve en mi voz, ¿de dónde llega?  
 ¿Qué arquero, y de qué nube, podrá hundirle  
 su saeta en el flanco, si su flanco  
 se siente sólo como un aire tenso  
 teorizando un nudo de veletas?  
 ¿Qué poderosa mano flechadora  
 podrá herirla en el ala sin herirse  
 su propio azar de cazador furtivo?  
 ¿Qué mirada podrá reconocerla,

tan diluida como está en mi acento,  
sin que pueda tan sólo apoderarse  
del eco de la forma donde estuvo?  
Déjate hablar y te hallarás conmigo  
en el filtro afilado de mi voz.  
Escucha la carrera de los corzos  
por tus valles dormidos; los vilanos  
que trascienden la luz innumerable  
de tus firmes presencias; las parábolas,  
con trazo de ángel e ilusión de vino,  
que esbozan en tu honor las golondrinas  
y el tardo buey lloroso del crepúsculo  
derramado en un cocktail de colores:  
todas las imposibles nebulosas  
de un errante sistema de ternura  
en torno a una dormida transparencia.  
Oh mi blondo castillo insospechado,  
¿dónde los intuibles ascensores  
para subir mi alondra hasta tus alas?  
¿Por dónde el caracol que te desciende  
al gineceo de tu forma en vilo?  
¿Dónde los sutilísimos balcones  
que te asomen los nortes de mi gozo?  
No es que te busque. Estás. Mas ¿dónde anidas  
el grácil percutor de tus variantes?  
Dímelo, tú, cometa, que en mis ojos  
desnudas la verdad del aire ecuestre.  
Dímelo, ruiñeñor, que haces añicos  
el vaso del silencio a medianoche.  
Oh mi turgente pleamar cautiva,  
cuando vuelvan de nuevo tus caletas  
a romper la mejilla de mis mares  
y tu caído miriñaque de olas  
descubra el litoral de tu contorno,  
aprenderán mis pájaros en mano  
a leer tus movibles alfabetos  
y tallaré en bajísimos relieves  
tu mutismo y el mío entrelazados,  
ya redimidos del país incierto  
en que duerme su sueño de horizonte  
el cocodrilo azul de la distancia.  
Que de tu mano salga la otra mano  
que me dicte tu espiga verdadera,  
no la ilusión de ser la que ahora eres.  
Que de tu espalda de dormido fuego  
surja tu otra espalda de agua fresca  
donde lave su rostro mi ternura.  
Que de tus rubios álamos rientes

broten las hojas que me den la sombra  
de la serenidad del equilibrio.  
Desde tu luna, noche, de esa frente  
que le da un sueño dulce a los molinos,  
una amistad de sombra a las plazuelas  
y unas bodas de plata a las lagunas,  
la verás sonreír en los pedazos  
de mis desanudadas evasiones.  
Y de pronto la noche se acrisola  
—alternando los síes y los noes—  
en una gigantesca margarita.  
A cada sí de luz le continuaba  
un no de oscuridades impacientes.  
Se me pusieron a llover sus hombros  
lámparas de alabastro. Iban cayendo  
trinos de estrellas, pétalos fugaces,  
distancias que llevaban en el pico  
una veloz antorcha ilusionada,  
llantos a media voz, islas ausentes,  
largos luceros esquiadores, rectas  
soledades a fondo, sensitivas  
pastorelas de amor,  
lágrimas de perfil, rumbos al sesgo,  
todo un móvil vivero de sonrisas  
que incitando a mi afán a proseguirte  
impedía a mis brechas encontrarte.  
Quedaron deshojados cielo y alma.  
Luces que te borraban se apagaron,  
sombras que te sabían se encendieron,  
hasta quedar el vertical pistilo  
de tu unidad idéntica a ti misma.  
Despojos luminosos de la noche,  
inconcretos despojos de mis sienes,  
volvieron a tu origen de gacela,  
a tu profunda humanidad sin velos,  
cuando todo era albor, en la mañana  
de la primera sílaba del mundo,  
voz la amistad y fruta la alegría.  
Quedó entonces tu imagen destilada,  
aguardiente de fugas, alambique  
de tu verdad, cantil apasionado,  
ya firme por los siglos de los siglos.  
Y en el silencio, toda tu blancura,  
feliz, dentro de mí, cerca, inquería:  
¿por qué no desatáis lo que yo quiero,  
esa ley que amanece mariposas  
en los rosados mundos de tu voz,  
ese cordial remanso de llanura

que pone al cielo en paz con las tormentas,  
la vuelta a comenzar un paraíso  
donde seamos tardes desasidas  
de la luz, del color y de la llama?  
Y el día me pisó con sus caballos  
—no sé si aún dormido o ya despierto—  
en la columna vertebral del gozo.



## CUARTA JORNADA

### LA AMISTAD, ORDENADORA

Retrasábase el sol y un alba abierta  
se deslizó por pájaros y fuentes  
trinando desde el campo de tu piel.  
Y como el día se extravió en mi sueño  
se orientaron por ti los girasoles.  
Los arroyos se habían detenido,  
pero tú les dijiste: andad, cachorros,  
me bañaré en las aguas del primero  
que descubra en el mar una sirena.  
Y partieron corriendo aguas abajo  
con una buena voluntad de trenes.  
Desordenaba el viento los limones  
maduros de la luz en los cercados,  
pero tu voz, tu gesto, tu figura  
los devolvía a límites profundos  
en el torso de nieve de tu frente.  
Entraba sin temor por las tormentas  
tu alta seguridad y retocabas  
el crujiente peinado de los árboles  
como si fueses brisa de otro modo.  
Y toda cosa que la noche había  
puesto sobre las ascuas del desvelo  
—domadora gentil de lo difícil  
con el látigo azul del horizonte—  
se modeló en el sitio destinado  
a servir perspectivas de amistad.  
Ya no era el día arriba, alto, muy alto,  
altísimo, trepador de palmeras.  
Para que tu garganta no llegase,



evadida jirafa, hasta las nubes,  
con los cometas y los rascacielos,  
y escaparan, abiertos, por sus puntas,  
tu catedral, los vidrios de tu sangre,  
y quedase tu vuelo acurrucado  
como una curva más de tus espaldas,  
el día se hizo anchísimo, muy bajo,  
pegó su oído a tierra, se dispuso  
a ras de confianzas, con su cinco  
de oros desgavillado por el suelo.  
Tan sólo te llegaba a las rodillas.  
Alcanzabas su cielo con la mano.  
El viento había arriado sus columpios  
y se tornó doméstico, reptante,  
deshuesado de ráfagas las sienes.  
Y ni rizaba el rizo en tus cabellos  
para que las distancias no pudieran  
tenderte sus escalas y ascenderte  
y subirte hacia arriba, hacia el recuerdo,  
al mundo que está encima de los pájaros.  
Muy ancho, sí, cubría la llanura,  
nivelaba los valles, enrasaba  
con tu presencia todos los espejos  
—balizado mensaje de ternura  
surgiendo en espiral de tus caderas—.  
Oh el día sin andamios, a tus plantas,  
tendida boca arriba, a flor de lago,  
en su quietud extraplana de horizonte,  
para que unificases con tus luces  
hombros desiertos y andariegos ríos.  
Ahora te presentas con un júbilo nuevo  
—no de mi sirte, de tus propios nardos—  
victoriosa de alas, renacida  
detrás de las espaldas del amor,  
sobre un amanecer de madre selvas.  
Se adivina que acabas de llegar.  
Nieblas rosadas de ninguna parte,  
que podían ser nieblas o alto arrullo,  
y que viajaban ya buscando el sino  
de una henchida existencia perdurable,  
compartían tu olimpo, todavía  
con un pudor de vírgenes celestes.  
Olas que aún no habían comenzado  
en el agua a vivir y que esperaban  
el lúcido diafragma de la brisa.  
Confianzas de un destino de nadie.  
Estepas de un azar deshabitado  
estrenaban tu intimidad, zagueras

de tus fluyentes mayos circulares.  
 Y así te conjugabas en ti misma,  
 en tu tiempo de sangre impetuosa,  
 por trigos, y amapolas, y viñedos;  
 por la mejilla de tambor del aire  
 y las velas y aviones de la ausencia;  
 por la cornisa de mi pensamiento,  
 ya en tu cielo, en mi cielo, en nuestro cielo,  
 sobre los pies en punta del prodigio.  
 Esencias de tus puros manantiales  
 te sacaban melódicas honduras  
 hasta tus propios límites en flor.  
 Y era sombra tu voz cuando callabas,  
 y era tierra mojada si llovías,  
 y siempre de amistad globo cautivo.  
 Tu boca estaba en ti, ya era la tuya,  
 no a través de alambiques espectrales,  
 sino en el rojo injerto de ti misma.  
 En ella tus palabras no eran ecos,  
 meras ideaciones de las cosas,  
 sino testimoniales superficies  
 trasminadoras de húmedas luciérnagas.  
 Si decías clavel articulabas  
 pétalos de sonidos y perfumes  
 en el florido caracol del aire.  
 Pensabas decir *hora* y se veía  
 nacer la leve hojita del silencio  
 en las dos manecillas de la *h*,  
 girar la *o* del mar y el horizonte  
 y habitarse de números romanos  
 el reloj de pulsera de la luna.  
 Querías decir *miel* y apacentabas  
 el blanco corderito de la *m*,  
 las aguas dulces de la *i* del río,  
 la *e* de tus ojeras y la erguida  
*l* de un chopo verde en la llanura.  
 Palpábamos llegar la primavera,  
 le tomabas el pulso y los instantes,  
 te dejaba el corpiño de su aroma.  
 Y las aguas del tiempo se esculpían,  
 ya ordenado el tictac de nuestras sienas,  
 en zócalos de frescos arroyuelos.  
 Otras veces quería nuestra angustia  
 romper el cielo azul de una pedrada.  
 Es cuando pasan con la frente herida  
 los mapas, desangrándose en colores,  
 y el odio con sus botas de cien leguas.  
 Las arterias, entonces, son estrías

que han de lanzar más ágiles que nunca  
el proyectil del sueño a la batalla.  
El alma se nos parte entre los filos  
de los dientes del lobo, ella, tan leve,  
caperucita íntima y desnuda  
con su hielo y su llama, a la defensa  
del cuerpo en nuestra sangre atrincherado.  
Tiempos de lunas de metal, de lirios  
que florecen espuelas, de huracanes  
crecidos entre ortigas. Tiempos donde  
la primavera del rencor arrastra  
el cadáver del viento asesinado.  
Oímos cruzar por nuestras venas  
un sollozo de bosques y ciudades,  
un recuerdo de muros y cipreses,  
un martirio de nubes y montañas.  
Pero aún están verdes las colinas,  
y con su aroma en alto de rosales  
y calan bayonetas las piteras,  
y se orquestan los hombres rebeldías,  
y levanta su trémolo acosado  
el pecho varonil del violoncelo.  
Mas ni la libertad perdió su estrella  
ni el mar ha renunciado a su destino  
ni es el silencio mármol todavía.  
Y sobre todo, donde el río nace,  
en los muslos del agua, en la garganta  
de tus valles, allí donde la niebla  
no equivoca con zarzas los caminos,  
donde tú eres concordia sin remedio,  
allí donde tu sombra se madura,  
eleva la amistad su mano blanca  
—sedienta nieve y ademán de espiga—  
para poner en hora las alondras  
que arranquen los amargos continentes  
del dormido sollozo de sus noches.  
Y así, cuando despliegas tu arcoiris,  
tu selva en llamas, tu verdad de fuente,  
todo recobra su apretado empeño  
de justicia solar sobre los campos,  
de alisios de razón sobre los mares,  
de relieve de mundo a ras de tierra  
e incógnitas ternuras de manzana.  
En la meseta de tu pensamiento  
una fuente de nieves ascendidas  
giraba de perfil: era un molino.  
Y en el rumor sellado de mis sienes,  
un pájaro despierto: era una isla.

Y con frases al sesgo, con sintaxis  
 de amapola y coral, con ademanes  
 huidos de basaltos y alboradas,  
 así hablaron la Isla y el Molino.  
 —Soy rosa en la solapa de la brisa.  
 —Yo, corazón de piedra sobre el mar.  
 —A mí me ciñe el aire mariposas.  
 —A mí me borda el agua zapatillas  
 con náufragos, espumas y delfines.  
 —El viento a veces duerme entre mis brazos.  
 —Yo abandono a las olas mis arenas  
 para que luzcan todos sus corpiños.  
 —Luz de estrella dormida son mis hombros.  
 —Yo existo en la expresión de mi silencio  
 con una firme voluntad de roca.  
 —En éxtasis contempla la llanura  
 mi vientre boreal de bailarina.  
 —Yo soy reflejo de mi propio sueño,  
 fruto de soledad, gacela echada  
 sobre una teoría de cristales.  
 —Mi acento es dulce y mi palabra harina.  
 —En el oasis de mi mano abierta  
 mi lenguaje es de pájaros y nidos.  
 —Yo quisiera tener el pie en el agua.  
 —Y yo el arrullo de tu amor en vuelo.  
 —Pero tú eres la roca y yo el molino.  
 —Pero tú el movimiento y yo el reposo.  
 —Pero te ofrezco mi amistad de rueca.  
 —Y yo la intimidad de mi silencio.

Alguna que otra vez nos asomábamos  
 al balcón del callar. Y parecía  
 como si ya no nos quedase nada  
 que decirnos. Entonces, nuestro afecto,  
 de tan cerca, llegaba lejanísimo  
 con la ternura al hombro. De tan alto  
 lo veíamos llegar, que su hondura  
 quedaba al lado de nosotros mismos,  
 desentrañado en nuestra superficie,  
 firme revés nosotros de su vuelo.  
 ¡Oh su bella verdad crecida adrede!  
 Ella ya vive nuestra propia alondra,  
 se divisa segura en los extremos  
 de nuestro propio espacio desnudado,  
 ángel liberto ya de cielo y sombra,  
 mullido clima de entreabierto gozo  
 en la conciencia líquida del tiempo.  
 Todavía es posible recordarla  
 en su niñez de anécdota o paloma

equivocando calles y tranvías,  
peregrinando colas de cerveza  
y curándole llantos a los niños.  
La ciudad nos calaba en nuestro mundo  
su larga galería de sucesos.  
Éramos todos péndulo y compás,  
mas sus frutas se habían desprendido  
del follaje del hombre, sacudidas  
por una tempestad de sangre y fuego.  
Le raptaron las lunas de sus sienes  
y le habían dejado entre los brazos  
sanatorios de histéricas muñecas,  
hoteles con los huéspedes del miedo,  
parques trazados a cordel de angustia,  
estatuas con su yeso en cabestrillo,  
bruscos escaparates de sollozos,  
corazón de volcán. Los habitaba  
tan sólo el suplemento del instinto,  
sus poderosos rieles iracundos,  
ese ángel salvador que nos suplanta  
desde su oscuro sótano de olvido,  
cuando la inteligencia deja fuera  
del agua de las hondas comprensiones  
sus infecundas hélices dementes.  
Y huíamos al campo, donde tiene  
la intimidad sus diáfanas salidas,  
saciándose de símbolos reales,  
viendo crecer la libertad del árbol,  
acuchillando mieses y volviendo  
a su origen de juego de colores  
el hoy fantasma abstracto del trabajo.  
Pero ese era el envés de soledades  
de la bella verdad crecida adrede,  
pues dentro de nosotros nos sentíamos  
siempre a la verde sombra de su flor.  
¡En la flor de la sombra! No tendida  
en la delgada piel de la indolencia,  
no corte transversal de la frescura,  
no derramado rostro ni planicie,  
sino viva emergencia llenadora  
del alto barandal de la delicia.  
Podados la distancia y los adverbios  
no había ya ni izquierda ni derecha,  
ni cenit ni nadir ni dimensiones,  
ni nada que no fuera la sustancia  
de un infinito de color de rosa.  
Y al recorrer los altos de esa sombra  
—tocando casi el corazón del viaje—

encontré a tus palabras que ascendían  
desde la vena última hasta el río  
que cruza por el arco de mis sienas.  
De allí cogía el cielo con la mano.  
Estaba en la meseta de tu voz.



## APOTEOSIS

Samaritana mía, un poco de agua  
para ganar los altos de mi voz.  
Lunas en re mayor de los tambores,  
flautas en si bemol de la indolencia,  
cigalas de la lluvia en los cristales,  
vosotras habéis visto que en mi sueño  
al podar el amor de sus espinas  
se ha florecido de amistad la rosa.  
Todo se olvidó ya: la lenta espera  
de los mudos cipreses pensativos,  
el reloj de las horas sin orillas,  
los muslos del dolor, los ojos ciegos  
de quien ve caminar a las estrellas...  
De mí se han alejado las borrascas  
y vierten un alud de cielos claros  
las dulces cornucopias de mis sienes.  
Hasta el aire es táctil. La albura densa  
del capullo de seda, las vivientes  
arenas del desierto, los efluvios  
del corazón del mar, la temblorosa  
palpitación rizada de un enjambre,  
todo se afirma en la memoria cierta  
de saberse en tus límites exactos.  
Se podrá sonrojar el arcoiris,  
abrir un siete el aire a la carrera  
en su blanco pijama de cristal,  
deshojarse de trinos una alondra;  
pero tú ya serás inextinguible  
alma de manantial, la mensajera



que se ofrece en la flor que deseamos,  
el sueño de verdad, la roca blanca  
sobre todo el camino, la caricia  
donde reposa el fondo transparente  
de los años y leguas interiores.  
¡Qué cerca estoy de ti, bañado ahora  
por la consciencia húmeda del río  
que te detiene en su pasar sin tregua!  
Esta sí que eres tú. Redondos aires,  
tigres rubios del trigo, verdes prados,  
subid a los trapecios de mis hombros,  
dad el salto mortal de la alegría  
y caed en la arena iluminada  
de los cónicos júbilos circenses.  
Bajo un cautivo vuelo de palomas  
siento piafar rebaños de ciudades  
al filo de las doce en tus mesetas.  
Y cruza una apaisada arquitectura  
por debajo de mí. Galopan puentes,  
y se encabritan torres, y se empina,  
sobre ijares esdrújulos de mármol,  
un bosque vertical de escalinatas  
para darte sus hondos parabienes.  
Por todos los caminos de mí mismo  
te he visto sonreír. La lejanía  
es ya comunidad, rincón sensible  
que cabía en tu mano o en tus ojos.  
Ya no me hacían falta los sentidos.  
Es más, los ignoraba. Se quedaron  
ya no sé dónde, acaso en un destierro  
de sonidos, de tactos y de luces.  
Una gran fuerza viva desanclada,  
suelta de las amarras de la sangre,  
detenida en un vilo de ternura,  
desarraigó sus garfios  
de eso que llaman cuerpo, y es la piedra  
de los firmes castillos interiores.  
Para nada servíanme los brazos  
—extremidades de absoluto olvido,  
guijarros y tenazas de la ausencia—.  
Ellos son los amables servidores  
de otros dulces andenes, incapaces  
de acompañarnos como tales brazos  
más allá de los quicios de los dedos.  
Debía de tenerlos tan delante  
o tan detrás, que nunca los veía  
en su evidente vocación de lianas  
ni se me convertían en recuerdo

de haber estado alguna vez conmigo.  
Siempre se van naciendo a cada instante  
para el amor; mas no para este trance,  
si trance puede ser esta presencia  
de habernos desnudado de nosotros  
para encarnar de nuevo en una voz,  
sin haber olvidado nuestros «míos»:  
—tus orillas de nardo y amapola,  
mis silencios de rocas y volcanes.  
Aquí no tienen sitio las espinas.  
Eso es abajo, donde se coronan  
con pájaros el grito y el amor.  
Eso es allá, donde los sueños quieren  
alojarse en la síntesis remota  
del agua con el fuego. Eso es arriba,  
donde los bosques de la luz se ausentan  
irremediabilmente condenados  
a buscar por desérticas claridades  
paraísos de fresca oscuridad.  
Eso es adentro, donde no se puede  
entrar ni con un eco de nostalgia  
sin que una ágil memoria de relojes  
no nos leve las áncoras del llanto.  
Pero aquí donde todo se diluye  
en el mármol dormido del reposo,  
donde yace el difícil equilibrio  
de este silencio unánime de roca  
desbridadada, no se abre al movimiento  
la brecha temblorosa del sonido,  
ni el vuelo turbador de una saeta,  
ni un dolor afilado de rubíes.  
Aquí sólo descansa lo que irradie  
fidelidad de nieve a la blancura.  
Me encuentro ahora con la voz ya hecha  
en el círculo máximo del gozo.  
Como al cristal la lluvia, y la mejilla  
al beso, y al color la hoja dócil,  
se une a mi voz tu pensativa frente,  
mi voz, a medio trino de tu sangre,  
tu sangre, a media rosa de mi voz.  
Y ella te acariciaba en los confines  
de ser y estar a su verdad subida,  
idéntica al fluir del universo.  
Ese vivir una unidad de dos  
sin que conspiren labios desbocados  
ni busquen lobos presas sonrosadas  
bajo la fina nieve de tu piel.  
Ese tener maduros ya los sueños



para que pueda el pájaro atreverse  
a construir su nido a nuestra sombra.  
Ese tocarse en luces concertadas,  
vivirse en esa luz que sólo inventa  
posarse en claridades resbalantes  
dentro de tu traslúcido silencio.  
Vivir en ese aire que parece  
que se hubiera soltado de nosotros  
para ser por nosotros habitado.  
Nos veían cruzar otras miradas  
sin presentir que habíamos subido  
el último escalón de la armonía.  
Ni siquiera subir. Era que estábamos  
—sí que estábamos— ya en la clara rosa  
de nuestra transparente intimidad.  
No nos podían ver. ¿Y cómo vernos  
si sólo nos hacíamos presentes  
en la huella final de nuestra voz,  
en su blanco interior de caracola,  
en el virgen rumor de la amistad?  
¿Quién te podía ver, honda y cercana,  
corza de nuestro afecto verdadero,  
bebiendo en el remanso de las sienes?  
Es en nosotros, donde nace el río  
que discurre a lo largo de la vida,  
en donde empieza a deslizarse su arrullo  
nuestra bella verdad diáfana.  
Si la véis transitar por los caminos  
no le manchéis su ensalmo, cazadores  
del odio, dejadla correr libre  
con su dulce recuerdo en el costado.

# ÍNDICE



NOTA DE LOS EDITORES .....	7
PRÓLOGO .....	9
LÍQUENES [1928] .....	23
1. Al mar en la lejanía .....	25
2. Cuando empezó la montaña .....	25
3. Por el redondel de rutas .....	26
4. Acueducto verde .....	26
5. Iba vistiendo una órbita .....	26
6. ¿Al norte? Vamos al norte .....	26
7. Esta racha de viento que a mí llega .....	27
8. En el ataúd del aire .....	27
9. Con un compás de arco-iris .....	27
10. Corbeta, amiga corbeta .....	28
11. ¿Adónde irán las montañas gibosas .....	28
12. Por la calzada celeste .....	29
13. Qué solita está la mar .....	29
14. En el tapete del mar .....	29
15. Lo menos me tiene el mar .....	29
16. Ya que la brisa blanca .....	29
17. En las cunas de las olas .....	30
18. Quiso doblar sus paños .....	30
19. A la mañana .....	31
20. Detrás del gran pellizco .....	31
21. Y por la tarde, las torres .....	32
22. Tortuga regañada .....	32
23. Allí está recordando .....	33
24. Una <i>girl</i> del norte .....	33
25. Anda que te anda .....	34

26.	Inés pastor, la que perdió los ojos .....	34
27.	¡Papá, papá, que el barquito .....	34
28.	Cuando despenó el crepúsculo .....	34
29.	Por un sendero salado .....	35
30.	Qué linda manzana verde .....	35
31.	Hoy ha venido el barquito .....	35
32.	Tírame la ola .....	36
33.	Estrellas muertas de risa .....	36
34.	Todas las olas del mar .....	36
35.	Qué bien que te baila el viento .....	37
36.	Sobre la arenita fina .....	37
37.	Dentro de la gavetilla de tu mesa .....	37
38.	Qué linda manía .....	38
39.	Cómo se engaña la gente .....	38
40.	Por el bolsillo azul del horizonte .....	38
41.	¿Qué hará el niño .....	38
42.	Sin la esquina redonda del codaste .....	39
43.	La tarde le puso al mar .....	39
44.	Nube viajera .....	40
45.	Un ojal blanco aprisiona .....	40
46.	Me hice unas castañuelas .....	40
47.	Con su <i>maillot</i> de colores .....	40
48.	Ladeado de cintura .....	41
49.	Con una guitarra fina .....	41
50.	Ampollas de seis colores .....	41
51.	El gallo rubio .....	42
52.	El gallo rubio / media rapsodia .....	42
53.	Alguien gritó a la barquilla .....	42
54.	La sirena del barco holandés .....	43
55.	Postigos de vidrio blanco .....	43
56.	Uno tras otro, saltaron .....	43
57.	Sobre el archivo de azules .....	43
58.	Por mí .....	44
59.	Cuatro arbolitos de humo .....	44
60.	Ola morena .....	45
61.	Brisa anegada de colores .....	45
62.	Encías achampanadas .....	46
63.	Bombonera del mar .....	46
64.	La raqueta de una vela .....	46
65.	El marinero tenía .....	47
66.	Un áncora de sal .....	47
67.	La tarde estaba sentada .....	48
68.	El mar sería más mío .....	48
69.	Con cuatro paquebotes ingleses .....	48
70.	Navegar. Navegar. Navegar .....	49

TRANSPARENCIAS FUGADAS [1934] .....	51
Entronque lírico de <i>Transparencias fugadas</i> .....	53
Entronque intelectual de <i>Transparencias fugadas</i> .....	53
1. El aire entraba en mí sin encontrarme .....	54
2. Fugado de algún témpano de hielo .....	54
3. Por qué cristales fríos .....	54
4. Rompió la noche el freno .....	55
5. Viaja el viento .....	55
6. Movió la estrella su testuz .....	55
7. Espuela de la prisa .....	56
8. No quiso el viento apadrinar su invierno .....	56
9. Ni llegas. Ni te vas. Ni estás presente .....	56
10. Por hallar el perfil de su absoluto .....	56
11. Llamaba por sus sienas, y sus sienas .....	57
12. Ni las geometrías estiradas .....	57
13. Poco a poco me iba suprimiendo .....	57
14. No lo saben tus selvas de trapecios .....	58
15. Y sin decir adiós. Sin que las hojas .....	58
16. Único y sin fronteras, compacto .....	58
17. Sí. Este ir y venir, sincronizado .....	59
18. Creyéndote perdido, te buscabas .....	59
19. Rompiendo los cristales de mis ojos .....	59
20. Siempre te sobras a tu sed. Si llegas .....	60
21. Un delirio de órbitas y fusas .....	60
22. Ni a la voz de la sombra del recuerdo .....	60
LA RODILLA EN EL AGUA [1934-1935] .....	61
Prólogo .....	63
Orígenes .....	65
¡Cuidado! .....	65
Desconfía también .....	66
Tu máxima amenaza .....	66
Conócete a ti misma .....	66
Tu rebeldía .....	66
Así te ven .....	67
Quien no eres tú .....	67
Razón de humildad .....	67
Varada en tu ventura .....	68
Eternidad desnuda .....	68
Disciplinado empeño de ti misma .....	68
Hija de tu existir .....	69
Arquitectura de tu pensar .....	69
Un poco humanizada .....	69
Tu secreto a voces .....	70
Pero .....	70



Biografía múltiple .....	70
Aislamiento .....	70
Seguridad de ti .....	71
De cómo estás en mí .....	71
Espejo de ti misma .....	71
Sin nostalgia ni ayer .....	72
Inimitable concha de ti misma .....	72
Tu lozanía .....	73
En tu alegría estás .....	73
Fidelidad de roca .....	73
Todo lo tuyo es orden .....	74
Tú ya vienes de vuelta .....	74
Paraíso de azar .....	75
Maternal en tu quietud .....	75
Serena es como eres .....	75
El camino hacia ti .....	76
Cómo es tu gozo .....	76
Tu vanidad no existe .....	76
Nudo de perfección .....	77
Vida interior tan sólo .....	77
En tu sapiencia íntima descansas .....	78
Isla y mujer .....	78
LOS SENOS DE TINTA [1934] .....	79
DÁRSENA CON DESPERTADORES [1936] .....	89
Prólogo .....	91
Habla un interruptor .....	93
Habla un albornoz a rayas .....	94
Habla el pájaro del sueño .....	95
Habla la araucaria del amor .....	96
Habla el humo en el viento de la manzana .....	97
Habla la atmósfera del vidrio .....	98
Habla otra vez la angustia .....	99
Habla nueva edición de corales lentos .....	100
ENTRE LA GUERRA Y TÚ [1936-1939] .....	103
Antecedentes .....	105
La cita abierta .....	107
El reloj de mi cuerpo .....	107
Con la mano en la sangre .....	108
Mi pensamiento a la ruleta .....	108
Ciudad de retaguardia .....	109
Los imposibles me lamen las manos .....	110

Una flor entre escombros .....	111
Días amaratados .....	112
Tiempo a borbotones .....	112
Sueño de trinchera .....	113
Con los días contados .....	114
Manicomio de paz .....	115
Gráfica de un herido .....	115
Éxtasis entre espinas .....	116
El eco iluminado .....	117
La farsa sigue el baile .....	118
Vidas a contrapunto .....	118
La flor de unos minutos .....	119
Como todos los días .....	119
Tiempo que se despeña .....	120
Documental de una amazona .....	121
Ya tú eres la guerra .....	121
Traca de deformaciones .....	122
ROMANCERO CAUTIVO [1936-1940] .....	125
NOTA PRELIMINAR .....	127
CON EL ALMA EN UN HILO .....	129
Cuarto creciente .....	129
Luna llena.....	134
Cuarto menguante .....	141
Luna nueva.....	142
EN EL PUÑO DEL RECUERDO .....	144
AGENDA DE UN PRISIONERO .....	145
I. Primavera en tinieblas .....	145
II. Martirio de pantalones .....	147
III. La hernia de la derrota .....	148
IV. Suicidio .....	149
V. La misiva de la muerte .....	150
VI. Alfombra mágica .....	151
VII. Descartes para la muerte .....	153
VIII. Ropa color de suplicio .....	154
IX. Año nuevo entre barrotes .....	155
X. Esponsales sin nupcias .....	156
XI. Matan el campo a un pastor .....	157
XII. El fantasma de los bulos .....	158
XIII. Orfebres de sus querencias .....	160
XIV. Entre la fuga y el muro.....	161
XV. Gitano ardiendo en su ley .....	162
XVI. Partida de dominó.....	163
XVII. Eros entra en la prisión .....	164
XVIII. Otro aire nos respira .....	166

LA ARENA Y LA INTIMIDAD [1940] .....	167
PRÓLOGO .....	169
EL ARENAL .....	171
GRANITOS DE ARENA .....	173
I. Yaces, como el acorde de tres mundos .....	173
II. Y la piedra accionó. La piedra, dura .....	174
III. Sí, como el mar, vaivén. Pero en voz baja .....	175
IV. Y nunca dices ya, más tarde, luego... ..	176
V. Dormido, sí, dormido en tu regazo .....	177
VI. Creciendo mientras duermes, alelado .....	178
VII. Y no se duermen en un punto muerto .....	178
VIII. Un oscuro dolor de auroras rotas .....	179
IX. Allá por los remotos ventanales .....	179
X. Por las testadas rutas de la arena .....	180
XI. Y tienes en un lago de quimera .....	181
XII. Y oasis como sexos escondidos .....	181
XIII. Harén de tu arenal. Por todas partes .....	182
XIV. Lloro la línea recta de tu vientre .....	182
XV. Que no busquen la sombra del desierto .....	183
XVI. También como los ríos te desbordas .....	183
XVII. En tu mundo no casan los objetos .....	184
XVIII. Y ni siquiera un árbol que te endulce .....	184
XIX. Tú tienes un sentido religioso .....	185
XX. Tener la sed por límite rodante .....	186
XXI. Con empaque de hidalgo que bosteza .....	186
XXII. Vibrante como un toque de cornetas .....	186
XXIII. Por ti el silencio es pájaro de ovido .....	187
XXIV. Lejos de las banderas de jardines .....	187
XXV. En el rostro sañudo del desierto .....	188
XXVI. Mirando sobre el hombro de las dunas .....	188
XXVII. Por tus agrios martirios errabundos .....	189
XXVIII. Tu corola de adelfas clandestinas .....	189
XXIX. Sólo puede brotar tu invernadero .....	189
LA ARENA Y LA INTIMIDAD .....	190
XXX. Te siento contra mí dándome vueltas .....	190
XXXI. Como minutos, sí, como minutos .....	190
XXXII. Tú te entremetes por mi sangre adentro .....	191
XXXIII. Como en los duros filos de un alfanje .....	191
XXXIV. Al pie de los regatos de las horas .....	192
XXXV. Ya no sé si mis horas son las tuyas .....	192
XXXVI. Tú siempre en tu apogeo luminoso .....	192
XXXVII. Pero también hay brazos que sonríen .....	193
XXXVIII. Porque te escucho, tibio, en mis umbrales .....	193
XXXIX. Por tu esfera sin números ni horario .....	194

XL.	En tu reloj de arena y mi clepsidra .....	194
XLI.	Cribado por las púas del destino .....	195
XLII.	Este paisaje duele en la mirada .....	195
XLIII.	Con las hoces agudas de tus luces .....	195
XLIV.	Golpeas de tal modo mi horizonte .....	196
XLV.	He sentido tu sed contra mi boca .....	196
XLVI.	Con la sábana de tu olvido al hombro .....	197
XLVII.	A pesar de tu gesto pensativo .....	197
XLVIII.	La rosa de los puntos cardinales .....	198
XLIX.	Por cruzar tus flamígeros cilicios .....	198
HOMBROS DE AUSENCIA [1942-1944] .....		199
<i>Este cuadernillo</i> .....		201
I.	Por largos corredores extasiados .....	203
II.	Me incorporé en la voz de un aire vago .....	203
III.	Me hallaba recorriendo mis paisajes .....	204
IV.	Dentro las lontananzas de mis ojos .....	204
V.	No es florida esta ausencia. Tiene un como .....	204
VI.	Te has ido sin llegar. Y yo, contigo .....	205
VII.	Ya todo estaba en orden. Cada sueño .....	205
VIII.	De elásticas paredes interiores .....	206
IX.	Saliéndome por pórticos dormidos .....	206
X.	La noche se tendía en tu llanura .....	207
XI.	Tú estabas entre músicas y trajes .....	207
XII.	Me reconozco en esta niebla pura .....	208
XIII.	Siempre me está rompiendo despedidas .....	208
XIV.	He dejado al arbitrio este recuerdo .....	208
XV.	No queráis encontrarme. Será inútil .....	209
XVI.	He puesto mi silencio a media noche .....	209
XVII.	Llevo leguas buscándome y hundiendo .....	210
XVIII.	He tallado en tus mármoles lejanos .....	210
XIX.	Como tú, libertad, oh ausencia mía .....	211
XX.	Sin saber por qué rampas imposibles .....	211
XXI.	Pasaron las gacelas de la brisa .....	211
XXII.	Descortezando tu aventura, noche .....	212
XXIII.	Este silencio cósmico que ahora .....	212
XXIV.	Con el tiempo embalsado y la distancia .....	213
XXV.	Arde ahora en su lámpara el recuerdo .....	213
XXVI.	Me soñabas arroyo de tu frente .....	214
XXVII.	Nada queda de ti que viva lejos .....	214
XXVIII.	Es dura esta esperanza de que al verte .....	214
VIAJE AL INTERIOR DE TU VOZ [1944-1946] .....		217
Primera jornada .....		219
Primer sueño .....		225
		267

Segunda jornada .....	229
Segundo sueño .....	235
Tercera jornada .....	237
Tercer sueño .....	241
Cuarta jornada .....	247
Apoteosis .....	255





BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



\*42416\*



